

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Actividades Sr. Obispo. Diciembre 2020..... 1967

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Carta en el Día del Seminario. Pastores misioneros 1973
- Carta Nace la vida, por eso es Navidad 1977

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 1979
- Defunciones 1980

Conferencia Episcopal Española

- La vida es un don, la eutanasia un fracaso 1983
- Antonio J. Valín nuevo administrador diocesano de Mondoñedo-Ferrol 1986
- "Un Dios de Vivos" Instrucción pastoral sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias 1987

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@archimadrid.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48
E-mail: famiprint@famiprint.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXVIII - Núm. 2940 - D. Legal: M-5697-1958



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

CARTAS

**HAZ DEL MUNDO
UNA CASA DE HERMANOS**

2 de diciembre de 2020

Recuerdo que, cuando comencé a escribir mi carta pastoral de inicio de curso, pensaba en la llamada del Papa Francisco a alcanzar un Pacto Educativo Global. La carta la titulé "*Quiero entrar en tu casa*". Son las palabras que dirige Jesús a Zaqueo. Fijando en él la mirada, le dice: "Baja, date prisa, quiero entrar en tu casa". Hace falta que en esta casa común también entre y llegue la propuesta de Jesús. El Pacto Educativo Global quiere provocar entre los hombres una nueva solidaridad universal, hoy necesaria y urgente. Y esto tiene que ver con la misión que el Señor entregó a la Iglesia: hacer posible que los hombres nos encontremos como hermanos que somos, que se desarrolle con todas las consecuencias la cultura del encuentro y cuidemos la casa común para que todos podamos disfrutar de los bienes que Dios mismo nos entregó.

¿Cómo no aplicar al mundo de la educación las enseñanzas que el Papa Francisco nos entrega en las encíclicas *Laudato si* y *Fratelli tutti*? Propone cuidar a las personas; cuidar el planeta; cuidar nuestra relación de hijos de Dios y, por ello,

de hermanos; asumir la propuesta de la fraternidad humana... Ya decía el propio Papa que "la prioridad de la educación católica es humanizar". El humanismo cristiano, el que nos regaló Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, ese es el que hemos de promover. En el mandato de Jesús de anunciar la Buena Noticia está inscrito este mandato.

Hemos de sumarnos a vivir e implantar una nueva alianza por la educación en la que la persona vuelva a ocupar un lugar central. Nos decía el Papa Francisco: "Una ciencia que pretenda ofrecer soluciones a los grandes asuntos, necesariamente debería sumar todo lo que ha generado el conocimiento en las demás áreas del saber, incluyendo la filosofía y la ética social" (*Laudato si*, 110). Y hay que sumar también la religión, que nos da y aporta respuestas en clave de humanización. No son extrañas para nosotros estas palabras del Pontífice, pues experimentamos esta realidad que él nos acerca: "En la realidad concreta que nos interpela, aparecen diversos síntomas que muestran el error, como la degradación del ambiente, la angustia, la pérdida del sentido de la vida y de la convivencia. Así se muestra una vez más que la realidad es superior a la idea" (*Laudato si*, 110).

Detrás de esta llamada a realizar un Pacto Educativo Global está también el deseo de hacer llegar la educación a todos los pueblos de la tierra. La propuesta educativa ha de provocar un cambio del corazón, que entendamos que nos necesitamos, que nadie sobra ni se puede discutir la dignidad de nadie. Hemos sido llamados a movilizarnos y a repensar la educación: escuchémonos, dialoguemos, perseveremos juntos. Estamos invitados a lograr una alianza educativa a fin de hacer posible la fraternidad universal. ¿Qué bases tenemos que poner para lograr este Pacto Educativo Global?

1. La cultura del encuentro. Los seres humanos estamos creados de tal manera que no podemos realizarnos ni desarrollarnos como tales, ni encontrar plenitud, más que cuando hacemos la opción de desarrollar lo que Dios puso en nuestra vida. Creados para entregarnos totalmente a los demás, nos reconocemos en nuestra verdad auténtica en el encuentro con los otros.

2. La acogida de y en la diversidad. Hemos sido creados para amar, para salir de nosotros mismos. Nuestra vida es sana y verdadera cuando nos abrimos a los otros, cuando acogemos a los otros en su diversidad. Nos dice el Papa Francisco que "todos los creyentes necesitamos reconocer esto: lo primero es el amor, lo que

nunca debe estar en riesgo es el amor, el mayor peligro es no amar" (*Fratelli tutti*, 92).

3. La práctica del diálogo con todos. No somos amigos de quienes eliminan el variado paisaje y colorido que tiene nuestra humanidad; necesitamos aprender a vivir juntos, con paz, con esa armonía que haga posible un canto con idiomas diferentes y notas diversas. Es lo que el Papa Francisco llama la "amistad social".

4. El derecho de todo ser humano a vivir con dignidad y a desarrollarse integralmente. ¡Qué bueno es hacer comprender y entender que la dignidad de todo ser humano se funda en el valor de su ser! Dejemos de mirar y poner los fundamentos en las circunstancias que le rodean o en las que se instala. Para lograrlo es clave la educación. En este camino debe ofrecerse la dimensión trascendente para que, quien quiera, la acoja en su vida y le ponga nombre. Así la educación se revela como el camino más admirable y verdadero para construir y devolver la dignidad humana y la fraternidad universal.

5. Una vida en y con esperanza. No podemos ignorar las sombras que asolan a la humanidad; lo estamos viendo en estos momentos de la pandemia. Pero al mismo tiempo sabemos que hay futuro y presente si generamos relaciones de pertenencia. Somos los unos de los otros y los unos para los otros. Dios sigue regalándonos el bien, nos hace ver que nuestra vida está tejida y sostenida por personas concretas, desde nuestros padres a los educadores que en los diversos niveles de la vida nos acompañaron. Estamos tejidos por las vidas de los demás. Hay sed, hay aspiraciones, hay deseos de plenitud, hay ganas inmensas de vivir, buscar y ser entretejidos por la verdad, la belleza, la justicia y el amor.

El Pacto Educativo Global pasa por una opción por una educación humanizadora, en la que se propicie que el ser humano salga de sí mismo, tenga la posibilidad de encontrarse con Dios y sea buscador y emprendedor de justicia, paz, solidaridad, y fraternidad. El Papa Francisco propone los tres lenguajes de la educación: de la mente, del corazón y de las manos.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

¿TIENES SITIO PARA MÍ?

9 de diciembre de 2020

Estamos en Adviento y acabamos de celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción, la mujer a la que Dios pide que le preste la vida para tomar rostro humano. También en este tiempo de pandemia, nos toca preparar el nacimiento o poner algún signo en nuestras casas que evidencie que acontece algo realmente importante y lo celebramos. Nos preparamos, nada más y nada menos, que para el nacimiento de Jesús en Belén.

En Madrid hemos hecho unas balconeras, un signo sencillo, con la imagen de Jesús y dos frases: "Quiero entrar en tu casa", "¿tienes sitio para mí?". Se pondrán en todas las parroquias de nuestra archidiócesis. Aunque ahora tenemos límites para juntarnos a causa de la pandemia, vamos a hacerle un hueco en nuestra vida, en nuestra familia, en las diversas realidades que vivimos. Madrid siempre se ha distinguido por su acogida, ¿cómo no vamos a hacer un hueco a Dios para que entre y nos transforme el corazón? Es bueno, además, mostrar esta acogida con signos externos. Y cuando nos pregunten por qué los hacemos,

responderemos: "¡Nace Dios! ¡Viene Dios entre los hombres! ¡Llega para regalarnos su amor y para que vivamos de ese amor! ¡Llega para decirnos que nos quiere y que desea que nos ayudemos los unos a los otros porque somos hermanos!".

Hace unos días, rezando laudes como a diario, me acordé en las peticiones de todos vosotros, de los que el Señor ha querido que sea vuestro pastor. Hice una petición quizá más larga que otras veces: tomé el mapa de nuestra Iglesia en Madrid que tengo en la capilla y fui recorriendo los lugares en los que estáis, las parroquias en las que vivís, y pedí: "Señor, que te reciban". Me vino a la mente ese pueblo de la sierra que se convierte cada año en Belén de Judá y, aunque este año no sea igual, todos podemos convertir nuestra casa en el hogar de Belén y experimentar lo a gusto que se está cuando hacemos de nuestra familia un hogar de Belén. Así me surgió el deseo de felicitaros:

1. Feliz Adviento porque esperáis al Señor de la Vida, de la Paz, de la Fraternidad, al que derriba muros y siempre crea puentes para encontrarnos. Así, aun en medio de oscuridades, "brilláis como lumbreras del mundo" (cf. Fil 2, 14-15).

2. Feliz Adviento porque, con vuestra vida y con vuestros gestos, invitáis a todos los hombres a que alaben al Señor y a que descubran su amor misericordioso y su fidelidad para con todos: "Alabad al Señor todas las naciones, [...] firme es su misericordia con nosotros, su fidelidad dura por siempre" (Sal 116).

3. Feliz Adviento porque, con vuestra vida, vuestra entrega, vuestra generosidad, manifestáis que el Señor está cerca de nosotros: "Tú, Señor, estás cerca, y todos tus mandatos son estables" (cf. Sal 118).

4. Feliz Adviento porque, allí donde estáis, queréis hacer ver a los demás que lo que os mueve en la vida es la sabiduría de Dios y no la de los hombres, y por eso la pedís constantemente: "Dame la sabiduría asistente de tu trono [...]. Mándala de tus santos cielos" (cf. Sb 9, 1-6. 9-11).

Con los fallos que todos tenemos, estoy seguro de que el Señor que nace en Belén va a hacer de nuestra vida una bella aventura. En Jesucristo encontramos luz, vida, capacidad de perdón, donación siempre a favor de que el otro sea más... Siendo así prolongación en el mundo de la Iglesia, que, si tiene que ser algo, es misionera. Y por ello debe dar sentido a la vida desde la hondura de quien viene junto a los hombres. El Salvador viene a estar con los hombres y a mostrarnos su amor incondicional. En esta pandemia, que causa tanto sufrimiento, tomemos la decisión de ser verdaderos discípulos del Señor: "Vosotros sois la luz del mundo [...] y no se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para que alumbre en el candelero y alumbre a todos los de la casa" (cf. Mt 5, 13-16).

¡Qué grande se hace la vida cuando acogemos la invitación que nos hace! Nos pide que cambiemos el mundo, pero no de cualquier manera, sino como Él y con Él. ¡Qué dimensiones adquiere la existencia humana cuando descubrimos y vivimos la fidelidad de Dios, cada uno con sus propias circunstancias! El acontecimiento más grande que ha sucedido en nuestra vida y que la ha cambiado radicalmente ha sido el encuentro con Jesucristo.

Cuando en nuestras casas pongamos el belén o algún signo que manifieste que Dios está con nosotros, pensemos en esto: nunca estamos solos. Él nos acompaña siempre. Es más, sentimos esa cercanía más aún cuando vivimos según sus mandatos. Cuando somos fieles a la manera de vivir que Él desea de todo discípulo, es cuando mejor experimentamos su amor, su misericordia. Directamente o a través de los demás y de los acontecimientos, el Señor siempre tiene la palabra oportuna para manifestar y expresar que está de nuestra parte, que está a nuestro lado. Cada uno de nosotros podríamos escribir infinidad de páginas relatando los encuentros que tenemos con el Señor, las palabras de aliento que recibimos de Él, las direcciones que establece para nuestra vida, el coraje que pone en nuestra existencia para no adaptarnos al mundo, sino para ser siempre expresión del amor de Dios en medio de los hombres. A su lado, todo es claridad y plenitud. ¡Qué belleza adquiere la vida humana cuando no damos luz propia, sino cuando regalamos la luz que nos viene de Jesucristo!

Pido al Señor que descubráis la belleza de ser cristianos: sois luz, canto de alabanza, expresión de la misericordia de Dios, manifestación de la cercanía de

Dios a todos los hombres y manantiales de sabiduría divina, que llevará a quienes os encontréis por el camino de la vida a deciros, como dijeron los discípulos de Emaús a Jesús: "Quédate con nosotros".

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

CREADOS PARA DAR VIDA

16 de diciembre de 2020

Avanza la tramitación de la ley de eutanasia. La noticia es grave. La misión del hombre es defender la vida siempre y poner todos los medios que estén a su alcance para hacerlo. La muerte provocada no es más que el atajo fácil ante la debilidad y el dolor. Debemos apostar por los cuidados paliativos y el acompañamiento integral en la etapa final de la vida. No se puede instaurar esa terrible ruptura moral por quienes estamos al servicio de la vida. ¿Cómo eliminar esa ruptura moral? ¿De qué modo hemos de defender la vida?

Se nos impone una respuesta, muy clara en este tiempo de Adviento: para nosotros la única orientación, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es Cristo. Mirémoslo. Contemplemos su Persona y meditemos sus palabras. Por un hombre vino la muerte, por "Dios que se hizo hombre ha venido la Vida". En las circunstancias actuales hemos de mirarlo a Él, a quien es la Salvación, a quien ha triunfado frente a la muerte y nos recuerda que somos

creados para dar vida. En el corazón de todos los cristianos y de todos los hombres de buena voluntad es bueno recordar y renovar la afirmación del apóstol cuando le dice a Cristo: "Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna". Y cuando volvemos la mirada a Cristo, tenemos que acoger esa afirmación que el Papa Francisco con tanta claridad nos dice: "La eutanasia y el suicidio asistido son una derrota para todos. La respuesta a la que estamos llamados es no abandonar nunca a los que sufren, no rendirse nunca, sino cuidar y amar para dar esperanza".

Viene bien recordar aquellas palabras del Concilio Vaticano II: "En realidad el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (RH10). Envueltos en este misterio de Jesucristo descubrimos que el hombre no puede vivir sin amor. Necesitamos amar. Y amar nada tiene que ver con matar. Cuando quiero a alguien, si se acerca su muerte, buscaré por todos los medios que no tenga dolor y no me desentenderé de él. Lo que más desea de mí es que le muestre mi amor, si cabe, con más hondura en esos momentos. Las palabras de san Juan Pablo II en la encíclica *Redemptor hominis* tienen plena actualidad cuando se cuestiona la vida o se decide dar la muerte: "El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa de él vivamente" (RH 10).

Un pueblo, si de verdad sirve a los suyos, ha de servir a la vida. Concentremos nuestras fuerzas en esta misión. Cuando se cuestiona la vida en uno de los momentos más sublimes del ser humano, que es despedirse de este mundo, hemos de ayudar a todo ser humano a que se encuentre a sí mismo. Los cristianos, amemos con el amor y la pasión con la que Cristo nos ha amado y regalemos este amor a todos. A través de nosotros, Jesucristo sale al encuentro de cada persona para regalarle vida y no muerte. Porque lo nuevo ha comenzado.

Con Jesucristo hemos conocido la verdad sobre el hombre. Por mandato del Señor, la Iglesia no puede permanecer insensible a ninguna de las situaciones que vive. Alza la voz cuando se plantea el falso "para que no sufra, le doy la muerte", en vez de intentar que se sienta amado, que experimente compasión... En los países en los que se ha legalizado la eutanasia, los más débiles y quienes se sienten carga y peso para su familia, se ven condicionados y presionados. No tengamos miedo. La Iglesia nunca ha abandonado al hombre. Y por ello recuerda

ahora que el camino de vida que nos ha ofrecido el Señor es el único camino. En su historia ha ido al encuentro de los enfermos, creando hospitales; de los ancianos, creando asilos y residencias; de los niños y jóvenes, creando casas de acogida y escuelas... Aquellos de quienes muchas veces nadie se ocupaba siempre tendrán un lugar para la Iglesia.

Ante la tentación que vive la humanidad, y muy particularmente España, de legislar para morir y no para vivir, es importante plantearse:

1. ¿El progreso al que hemos llegado hace que la vida del hombre en todos sus aspectos sea más humana? ¿Hace que la dignidad del ser humano sea más valorada y reconocida? Una cultura que cuestiona la vida misma, desde el inicio hasta la muerte, olvida lo esencial del ser humano. Seamos más conscientes de la dignidad que se nos ha dado, más responsables de regalar el amor, que es lo que más necesita el ser humano para crecer.

2. ¿Las conquistas que hemos logrado en distintos aspectos de la vida fomentan el progreso moral y espiritual del hombre? Es bueno que nos preguntemos si crecemos entre nosotros en el amor social, en el respeto a los derechos de los demás, o si vamos creciendo más en los egoísmos, en el mirar más para nosotros mismos, en el dominio sobre los demás. La Iglesia, animada por la fe, debe dar un lugar central al hombre en sus iniciativas.

3. Se nos ha hecho partícipes de la misión de Cristo, ¿servimos a esta misión? El amor, la verdad y la vida de Cristo tienen que entrar en nuestra vida, como entraron en la vida de los santos de la Iglesia. Iluminados por la luz del Señor vivían en la verdad y lo expresaban con su mismo amor. Hoy, ante la realidad de la eutanasia, es necesario que ese amor, verdad y vida de Cristo alcancen la vida humana. Provocar la muerte de una persona con una enfermedad avanzada, crónica o terminal es no servir a la misión que nos dio Jesucristo. El amor nos lleva a estar junto al enfermo mostrándole con hechos su dignidad; con los cuidados paliativos que necesite; aliviando el dolor, la angustia, la soledad. Nadie es una carga. Es más, el enfermo en concreto debe ser visto, y así lo ha de percibir él, como una persona a la que hay que atender y curar, que nunca será un problema ni un objeto inútil o una carga que solo produce gastos a la sociedad e incomodidades a la familia.

Tengamos, vivamos, mostremos e instauremos esta verdad: hemos sido creados para dar vida.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

LA PANDEMIA Y EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD

23 de enero de 2021

La pandemia de la COVID-19 ha traído oscuridad, preocupación, turbación y dolor, hasta el punto de lamentar incluso la pérdida de seres queridos. Pero no puede eliminar de nuestra vida el espíritu de la Navidad que tiene que manifestarse en alegría. Esta fue la primera palabra de Dios a María, a través del ángel, en la encarnación: "Alégrate". Sí, la alegría es el distintivo del discípulo de Cristo. Dios nos quiere, está a nuestro lado, está de nuestra parte, viene a entregarnos su luz, su paz, su amor, su corazón.

Dejadme decir que la Navidad sin Jesús no es nada. La Navidad sin Dios, que es quien nos da motivos para vivir en la alegría, no es nada. Hoy más que nunca necesitamos escuchar las palabras del ángel a María: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo". Son palabras para nosotros en este momento. El Señor nos acompaña desde entonces. Qué bien lo han entendido tantos autores que, a través de la historia, nos han ofrecido bellísimas obras de pintura, escultura,

literatura... Hay un relato histórico que nos ofrece esta versión auténtica del espíritu de la Navidad y que seguro que escuchaste un montón de veces. Te pido que lo vuelvas a leer y que entre en tu corazón; verás cómo te abre las puertas para poder encontrar el verdadero espíritu de la Navidad: "Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse cada cual a su ciudad. También José, por ser de la casa y de la familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta. Y sucedió que mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada" (Lc 2, 1-7).

¡Qué belleza tiene el relato! Dios ha mantenido la esperanza en su Pueblo para cuando llegase "el momento". Dios hace realidad lo que ha prometido. Ha sido una promesa que engendra esperanza y que se consolida en Jesús y se proyecta en la segunda venida. Al leer este relato y lo que sigue, cuando se nos habla de los pastores, sentimos el gozo de vivir siempre en esperanza y de abordar el presente y el futuro con esperanza, en esa paz que nos entrega sabernos queridos por Dios. Pensamos en todos los hombres con los que, desde este espíritu navideño, hemos de construir, consolidar y animar la fraternidad universal.

Se nos cuenta que nació de noche, que fue anunciado de noche a "unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño". Y de noche los envolvió la vida misma de Dios, "y la gloria del Señor los envolvió de claridad" (Lc 2, 9). ¡Qué descripción más fuerte también para nosotros en estos momentos de pandemia! Sí, nace y nos envuelve una luz; nos rodea, nos alcanza, elimina toda oscuridad. En medio de la oscuridad, de la tristeza, aparece la alegría; aquella que tuvo María en el momento que la visita el ángel. La alegría es la primera palabra que Dios nos regala cuando se hace presente en esta historia, desde el mismo momento de su concepción: "Alégrate".

No estamos acostumbrados a que, en medio de nuestro andar histórico, que en estos últimos meses se viene fraguado en la humanidad entera por la noche

(es de noche), se produzca una eclosión de luz (esté Dios con nosotros). Sí, esa Luz es Jesucristo mismo. En las tinieblas aparece el corazón de un Dios que es Padre y no olvida a sus hijos. No nos decepciona, nos acoge, nos da su propia luz. En medio de la noche, en el silencio comienza a entrar la Luz y toma carne su Hijo, que acepta ser hermano de todos los hombres y acompañarnos aquí y ahora, en esta pandemia que padecemos y que nos impide el juntarnos las familias. Él es la Luz que necesitamos, es Dios mismo el que nos reúne y nos hace sentirnos familia. Y como a los pastores a través de los ángeles, hoy nos dice también a nosotros: "No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor" (Lc 2, 10-11).

Rescatemos el espíritu de la Navidad abriendo nuestro corazón a la Luz. Pero, ¿cómo se abre el corazón? ¿Cómo se hace? Lo tenemos que hacer de la misma manera que los pastores de Belén, escuchando estas palabras: "No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc 2, 10-12). La ternura de Dios, la gran caricia de Dios a todos los hombres aparece en un niño. Dios se acerca de una manera indefensa para decirnos sencillamente que no tengamos miedo. Él no viene ni necesita llegar con la espectacularidad de los ídolos de moda. Dejémonos alcanzar por la ternura de Dios. No tengamos miedo a esta ternura que cambia nuestra vida y nuestro corazón.

En este sentido, me gustaría decir algo muy sencillo en esta Navidad:

1. Él está a la puerta y llama. Está llamando a la puerta de tu corazón, recíbelo, déjalo entrar en tu vida. Como os digo en la carta pastoral que marca nuestro curso, Jesús nos sigue diciendo: "Quiero entrar en tu casa". Hazle un sitio en tu vida.

2. Quiere que lo recibamos todos los días, viene una y otra vez. Quiere llenarnos de su amor. No para que lo retengamos en nosotros mismos, sino para darlo, para repartirlo a todos los hombres, para que así construyamos la fraternidad y verifiquemos que somos hermanos.

3. La Navidad es la fiesta del encuentro, del encuentro con Jesús y por ello del encuentro con todos los hombres. Jesús golpea a la puerta de tu vida, a la puerta de tu corazón, y te dice: he venido para encontrarme contigo y darte mi vida, ¿no ves que es mi vida la que necesita esta humanidad? Escúchalo. Búscalo en un pesebre, búscalo donde nadie lo busca, te sorprenderás. Remueve la hojarasca y descubrirás dónde está el brote de una vida nueva.

Con gran afecto, os bendice y os desea una Feliz Navidad,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

UN AÑO NUEVO PARA ANUNCIAR CON VALENTÍA A JESUCRISTO

30 de diciembre de 2021

Ante el misterio de la encarnación, cuando va a comenzar un año nuevo, os quiero invitar a anunciar la novedad del Evangelio. En palabras del apóstol san Pablo, "desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo" (Ef 31-32). Por la pandemia afrontamos una crisis sanitaria, económica y social sin precedentes. ¿Seremos capaces de ser más auténticos en este año nuevo que comenzamos?

1. Pongamos a Dios y al hombre en el centro. No impidamos su diálogo. El pasado mes de marzo, en una impresionante imagen en la plaza de San Pedro vacía, el Papa nos habló del significado de la "tempestad" a través del Evangelio de Marcos (cf. Mc 4, 35-41). Es bueno hacerse la composición de lugar: atardece y Jesús invita a subir a la barca, a la Iglesia. Entonces y ahora nos invita a ponernos en marcha: "Vamos a la otra orilla", que es lo mismo que decir que vayamos a la misión. Como en el pasaje, con la pandemia se ha levantado una fuerte tempestad que

amenaza con hundir la barca. Nos hemos dado cuenta de la vulnerabilidad que padece la humanidad; un virus nos ha puesto en crisis. Todo lo teníamos seguro, pues ahora no. La pandemia nos ha puesto delante de nuestra verdad. Habíamos dejado de dar protagonismo a Dios en nuestra vida. Creíamos que nos bastábamos a nosotros mismos y hemos descubierto que no, que cada día se hace más evidente la necesidad de Dios y de los demás.

En el año 2021 y en el contexto de esta pandemia y de la crisis que estamos viviendo y que afecta a todos en los distintos niveles de la existencia humana, hemos de insistir en ese sueño que el Papa Francisco nos propone en la encíclica *Fratelli tutti*. Hemos de "hacer de nuestra vida una hermosa aventura", ahondando en la dignidad de la persona y en la urgencia de que renazca el deseo de la fraternidad universal. Vivamos la aventura de la fraternidad, el sueño de una única humanidad y de la amistad social. Mantengamos viva la esperanza. Esto es imposible para los hombres, pero es posible si contamos con Dios. Nada nos puede quitar la esperanza en un Dios que sigue presente en nuestra historia concreta.

Estos días de Navidad lo hemos vivido con claridad: Dios se acerca a nuestra historia, se hace uno de nosotros y nos invita a acoger su amor. Acojámoslo como hizo nuestra Madre María cuando dijo: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Dejémonos envolver por su Luz como los pastores de Belén y, como san José, mantengamos viva la fe Dios. Nos sigue diciendo hoy lo mismo que en la tormenta dijo a los discípulos. "Maestro, ¿no te importa que perezcamos?". Él "se puso en pie, increpó al viento y dijo al mar: "¡Silencio, enmudece!". Entonces, "el viento cesó y vino una gran calma". Y lo mismo que a los primeros discípulos, a nosotros también nos pregunta en estos momentos de la vida y en medio de la crisis: "¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?".

2. Vivamos la naturaleza de la Iglesia sin traiciones, eliminando las categorías de conflicto y división. ¿Qué sucede cuando vivimos la pertenencia eclesial en categorías de conflicto? Que ni expresamos que somos hermanos ni animamos a vivir como hermanos. ¿Qué nos pasa cuando situamos y dividimos a los cristianos y ponemos categorías como de derechas o de izquierdas, progresistas o tradicionalistas? Sucede que desnaturalizamos a la Iglesia y nos desnaturalizamos nosotros mismos como cristianos; pervertimos a la Iglesia y nos situamos enfrentados; no nos acogemos a la gran novedad que nos da y ofrece permanentemente el Espíritu Santo.

Hagamos un esfuerzo por entender y poner en práctica aquellas palabras de Jesús: "Id por el mundo y anunciad el Evangelio". La Iglesia tiene el mandato misionero y por ello el empeño de acercar la persona de Jesucristo a todos los hombres, en las situaciones en las que se encuentren. Dejemos que, como en Pentecostés, el Espíritu Santo sea quien haga escuchar en su situación real de vida, de cultura, de camino de conversión, el anuncio de Jesucristo.

Distingamos con toda claridad lo que es vivir una crisis y lo que es vivir en conflicto. En una crisis habrá más aciertos o menos, pero todos podemos buscar salidas juntos. Sin embargo, el conflicto siempre pasa por localizar culpables, acentúa los desprecios y banaliza las relaciones, pues promueve ese vivir con amigos a los que hay que amar y contra los enemigos a quienes hay que eliminar.

3. Estemos disponibles siempre para anunciar con alegría y valentía a Jesucristo en esta situación que vivimos. Imitemos a los apóstoles, que nunca se avergonzaron de anunciar el Evangelio. Lo consideraban la fuerza salvífica de Dios, tal y como nos dice san Pablo: "Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, primero del judío y también del griego". Qué hermoso es contemplar la vida de los primeros cristianos. Entendemos muy bien lo que provocaba entre las gentes el ver cómo vivían. Deseaban imitarlos. Y por eso era clave el compromiso de vivir cada día con más hondura en y a la escucha de la Palabra de Dios. Era acogida, meditada y traducida en la propia vida para cambiar el mundo con la fuerza del Evangelio.

Hay que descubrir que la fuente de la alegría cristiana está en la certeza de ser amados por Dios, amados por Quien tiene en sus manos todo lo que existe. Y nos ama a cada uno y a toda la familia humana con un amor apasionado, un amor que perdona. En estos días de Navidad hemos visto y experimentado en el misterio de Belén, en el Dios con nosotros y entre nosotros, hasta dónde ha llegado su cercanía a nosotros. Está claro que el espíritu misionero de la Iglesia no es más que el impulso de comunicar la alegría que nos ha sido dada sabiéndonos amados por Dios.

Con gran afecto, os bendice,

† Carlos, Cardenal Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

HOMILÍAS

VIGILIA DE ORACIÓN CON JÓVENES

(4-12-2020)

En este tiempo de Adviento que estamos viviendo, el Señor nos manifiesta cómo se acerca a nosotros. Cómo se acerca a nuestra vida siempre. Es un Dios que quiere estar con nosotros. Quiere estar entre nosotros. Y no solamente se manifiesta hace XXI siglos con su encarnación, sino que se manifiesta también ahora: en el misterio de la Eucaristía está entre nosotros, y en nuestra vida, y en nuestra historia.

El Evangelio que hemos proclamado nos invita a todos a hacer un camino a través del cual pueda llegar nuestro Señor. Y quizá lo podemos sintetizar en tres palabras: necesitados, interrogados y comprometidos.

Necesitados. Necesitamos escuchar esa voz que nos está gritando a todos, como esta noche: preparadle el camino al Señor. Preparádselo. Es decir, quitemos los obstáculos que impiden la llegada de Dios a nuestra vida. No bloqueemos las puertas de nuestro corazón, para que pueda entrar el Señor. Lo importante es abrir caminos nuevos a un Dios que siempre viene y quiere estar entre nosotros, con nosotros, en nosotros.

Actualmente es cierto que hay muchos hombres y mujeres que no saben qué camino seguir para encontrarse con Él. Para algunos, la vida se ha convertido en un complejo laberinto, difícil. Otros quizá viven una pura apariencia, guardando la imagen, o la imagen social que tengan, o el reconocimiento social, o buscando el poder y el tener. Necesitamos escuchar esa voz de Jesús. Estamos necesitados. Sí. Necesitados de abrir caminos nuevos. El Señor viene, y necesitamos preparar el camino.

Es muy fácil quedarse en la vida sin caminos hacia Dios. Es muy fácil. Quizá podemos estar llevando una vida llena de cosas, pero estamos vacíos por dentro. Y es bueno que ese vacío no se llene de cosas: se llene de Dios.

¿Cómo preparar este camino?. Quizá estamos viendo la necesidad que hay. En una sociedad que había alcanzado cotas de poder impresionantes, de todo tipo, a todos los niveles, un virus es capaz de poner en cuestión y en crisis a toda la humanidad. Y es que las seguridades que buscamos los hombres no valen. No son seguridades. Es necesario dejar un hueco y una entrada a Dios.

Esas palabras que en la carta pastoral de este año he dicho a toda la diócesis al iniciar el curso, utilizando aquellas palabras que utilizó Jesús cuando vio a Zaqueo subido en el sicómoro para verle pasar, y Jesús desde el camino, mirándolo, le dice: quiero entrar en tu casa, Zaqueo. Baja. Deprisa. Son las mismas palabras que el Señor nos dice esta noche a todos nosotros, a cada uno de nosotros: quiero entrar en tu vida.

El Señor formularía esta afirmación en una pregunta: ¿Tú tienes un hueco en tu vida para mí?. Quizá lo estás llenando de cosas, muchísimas cosas, pero no eres feliz. Estás vacío. Porque yo, cuando entro en tu casa, de la que estás necesitado, estás necesitado de mí, te provoco, no el aturdimiento, sino la preocupación por los demás; la preocupación por descubrir cómo están tus hermanos, cómo los puedes ayudar; por valorar la importancia que tiene en nuestra vida que Dios entre. Porque nos da un horizonte absolutamente nuevo. Nos provoca una existencia en la que tenemos que retomar cosas y asuntos que son esenciales, y no los secundarios, en los que a veces nos entretenemos. Estamos necesitados.

En segundo lugar, el Señor nos interroga. Interrogados. ¿Cómo preparar hoy un camino al Señor que quiere venir a nosotros? Quiero entrar en tu casa.

¿Tienes un sitio para mí? ¿Cómo prepara hoy ese camino? Cuando resulta que en muchas ocasiones vivimos volcados hacia lo exterior, perdiéndonos en mil formas de evasión que ofrece nuestra sociedad y nuestro mundo. ¿Podemos encontrarnos realmente con nosotros mismos? ¿Podemos preguntarnos ante el Señor, esta noche, qué sentido tiene mi vida? ¿Qué sentido doy a mi vida? ¿Qué es lo que estoy haciendo con mi vida?.

El grito de Juan Bautista no ha perdido actualidad. Prepararle el camino al Señor. Es un grito que está en plural: preparadle. A todos. Es la sociedad entera la responsable de hacer un camino en el que puedan ir todos los hombres, y que todos los hombres se sientan que nos damos la mano los unos a los otros. Es el camino de la liberación. Todos tenemos que poner algo de nuestra parte. Dios viene. Quiere entrar. Pero hace falta que nos encontremos en profundidad con nosotros mismos, como nos ha hecho encontrarnos ahora esta pandemia a la que aludíais al anunciar esta celebración de la Palabra, este encuentro, esta noche. La vulnerabilidad en la que estamos los hombres es tremenda. Pero, junto al Señor, cuando le dejamos entrar en nuestra vida, somos invulnerables. Preparemos el camino.

Todos tenemos que hacer algo de nuestra parte. Todos. Es la sociedad entera a la que nosotros, desde Jesucristo, podemos ofrecerle la versión nueva que se tiene que dar en este mundo. Seamos conscientes de ello. Dios nos hace falta para encontrarnos de verdad en la profundidad de nuestra vida; para ver qué camino real estamos haciendo, y si en ese camino buscamos solamente el goce nuestro o la capacidad para convertir este mundo en un mundo de hermanos y de hijos de Dios que sabemos de quién dependemos. Y sabemos también, porque nos lo ha dicho Dios mismo, el camino que tenemos que tener. Y no nos lo ha dicho teóricamente: se hizo hombre. Está aquí, en el misterio de la Eucaristía, quien permanece entre nosotros. Se hizo hombre. Vino a esta Tierra. Es Dios. Dios entre nosotros, que nos enseñó fundamentalmente a hacer verdad aquello de lo que nos habla el capítulo 25 del Evangelio de san Mateo: ¿tuve hambre y me diste de comer?. Interrogaros. ¿Tuve sed y me disteis de beber?. ¿Estaba desnudo y me vestisteis? ¿Estaba enfermo y me visitasteis? ¿Estaba en la cárcel y vinisteis a verme?. ¿No tenía ropa, estaba desnudo, me arropasteis? ¿Estaba triste y me disteis un abrazo, y me acompañasteis? ¿Estaba solo y os pusisteis a mi lado, e incluso me preguntasteis, sencillamente, déjame estar a tu lado, y dejé de estar solo?. Preparad el camino.

Hay muchos signos de sed de Dios en este mundo, queridos amigos. Muchos signos. Y vosotros, los jóvenes, estoy completamente seguro, que esos signos de sed de Dios, que los habéis tenido en vuestra vida, también sois capaces de ser esa fuente que abreva la sed de quien encontréis por el camino. Y la abreva, no con vuestras fuerzas, sino porque habéis dejado un hueco al Señor en vuestra vida, y le habéis dejado entrar, y ocupa un sitio fundamental en vuestra existencia. Y la orientación de vuestra vida, en medio de los límites que todos tenemos, no viene dada por cualquier palabra, sino viene dada por el mismo Dios. Que se hace palabra para mí, que se hace vida y que se hace camino.

Necesitados. Interrogados. Y, en tercer lugar, comprometidos. Los jóvenes de Madrid, comprometidos. Entregar esto que nos decía Juan Bautista en ese grito que daba de preparar el camino. En esa necesidad que tenía la gente de acudir a él, y de confesar sus pecados, y de ser bautizados con agua en el Jordán. Ahí, y esta noche, vosotros, los jóvenes de Madrid, estáis comprometidos en entregar la misma respuesta que Juan: viene alguien que puede más que yo. Y este es el que ofrecemos. A este. Que, como decía Juan: no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Él os da su espíritu. Él os da su fuerza. Él os da su amor. Él os da su entrega. Él os da su fidelidad. Él os da su capacidad para hacer la aventura más grande que puede haber en este mundo, que es entregar la fuerza de la vida y la fuerza del amor verdadero.

Jesús sumerge a la humanidad, y nos sumerge a nosotros, en las aguas de este río que es profundo. El río del amor de Dios. Nadie puede acallar la fuerza de este amor. Y, cuando se entra, o le dejamos entrar en nuestra, vida cambia todo. Y descubrimos que este Dios es para todos. Y viene a salvar a todos. Y se hace presente a través nuestro en todos los lugares.

Pues, queridos amigos, en este momento, en estas circunstancias en las que vivimos; en este momento oscuro, a veces de desolación, este Jesús es el pastor de nuestras vidas. Que cura. Que nos da su amor. Que disipa miedos. Que hace vislumbrar una claridad nueva y diferente. Que nos da esperanza. Al que le puedo abrir el corazón, y le puedo decir: Señor transforma mi vida. Transforma mi vida. Condúceme por caminos de justicia, de amor y de esperanza. Entra en mi vida para que esos caminos yo los roture en medio de esta sociedad, y hagamos un mundo diferente, no de desde ideas, no desde ideas, sino desde el amor mismo del Señor,

que es un amor que contagia alegría, que contagia vida, que da fraternidad, que no repulsa a nadie, y en el que todos nos encontramos a gusto.

Queridos amigos: que este domingo próximo, que vais a escuchar esta página del Evangelio, vosotros también, como aquellas gentes que iban en búsqueda de Juan, os sintáis necesitados, interrogados y comprometidos en llevar el amor del Señor a todos los hombres.

Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA VIGILIA DE LA INMACULADA

(7-12-20)

Queridos hermanos obispos auxiliares, don Santos y don Jesús. Querido vicario general. Deán de la catedral. Queridos hermanos vicarios episcopales, hermanos sacerdotes. Queridos seminaristas. Hermanos y hermanas todos.

Ha sido precioso escuchar cómo juntos, llamados por el Señor, cantábamos hace un instante el salmo 97: "Cantad un cántico nuevo, porque el Señor ha hecho maravillas. Cantad al Señor". Este canto lo comenzó Nuestra Madre, a quien hoy recordamos de un modo singular y especial. La Santísima Virgen María nos ha enseñado a todos nosotros a recitar este cántico que tiene una novedad total y absoluta, y esta novedad nos la ha presentado la Santísima Virgen María.

Estamos reunidos esta noche, en estas vísperas de la fiesta de la Inmaculada Concepción. Con María, la humanidad ha aprendido a decir Sí a Dios. Con María,

un giro absoluto de la historia de la humanidad ha comenzado. María nos lo entrega, queridos hermanos y hermanas.

La Palabra de Dios que acabamos de escuchar podríamos centrarla en tres realidades que esta noche, junto a nuestra Santísima Madre, nosotros experimentamos: visitados, turbados y comprometidos.

Visitados. Lo acabamos de escuchar. La visita que a María le hace Dios a través del ángel: "Alégrate. Alégrate, llena de gracia. El Señor está contigo". La aparición del ángel es una posibilidad con la que cuenta. El ángel de Dios es enviado a María. Y es enviado para llenar de alegría este universo, toda la tierra; para llenar de alegría a todos los hombres. Es una experiencia interior que el Señor nos invita a tener esta noche, junto a Nuestra Madre. Esta experiencia interior de María, y que la podemos tener sus hijos, nosotros también, nos permite escuchar voces que nadie es capaz de decir por sí mismo. Nadie. Es necesario descifrar este mensaje que a María le da el ángel, y que en María recibimos nosotros también.

El ángel Gabriel, si os habéis dado cuenta, comienza con estas palabras y con este saludo: "Alégrate", que en el fondo es decirle *favorecida, el Señor está contigo*. Ese *alégrate*, ese *jaire*, es mucho más que *alégrate*. Quiere decir exulta de gozo, danza, expresa lo que está sucediendo solo en ti. "Alégrate" es la primera palabra de Dios a toda criatura humana, queridos hermanos. También a nosotros esta noche. "Alégrate" fue lo que le dijo a María, y lo que esta noche nos dice a cada uno de nosotros, en medio de estos tiempos difíciles, con incertidumbres, con oscuridades. Lo primero que sorprende y que se nos pide es la alegría. No perder la alegría. Sin la alegría la vida se hace dura, se hace difícil. Y la alegría que nos ofrece Dios no es una alegría engañosa. Es una alegría fundada en la certeza de que Dios nos quiere. De que Dios nos ama. De sentirnos amados por Dios.

Esto que sucedió en María, cuando se le apareció el ángel de parte de Dios y le dijo "alégrate", esta noche, a través de Nuestra Madre, nos lo dice a nosotros también. Somos visitados por Dios. Alegrémonos. Alegrémonos. Exultad de gozo. Dios nos quiere. Dios nos ama. Dios no nos ha abandonado. Dios está a nuestro lado. Dios está de nuestra parte. Dios nos guía. Dios nos ofrece su Palabra. Dios nos ofrece su vida, y la acerca a nosotros, como la acerca esta noche a través de la Palabra que hemos proclamado, y dentro de un momento de la realidad de un Dios que ha querido quedarse con nosotros en el misterio de la Eucaristía. "Alégrate".

Necesitamos esa alegría, queridos hermanos. Esta fiesta de la Virgen de la Inmaculada Concepción, que se hace en este momento del Adviento siempre, el Señor quiere que la acojamos y la tengamos, y más en estos momentos que estamos viviendo, para llenarnos de alegría. Queridos hermanos: somos visitados por Dios mismo. Dios nos visita. Dios no está ausente de nuestra vida. Dios nos ama. Acojamos este amor de Dios, y devolvamos este amor a los demás.

Visitados. Sentirse amado es algo esencial, queridos hermanos. Cuántas soledades hay porque no se conoce a Dios. Cuántas. Cuántas situaciones difíciles. Seguro que en estos momentos, aquí en Madrid, hay soledad y angustia porque no se conoce a Dios. Alégrate. Y nosotros tenemos la misión de regalar también a los demás esta visita que hace Dios a nuestra vida. Visitados.

En segundo lugar, turbados. Qué maravilla esas palabras del ángel a la Virgen: "El Señor está contigo". Este es el motivo por el que María tiene que sentirse gozosa. Porque el Señor está con Ella. Es la experiencia humana fundamental de nuestra vida. No estás solo. ¿Por qué ese miedo? Si el Señor está contigo. Si está con Nuestra Madre, y a partir de estar con Nuestra Madre y de ese Sí que Ella dijo, está con nosotros. Queridos hermanos, ¿por qué ese miedo? Alguien nos acompaña. Ella se turbó, nos dice el Evangelio, ante estas palabras. Realmente, serían como un shock para María estas palabras, Ella quedó impactada, desconcertada a nivel de cabeza: eran demasiadas impresiones para una muchacha joven. Asombrada ante el misterio de un Dios que se acerca a su vida, y que tiene una experiencia fundamental: que Dios la quiere.

No es extraño que Jesús nos dejase a su madre como Madre nuestra. No es extraño que Jesús nos dejase a su madre para decirnos también, y enseñarnos Ella a nosotros, cómo la alegría tiene que estar en nuestra vida. Y también la turbación. "No temas", le dijo el ángel a María. "No temas, el Señor está contigo y has encontrado gracia ante Dios". El ángel llama a María por su nombre. "No temas, María". El nombre tiene una importancia particular en la cultura bíblica. El nombre, decir el nombre, es la expresión de amor de Dios. Dios nos llama a cada uno de nosotros por nuestro nombre. Nos ama personalmente. Dios nos ama como únicos. Solo Dios puede amar así. Y siempre Dios interrumpe en nuestra vida, queridos hermanos, en todas las situaciones que estemos. En todas. Nos dice: "No temas. No temas. Si estoy contigo. Si ere mi hijo. Si estoy a tu lado. Si te he dado la vida de mi Hijo". El "no temas, María" es también para nosotros. Dios nos libera del

miedo, Dios interrumpe nuestra vida. En la turbación, aparece Dios. "No temas. No temas. Despierta". Y despierta en María una gran confianza. Como la que esta noche quiere despertar en nosotros. Es verdad. Como cuando nos dice alguien: oye, que Dios te quiere; que está a tu lado, no te turbes, no temas. En todas las circunstancias, Dios a tu lado.

Queridos hermanos, que despertemos como María a esta confianza absoluta en Dios. Visitados, turbados, impactados a veces y desconcertados por este amor incondicional de un Dios que nos ama y que irrumpe en nuestra vida en todas las circunstancias para decirnos: "no temas". También en estas que estamos viviendo ahora mismo todos, en toda la humanidad. No temas. Qué bueno es poder celebrar en esta pandemia esta fiesta de la Virgen, y escuchar también de parte de Ella, Ella fue el primer ser humano que escucha esto: "No temas. Voy a estar contigo. Me voy a hacer presente en la historia de los hombres, y lo voy a hacer a través de ti". Qué maravilla, queridos hermanos: a través de nosotros quiere seguir haciéndose presente el Señor en nosotros, con las mismas actitudes de María.

Visitados. Turbados ante este amor inmenso de Dios. Y, en tercer lugar, comprometidos. Las palabras del ángel a la Virgen son impactantes para nosotros: "Concebirás en tu vientre y dará a luz un hijo". Dios le promete a María un hijo que llevará por nombre Jesús, que significa Dios salva, Dios es salvador. Y salvador quiere decir vida plena. María tiene que preguntar: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?". María, mujer de fe, conocía las normas morales de su época, que le impedían la relaciones sexuales antes de los desposorios. "¿Cómo puede ser eso?", pregunta María. Y nosotros, queridos hermanos, esta noche también nos preguntamos: ¿cómo puede eso? ¿Cómo puede ser eso?. ¿Cómo podremos comenzar una vida nueva? ¿Cómo podemos superar las tendencias negativas que a veces están en nuestra vida para abrirnos a la ternura, a los deseos de Dios, a la felicidad que Dios quiere poner dentro de nuestra vida? ¿Seré capaz de desengancharme de todo aquello que no merece la pena, que no es esencial? ¿Cómo puedo abrirme a lo que a veces me frena, a la vida de Dios que se me ofrece? Es preciosa esta imagen de María: "Concebirás y darás a luz un hijo". ¿Cómo puede ser eso?.

Y es la pregunta nuestra, queridos hermanos: pero, ¿cómo puede ser que Dios nos ame de tal forma que sea capaz, si le dejo entrar en mi vida, de quitar todos los enganches que adormecen mi vida, a los que doy importancia y que son

secundarios? Fijaos, hay algo precioso. ¿Sabéis cuál fue la respuesta de Dios a la Virgen cuando le preguntó ¿cómo puede ser eso?: "El Espíritu Santo te cubrirá con su sombra". ¿Sabéis cómo podemos hacer nosotros quitar todos los enganches a todas las cosas que no son buenas, que nos estropean, que nos limitan, que nos hacen tener miedos? ¿Sabéis cómo? Sabiendo que Dios se encarga de todo. El Espíritu, la fuerza poderosa de Dios, que actuó también en la Virgen María, sigue actuando en nosotros. Es el Espíritu el que nos ha dado el Señor a toda la Iglesia. Nosotros necesitamos recordar que el Espíritu nos cubre con su sombra. Su presencia está en nuestra vida. Necesitamos renovar la confianza en que celebramos esta fiesta de la Virgen María, la confianza en Dios. María tuvo confianza en Dios, se fió de Dios. Demos la mano a Nuestra Madre. Fiémonos de Dios.

Recordad cómo responde la Virgen María ante esta, como os decía antes, visita a su turbación y a su compromiso con Dios. Cuando ve que todo va a hacerlo Dios, Ella es la que dice, queridos hermanos: "Aquí está la esclava del Señor. Aquí está. Hágase en mí según tu palabra". Sí. "Aquí está la sierva. Hágase en mí según tu palabra". ¿Qué es lo que hizo María? Dar un Sí radical a Dios. Mirad, queridos hermanos, estamos en un momento de la historia donde es una gracia de Dios inmensa el que en esta noche, en estas vísperas de la Inmaculada Concepción, podamos vivir y descubrir lo que el Señor ha querido entregarnos a través de Nuestra Madre: la alegría de que el Señor está con nosotros, la confianza absoluta de que nos acompaña, la confianza total de que con Él encontramos gracia para vivir, y sobre todo, queridos hermanos, sabiendo que Dios se va a encargar de todo si nos ponemos en sus manos. María respondió a Dios con confianza. Necesitamos renovar la confianza en Dios. El Espíritu nos cubre con su sombra. Su presencia está en nuestra vida. En este día de la fiesta de María, renovemos la confianza.

Fijaos en el ejemplo que Dios le puso, a través del ángel, a María: "Ahí tiene a tu prima Isabel. A pesar de su vejez ha concebido un hijo, y está de seis meses la que llamaban estéril. Porque para Dios nada hay imposible". Qué maravilla, queridos hermanos. Diremos esta noche, con María: aquí me tienes, Señor. Aquí estoy. Quiero darte un sí radical. En un momento de la historia de la humanidad en que parece que Dios sobra, que parece que hay que retirarlo de la vida, que no cuenta en la construcción de este mundo, resulta que nosotros, los discípulos de Jesús, tenemos el empeño absoluto de que sí tiene que contar en la construcción de este mundo. Sí a Dios. El sí absoluto de María. El sí radical de María. Esa actitud de María de disponibilidad, de confianza, es la que Dios nos invita a vivir a todos nosotros. En

una absoluta libertad. Dios quiere humanizar este mundo con su humanidad. Aquella que comenzó hace 21 siglos con esta mujer excepcional, Nuestra Madre, la Inmaculada Concepción.

Por eso, queridos hermanos, la fiesta de María Inmaculada en medio del Adviento no es un paréntesis para los que nos preparamos a la venida del Señor. ¿Qué significa hablar de María Inmaculada? ¿Qué significa? Es tomar conciencia de que en un ser humano, en María, descubrimos algo en lo hondo de su ser; algo que fue siempre limpio, que fue siempre puro, sin mancha, sin arruga; algo que la llevó a decir a Dios sí, y a mostrar eso que recibía de Dios a los hombres. El testimonio de María pone de relieve lo que es prepararnos al misterio de Dios encarnado. El amor gratuito de Dios, que revela esperanza. María acoge el amor de Dios. María, y con María, aprende la humanidad a decir sí a Dios. Y esta noche, a los discípulos de Jesús, se acerca Nuestra Madre para decirnos: ¿estáis dispuestos conmigo a decir sí a Dios? ¿A que cuente en vuestra vida? ¿A que cuente en la vida que vosotros construís en este mundo?. Un Sí a Dios. Sí a Dios en nuestra vida. Sí a Dios en nuestra historia. Sí a Dios en esta humanidad. Sí a Dios, porque nos llena de gracia, como la llena de gracia. Un sí a Dios que nosotros queremos decir con las mismas palabras de Nuestra Madre: "Hágase en mí según tu palabra".

Y esto, que decimos con esas palabras, tiene realidad dentro de un momento con su Hijo Jesucristo, que acercándose a nosotros, Él, nos dice también: "¿Queréis darme rostro en esta tierra? ¿Queréis configurar vuestra vida por la acción que yo hago en vosotros, por mi amor, y entregarlo en esta tierra, y configurar este mundo no de cualquier manera, sino con mi gracia, con mi fuerza?". "Porque también -nos diría el Señor-, yo os visito; a veces os turbo porque os digo "no tengáis miedo", pero sobre todo os comprometo, y os pido que me digáis -diría el Señor-, como dijo mi madre: "Aquí me tienes"".

Que con la intercesión de Santa María lo hagamos así. Amén.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DEL GALLO

(24-12-2020)

Queridos hermanos obispos auxiliares don Jesús, don Santos y don José. Querido rector de nuestro seminario metropolitano. Querido deán de nuestra catedral. Hermanos sacerdotes. Queridos seminaristas de nuestro seminario Redemptoris Mater. Hermanos y hermanas.

Esta noche para todos nosotros, esta Nochebuena, que en la tradición de la vida de los cristianos está desde hace tantos siglos, desde que fue esa primera noche que nosotros admiramos y contemplamos en el belén; aquella claridad que apareció en esta tierra, la noche en que caía sobre Belén de Judá la claridad... Gracias, queridos hermanos, a la luz de aquella noche, los pastores se vieron inmersos en una extraordinaria claridad. Porque no solo había luz en torno a ellos, sino también dentro de sus vidas aparecía, en su interior, una luz nueva. Esta luz que transformó el mundo; que desde entonces la historia tiene un derrotero diferente, dado por Dios mismo; esta luz nos alumbra a todos en esta Nochebuena. La noche cerrada

se convierte en claridad que nos envuelve. Cuando el ser humano mira hacia el interior de sí mismo, Dios se manifiesta con una luz que le permite descubrir su propio misterio, ese misterio que llevamos todos impreso en nuestro corazón. Que la luz del nacimiento del Señor ilumine la noche de nuestro mundo, y también la noche de nuestro corazón.

Queridos hermanos, quizá tres palabras son las que me gustaría daros porque, de alguna forma, reflejan lo que las lecturas de esta noche nos acaban de decir. Tres expresiones: la noche, la luz y un camino nuevo. Estamos en un momento de la historia de la humanidad en que necesitamos luz, queridos hermanos. Pero no cualquier luz. Necesitamos la luz que viene de Dios mismo. Y no solamente por la pandemia que estamos viviendo y que ciertamente está haciendo padecer a toda la humanidad -hay sufrimientos, hay muertes, hay dolor, hay miedos-; no solamente porque Dios también ilumina todas las situaciones en las que estemos, sino por la propia situación de un mundo en el que hemos llegado en unos lugares a cotas singulares y especiales de vida, de buena vida, mientras en otros lugares la gente se está muriendo de hambre. Hemos llegado a un momento de la humanidad en que nos conocemos todos, y sabemos en el fondo lo que nos falta a todos. Nos falta, queridos hermanos.. Estamos en la noche. Tenemos necesidad de luz.

El texto que hemos escuchado del Evangelio dice que llegó el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. No había sitio para Él en la ciudad. Tuvieron que salir a los arrabales, fuera de la ciudad. El Señor ha querido compartir la condición de los más pobres y olvidados de la tierra, de todos aquellos que no tienen sitio en la sociedad. Qué bien nos vienen las palabras del Papa Francisco: hay que salir de las periferias hacia el centro. No vayamos del centro a las periferias, porque si vamos así llevaremos lo nuestro, no lograremos llevar esa pobreza que hay que iluminar. Jesús, desde su primera venida, se hace cargo de la pobreza y de la miseria más extrema, del dolor humano, de la soledad más intensa, y millones de seres humanos prolongan en el tiempo y en el espacio el pesebre de Belén.

En la posada no había sitio. La humanidad espera a Dios. Pero, cuando llega el momento, no tenemos sitio para Él. Llegó el tiempo, y dio a luz en un pesebre. Esto, queridos hermanos, nos hace preguntarnos, y nos hace agradecer a Dios. Porque Dios no quiere que permanezcamos en la noche: no quiere la noche para los hombres, no la quiere para nosotros, no la quiere para nadie. Y a los que nos ha

llamado y somos miembros vivos de la Iglesia, formando parte de este pueblo de Dios que camina por todas las partes de la tierra, y esta noche celebra la llegada de la luz a este mundo, nos pide que nos demos cuenta de esta necesidad de la humanidad. Espera a Dios. Pero hagámosle sitio para que entre. También Él quiere encontrar un sitio en nuestro corazón. ¿Tenemos espacio para Él cuando viene a nuestro encuentro? La noche.

Pero el Señor nos habla también de la luz. Él es la luz. ¿Quién tiene espacio para Él? En nuestra sociedad, en nuestro mundo, ¿hay sitio para Él? ¿Hay sitio para el pobre? ¿Para aquel que necesita ayuda? ¿Para el refugiado que busca asilo? ¿Tengo espacio para Dios? ¿Puede entrar Dios en mi vida, o le pongo condiciones? Queridos hermanos: no hay Navidad sin Jesús. Es un absurdo. La Navidad de luces, sin Jesús, es un absurdo. La Navidad ha sido quizá a veces secuestrada por nosotros, por un consumismo exacerbado. La Navidad, queridos hermanos, es Jesús mismo. Es la luz que viene a nuestro encuentro. Quiere que desaparezca la noche. Y quiere entregarnos a todos nosotros la luz.

Había, decía el Evangelio, unos pastores que pasaban la noche al aire libre. Un ángel se les presentó y les dijo lo que esta noche nos dice a nosotros, a todos, queridos hermanos: "No temáis, os traigo la buena noticia, la gran alegría para todos los hombres. Hoy os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor". Este anuncio a los pastores es para todos los seres humanos. Los pastores fueron los primeros destinatarios de esta buena noticia de salvación. ¿Y por qué este anuncio del ángel a los pastores? Mirad: los pastores, en aquella época de Jesús, constituían una clase de hombres despreciables, no les tenían muy en cuenta. Estaban en la noche total. Y resulta que el primer anuncio de esperanza y de alegría va dirigido a los pastores. Quizá, en estos momentos en que vivimos un encerramiento en nosotros mismos, este anuncio viene para nosotros. Queridos hermanos: hoy es un día de alegría, es un día de esperanza. Hay luz. Dios tiene predilección por nosotros. Nosotros los cristianos no podemos ser espectadores de una situación en la que viven los hombres, de indiferencia, de no quiero saber nada, yo con tal... Necesitamos ser solidarios de todos los hombres: de quienes padecen la injusticia, de quienes provocan además la violencia, y la padecen. Somos pastores. Somos pastores. Y la luz y el mensaje nos llama a ponernos en camino para ir al encuentro del Señor y adorarlo.

Queridos hermanos. Noche. Luz que viene a nosotros. Que la tenemos. Y, queridos hermanos, hay un camino que nos propone el Señor: "Hoy os ha nacido un

Salvador". En esta noche, el tiempo se abre a lo eterno. Porque Jesús ha nacido entre nosotros. Con el nacimiento de Jesús, el ser humano ha visto que el tiempo humano, este tiempo, es tiempo de salvación. El Señor ha santificado los días, los años, los siglos; ha disipado miedos; ha renovado nuestra esperanza, y nos llena de alegría. Es un camino el que nos propone el Señor. Esta Nochebuena nos repites también a nosotros: "¡No temáis!. Os traigo la buena noticia, la gran alegría para el pueblo. Y no es una idea la que os traigo: es una persona que viene, que quiere entrar en vuestra vida". ¿Estamos dispuestos a acoger esta alegría en el silencio de nuestro corazón? El relato del Evangelio nos ha dicho en forma poética que los ángeles cantaron en la noche de Belén: "Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama". ¿Quiénes son los hombres que Dios ama? Todos los hombres, queridos hermanos. Vosotros y yo. Todos los hombres. Los ama Dios. Y quiere que logren la dignidad de seres humanos. Y precisamente por eso, cuando vemos tirado, o despreciado o roto a cualquier ser humano, vamos en su búsqueda.

Esta sed de ser amados se sacia en esta noche santa. Porque Dios mismo, con toda claridad, nos dice: "He venido a vosotros, no con el poder o la fuerza. He venido en la pequeñez. ¡Cogedme! Cogedme. Para que seáis grandes. Para que tengáis un corazón grande". Nuestra sed de ser amados se sacia en esta noche santa. Dios es amor. Qué bien lo canta san Juan de la Cruz cuando él dice, en la Noche oscura: "al fin encontré la dichosa salida". La "dichosa salida" la encontró experimentando en su propia existencia que Dios le quería, que Dios le amaba. Dios es amor. El amor de Dios nos abraza a todos. Dios ha amado al mundo en Cristo, y en Él, en su nacimiento, ha revelado a todos los seres humanos el camino de la paz, el camino de la vida, el camino de la fraternidad. Cojamos ese camino, queridos hermanos. Señor -le diríamos hoy-, ayúdanos a ser hombres y mujeres de paz, de fraternidad, de entrega, de servicio. Ayúdanos. En esta noche santa, queridos hermanos, vamos a abrirle nuestro corazón. Ayuda a que en las familias cristianas se logre una comunidad verdadera donde todos se aman y se necesitan con el amor mismo de Jesucristo. Ayúdanos a descubrir lo que es una familia cristiana, lo que supone vivir en esa comunión de corazones y de vida entre los padres, de los padres con los hijos, de los hijos con los padres. Ayúdanos a hacer descubrir el gozo de un amor que, acogiéndolo en nuestra vida, porque es tuyo, nos hace cambiar todo lo que nos rodea.

Queridos hermanos: feliz Nochebuena. Somos importantes. ¿Veis? No todo el mundo tiene esta gracia de poder experimentar esto que nosotros estamos viviendo

esta noche. Dios me ama. Dios me quiere. Dios quiere que salga de la noche, que coja su luz y que camine por la vida con su luz y con su amor. Por eso te pedimos, Señor, hoy. Te acogemos con alegría. Tú eres la luz que brillas en la noche de nuestro mundo y en la noche de nuestro corazón. Que te anunciemos, pero no de palabra: con nuestra vida. Jesús, alumbrá la oscuridad de este mundo. Enciende en nosotros el fuego de la esperanza. Y cuenta con nosotros para alumbrar las oscuridades que puedan existir a nuestro alrededor.

Feliz Navidad, queridos hermanos. Acojamos la Navidad, que es Jesús mismo, que se va a hacer presente en este altar.

HOMILÍA DEL CARDENAL OSORO EN LA MISA DE NAVIDAD

(25-12-2020)

Queridos obispos auxiliares don Jesús, don Santos y don José. Querido vicario general. Rectores de nuestros seminarios. Queridos hermanos sacerdotes. Hermanos y hermanas.

Es verdad que tenemos que hacer ese cántico nuevo al que nos invitaba el salmo que juntos hemos recitado: "Cantad al Señor un cántico nuevo, porque los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios". Sí. El Señor se nos ha dado a conocer. Hemos, estamos experimentando en esta fiesta de la Navidad que esa buena noticia que anuncia la paz, que pregona la vitoria, ha tomado rostro humano. Por eso, nosotros queremos cantar de una forma especial este acontecimiento importante para nuestra vida. Porque es verdad que Dios habló de muchas maneras a los hombres; sin embargo, en esta etapa nos ha hablado por Jesucristo nuestro Señor.

"El Verbo -lo acabamos de escuchar- se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria". Queridos hermanos, esta es la afirmación fundamental del Evangelio que acabamos de proclamar. La afirmación fundamental en este día que celebramos el nacimiento de Jesús, que no es un mero hecho histórico, es mucho más. Él viene a nuestro encuentro. Y nos acoge a todos. Acoge nuestra condición humana, frágil, limitada, Él viene a entregarnos su luz en este tiempo que ahora mismo estamos viviendo de la pandemia, de oscuridad, de sufrimiento para mucha gente, de muerte. "En el principio -hemos escuchado- existía el Verbo". El término griego *logos* significa muchísimo más que *palabra*. *Logos* es más bien *sentir que se expresa en la palabra*. Habría que traducir mejor que "en el principio había sentido". El sentido de todo. Así creó Dios todas las cosas, y vio que todo estaba muy bien hecho. Esa realidad para nosotros grande que se llama Dios. En el principio existía amor. Existía. Y el ser humano era consciente de que Alguien sustentaba todo y daba sentido a todo. En el principio por supuesto no existía nada. Y, de la nada, nada puede nacer. Nunca nace nada. Pero existía algo: existía el misterio, existía el amor. Y este amor, que es Dios mismo, es el origen de todo. De este amor ha surgido el gran designio del Padre, que es la vida misma. En la Navidad, en este día queridos hermanos y hermanas, estamos celebrando la vida de Dios en nosotros, la vida de Dios en cada uno de nosotros. ¿Somos conscientes de que vivimos sumergidos en un océano inmenso de amor, que sobrepasa y nos rodea por todas las partes?

En el principio existía el Verbo. Había sentido. Sí. Estaba el sentido. El Verbo era la luz verdadera que alumbra a todo hombre. Él, Cristo, es la luz que alumbra nuestra oscuridad. Es la luz que alumbra nuestro corazón con la claridad de su amor. Es la luz, por supuesto, más fuerte que las tinieblas. Y vino a su casa. Lo acabamos de escuchar. Vino a nosotros. Y nosotros, los suyos, no lo recibieron. ¿No es una metáfora piadosa, queridos hermanos, decir hoy que Dios vino a su casa y los suyos no lo recibieron?. ¿Qué quieren decir estas palabras? Quieren decir que todos nosotros, y que en todos nosotros, está la dramática capacidad de poder rechazar el amor; poder elegir un camino que lleva a la vida, o el camino en el que podemos malograr nuestra vida. Significa que nuestra propia ceguera, en la que podemos confundir la luz con la oscuridad, en esa ceguera Dios puede no encontrar casa en nosotros, puede no encontrar lugar. Realmente, Dios no tiene casa hoy. Veamos: en muchos lugares, los campos de refugiados, en los que sufren el hambre, el odio, la guerra. En lugares concretos, no lejos de nosotros. Oriente Medio, Libia,

Irak... En los niños de Siria, un país arrasado por la guerra desde hace ya años. Tampoco tiene casa en muchas otras zonas conflictivas de nuestro planeta. Porque Dios es la paz. Es el amor. No hay sitio. No hay sitio en muchos sitios: ni para los refugiados, ni para los inmigrantes, ni para los ancianos que viven solos, ni para los más necesitados de la tierra.

A veces tampoco tiene casa este Dios, queridos hermanos, en nuestro propio corazón, cuando no queremos acogerlo, o no podemos acogerlo. Jesús a veces es el gran ausente en la fiesta de la Navidad. Por eso, esta mañana, queridos hermanos, aquí, nosotros nos preguntamos: ¿Dónde? ¿Dónde está Dios en nosotros? ¿Dónde está Jesús en esta Navidad, en el año 2020? Porque se hizo carne, habitó entre nosotros, está entre nosotros, Él da sentido a la vida. Él nos llena de su amor. Y Él quiere que este amor lo regalemos, lo demos, lo manifestemos, lo expresemos. Que conduzca de alguna manera los destinos de este mundo. Por eso, nosotros no miramos para afuera ahora mismo. Mirémonos para nosotros mismos. Señor, ¿tengo espacio yo para ti en mi vida? Porque ciertamente tú tratas de venir a mi existencia. ¿Tengo tiempo para ti? ¿De verdad lleno mi vida, no de palabras vacías, sino de tu amor, que me impulsa a salir fuera de mí mismo? A veces, queridos hermanos, nos podemos resistir a que este Dios entre en nuestra vida. Cuántas veces nos encontramos nosotros mismos, ¿no? que no le hemos dejado espacio.

El texto que acabamos de escuchar decía: "el Verbo se hizo *carne* y habitó entre nosotros". Es llamativo que el evangelista utiliza el término *carne* en vez de *hombre*. *Carne*, en griego *sarx*, significa la *condición existencial*. ¿Qué significa afirmar que "la palabra se hizo carne"? Pues significa que, en Jesús, Dios ha asumido nuestra condición humana frágil, con las debilidades y limitaciones, con la vulnerabilidad tal como hoy nosotros la estamos viviendo, y que se ha hecho más patente con la pandemia que asola la humanidad. Por eso, celebrar la Navidad para nosotros es celebrar el misterio de la encarnación; es celebrar que Dios se atreve a hacerse carne, a hacerse humanidad, a hacerse historia; a tomar parte en los desvaríos, en las miserias, y también en todo lo bueno y lo bello de los seres humanos, que hay mucho también, queridos hermanos. Mucho. Dios no asumió nuestra humanidad abstracta, sino que se hizo un ser histórico: Jesús de Nazaret, que vivió en una tierra, nació en una raza, asumió un estilo de vida, una cultura. Jesús conoce la sed, conoce la soledad, conoce la traición, conoce las lágrimas que tuvo que derramar por un amigo que se había muerto, conoce la alegría de la amistad, conoce

las tentaciones, conoce el horror de la muerte... Sí, queridos hermanos: se hizo carne. Pero movió toda su vida desde ese amor absoluto que estaba en Él, y que todos los que se encontraron con Él recibieron.

Queridos hermanos: en Jesús, Dios acoge la fragilidad y toda la impotencia de la condición humana. Esto es profundamente liberador, queridos hermanos. Porque esta mañana nosotros aquí, en esta celebración de la Eucaristía, podemos preguntarnos: ¿yo será capaz, Señor, de acoger también mi fragilidad y de percibir que tú, Señor, que tú me acoges, justamente en mi propia fragilidad, y me das la fuerza necesaria para salir adelante, para vivir de tu amor, para hacer posible que no haya sufrimiento en carne en ninguna parte de la tierra, porque lo podemos cambiar con tu amor y con tu fuerza?

Queridos hermanos: en el Evangelio hemos escuchado algo también precioso. "Hemos contemplado -decía- su gloria. Gloria como del unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad". Esta afirmación de san Juan es preciosa. Los biblistas nos dicen que el libro quizá del Evangelio más histórico, que responde más a la vida de Jesús, es precisamente el de san Juan. "Hemos contemplado su gloria. Gloria como del unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad". La vida que se ha manifestado en Jesús se hace presente con esta fuerza de amor más poderosa que las tinieblas, más poderosa que la muerte, más poderosa que nuestros infiernos. Nuestro mundo ha sido visitado por Dios, queridos hermanos. Dejad, dejad que entre Dios en vuestra vida. Dejemos que entre en nuestra vida y en nuestra existencia. Nuestro mundo ha sido visitado por Él. Y tenemos que mostrar esta visita con nuestra propia vida. Los grandes misioneros no son los que han hecho grandes predicaciones, que también es verdad que las han hecho, pero han mostrado con su propia vida que merecía la pena dejar entrar a Jesús en nuestra existencia porque cambiaba nuestras relaciones, cambiaba todo lo que somos. La vida, con esta fuerza de amor, es más poderosa. Desaparecen las tinieblas. Nuestro mundo ha sido visitado por Dios. Dios dice al mundo y al ser humano: "Yo te amo. Yo te quiero. Coge mi amor. Vive de mi amor". En un momento importante, queridos hermanos, de la historia de la humanidad, qué maravilla es que Dios hoy haya entrado en la carne de las familias, donde el amor entre de lleno, entre en nosotros, para que cuando veamos alguna situación donde ese amor no se percibe porque hay odios, porque hay diferencias, porque hay disputas, porque hay enfrentamientos, porque hay guerras, porque se quiere ganar a costa de lo que sea lo que fuere, prestemos este amor.

Hoy, queridos hermanos, se enciende en la noche una luz que nunca se apaga. Mantenedla en vuestra vida. Es Jesucristo. No estáis aquí esta mañana por pura casualidad. Sois discípulos de Jesús todos. Con los fallos que tenemos todos, empezando por vuestro obispo. Pero hoy el Señor quiere entrar en nuestra vida, quiere encender su luz. En este día, todos juntos podemos decirle a Jesús: "Ven, palabra hecha carne. Tú das sentido absoluto a nuestra vida. Ven al corazón, renuévanos con tu amor y con tu misericordia. Ven allí donde está peligrando la suerte de la humanidad. Ven. Tú eres nuestra paz".

Queridos hermanos: encontrémonos con Jesucristo. Porque "el Verbo se hizo carne". Y está entre nosotros. Nos ama. Abrimos nuestro corazón y entra en nuestra vida. Y cuando entra en nuestra vida logramos mostrar el rostro maravilloso de este Dios que nos ama y que además quiere que contagiemos su amor a todos los que nos encontremos en nuestra vida.

Feliz Navidad para todos, queridos hermanos. Es un día importante para la Iglesia y para el mundo. Dios con nosotros. Y Dios regalando su paz y su amor a los hombres, Él directamente, y a través de su pueblo, del cual somos nosotros parte. Así acogemos a Jesús, en el misterio de la Eucaristía donde se va a hacer presente realmente, y donde nos va a mostrar una vez más su amor, su entrega, su fidelidad por nosotros. Amén.

HOMILÍA CARDENAL OSORO EN LA MISA DE LA SAGRADA FAMILIA

(27-12-2020)

Queridos hermanos obispos auxiliares, don José, don Santos y don Jesús. Querido vicario general. Querido rector de nuestro seminario metropolitano. Hermanos sacerdotes. Queridos delegados diocesanos de Laicos, Familia y Vida que habéis organizado tan bien este encuentro, esta celebración, y el que esto llegue también a toda nuestra diócesis. Queridos hermanos y hermanas.

"Dichosos los que siguen los caminos del Señor". Hoy la Iglesia propone, sigue proponiendo a la Sagrada Familia como un lugar especial, singular, privilegiado, para acoger a Jesucristo nuestro Señor. A este Dios que ha querido hacerse hombre y ha querido estar junto a nosotros. Sí. La familia es una comunidad de personas. Una comunidad de personas que se reúnen porque se aman, que se encuentran porque se aman. Y no con cualquier amor, sino que la familia cristiana hace experiencia viva del amor de nuestro Señor Jesucristo. La familia cristiana se pone al servicio de la vida y aporta a nuestra sociedad el desarrollo auténtico que ha de

tener el ser humano en todas las dimensiones de la vida. La familia cristiana participa en la vida y en la misión de la Iglesia.

Hemos escuchado la primera lectura del libro del Eclesiástico. Se nos describe lo que es la comunión en la familia. Nos habla del padre, de la madre, de los hijos, de cómo tienen que estar viviendo los unos para los otros. Queridos hermanos. Para descubrir lo que es la familia cristiana y la fuerza que esta familia tiene, tenemos que poner la mirada en Jesús. Sí. La vocación de la familia se nos describe precisamente en la familia de Nazaret. La vocación de la familia, y lo que une a la familia cristiana, se nos ha descrito también en la segunda lectura que hemos proclamado de la carta a los Colosenses, cuando nos habla de que somos elegidos por Dios los que formamos parte de su Iglesia. No estamos ni por oposición, ni por prestigios personales que tengamos, sino que por pura gracia de Dios hemos sido llamados a la pertenencia eclesial, a formar parte de este pueblo santo, de este pueblo que camina por toda la tierra, y que camina con la fuerza y el amor de Jesucristo mismo. Y una familia que se quiere como se quería en Nazaret hace verdad lo que nos decía hace un instante esta segunda lectura de Pablo a los Colosenses: sobrellevaos, perdonaos, tened misericordia y, por encima de todo, vivid el amor y vivid en el amor.

Qué bien nos lo describe el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Amoris laetitia*. Después de los sínodos sobre la familia nos hizo llegar precisamente esta exhortación, en la que nos habla de cómo el amor en el matrimonio y en la familia constituye la fuerza que engendra y genera una capacidad especial y singular para vivir en la comunión. Porque no se trata de cualquier amor: se trata de ese amor de Dios que tiene paciencia, por el que se ponen los unos a los otros al servicio de todos, que sana cualquier envidia que pudiera haber en su existencia, que sin alarde para nada se agrandan, sino que se empequeñecen porque se ponen los unos a los otros al servicio de todos, porque en ellos se manifiesta permanentemente el perdón, porque se alegran de cualquier acontecimiento que otro pueda tener, y todos viven la alegría, porque disculpan todo, porque se fían y confían los unos en los otros, porque soportan cualquier dificultad que llegue a uno de ellos y todos se ponen a ayudar y a soportar absolutamente todo. Todo en común. Todo con alegría. Todo con diálogo. Todo con un amor que va creciendo, que se hace caridad. Un amor que no viene de uno mismo, sino que viene de Dios.

Queridos hermanos: esto es lo que el Señor nos ha querido decir, y nos quiere decir, en este día de la Sagrada Familia. El amor. La mirada puesta en Jesús. El amor que se vuelve fecundo, y que se amplía, como hoy nos dice el lema de esta Jornada de la Familia: *Los ancianos, tesoro de la Iglesia y de la sociedad*. El amor fecundo, que se realiza y constituye esa familia ampliada: los esposos, los hijos, los ancianos, los hermanos... Que nos hace tener un corazón grande. Queridos hermanos: anunciemos hoy el Evangelio de la familia. Es urgente hacer este anuncio. Si os dais cuenta, el paradigma de nuestra sociedad ha cambiado. Es diferente. Hoy la familia necesita recuperar la fuerza evangelizadora que muchos de nosotros pudimos tener. Fue en la familia donde aprendimos quizá las primeras oraciones; donde aprendimos las tareas más fundamentales que el ser humano, si se dice cristiano, tiene que realizar. Aprendimos las consecuencias que tiene también tener la vida de Jesús: saber perdonar, saber amar, saber construir, saber vivir juntos. La familia era el lugar privilegiado para la catequesis, queridos hermanos. Hoy este paradigma ha cambiado. Hoy, a veces, eso se ha descuidado. Y tenemos que recuperar la familia cristiana. Recuperarla en el sentido profundo que tiene. Esta familia que sabe que el amor se vuelve fecundo, y que sabe que el amor supone vivir esas actitudes esenciales y esas maneras de ser y de estar en la vida de las que nos habla el apóstol san Pablo en la carta a los Corintios, en el canto al amor, y que el Papa Francisco, en *Amoris laetitia*, en la exhortación, precisamente nos habla de ese amor que tiene que estar en la familia, que se vuelve fecundo y ese amor que construye y da la transmisión de la fe.

Pero, queridos hermanos, también es verdad que ha cambiado la escuela. Antes la escuela era una prolongación también de alguna forma de la transmisión de la fe. Hoy no es así. Se nos ha construido, o se nos da, una escuela laica, con aires de respeto. El respeto grande a un ser humano es cuando se le reconoce en todas las dimensiones que tiene, y no se le acorta absolutamente ninguna. Porque cuando se acorta alguna dimensión, o se corta, o se aleja de ser vivida y construida, estamos estropeando al ser humano. Queridos hermanos: la fuerza de la familia está en su capacidad de amar, y en la capacidad que la familia tiene de enseñar a amar. Pero no con cualquier medida del amor, sino con la medida que nos da Jesucristo nuestro Señor. Como os decía, lo hemos escuchado en el libro del Eclesiástico: "honra a tu padre y a tu madre". Honrarle. Los hijos, y los padres también con los hijos, en esa relación mutua. Quereos como la familia se quería en Nazaret.

Y, en tercer lugar, queridos hermanos, pongamos a Dios en medio de la familia. Os decía antes: ha cambiado. A veces Dios no está en el centro. Recuperemos la misión de la familia cristiana. Tiene atractivo, queridos hermanos. Tiene una fuerza singular. Tiene una belleza única. Es sanadora de la existencia humana. Es constructora de personas grandes, que se abren a los demás y que se abren a Dios. Dios en medio de la familia. Y el Señor hoy nos da dos tareas que tenemos que realizar también en nuestra familia. Una de ellas nos viene dada por el anciano Simeón, como lo habéis escuchado en el Evangelio. Los padres de Jesús lo llevaron, según la ley de Moisés, a Jerusalén, al templo, para cumplir lo escrito en la ley: todo primogénito varón será consagrado al Señor. Y fueron allí. Y encontraron al anciano Simeón, como nos dice el Evangelio un hombre justo y piadoso. Este hombre tomó en sus brazos a Jesús. Tomó en sus brazos a Jesús. Son preciosas las palabras que salen de su corazón: "Ahora Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, que es luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel". Queridos hermanos, queridas familias: acojamos en nuestra casa a Jesucristo. Tomemos al Señor. Y, cada uno de los miembros de la familia, tomemos a Jesús. Como el anciano Simeón. Nos entrega luz. Nos entrega su amor. No para que lo guardemos, sino para que lo entreguemos a los demás. Nos entrega sabiduría. Nos entrega paz. Engendra en nosotros libertad. Engendra en nosotros unas capacidades singulares que nada más que Dios nos puede dar a todos nosotros. Acoger. Tomar al Señor en vuestra vida. La familia cristiana hace posible esto: que cada uno de los miembros se tome en serio a Dios, y lo tome en sus brazos.

En segundo lugar, no solamente lo tomamos, sino que lo anunciamos, lo damos a conocer. Fijaos en la figura de la profetisa Ana: una mujer muy anciana, que nos dice el Evangelio que había estado, no se apartaba del templo, sirviendo día y noche a Dios. Y, cuando se acercaba el momento, hablaba del Niño, nos dice el Evangelio, a todos los que aguardaban la liberación de Israel. A todos. Hablaba del Niño. Daba noticia. Anunciaba a Dios. Acoger por un parte al Señor supone también que lo damos a conocer; que lo presentamos, no solamente entre nosotros, sino hacia afuera. Convirtamos la familia cristiana en familias misioneras, queridos hermanos. Os decía antes: el paradigma de la familia hoy es distinto. Es diferente a lo que quizá los que tenemos años hemos vivido. Pero también es verdad: es necesario que se anuncie. Antes, se transmitía, se seguía anunciando al Señor en la formación, en la educación; se seguía incluso en las costumbres sociales que teníamos en los pueblos o en las ciudades. Dios era importante. No se le escondía. La familia cristiana

tiene la misión de anunciar a Jesucristo y de no esconder a Dios. De reunirnos para anunciar al Señor en medio de este mundo. Y, todo esto, queridos hermanos, sin ninguna fuerza singular y especial. Con la fuerza del amor mismo de Dios, que se nos manifiesta en Jesucristo nuestro Señor.

Queridos hermanos: es un día especialmente importante para todos nosotros este día de la Sagrada Familia. Es un día singular para todas nuestras vidas. El Evangelio nos ha presentado estos dos personajes: uno, que nos enseña a meter en nuestra vida al Señor; y otro que nos enseña también que tenemos que anunciarlo. Necesitamos saber que todos los miembros, todos, tenemos que anunciarlo. Todos, queridos hermanos. La tarea de los padres y educadores hoy es ayudar a todos a la búsqueda de Alguien que dé sentido total a nuestra existencia. Dios no sobra, queridos hermanos. Es más, Dios se manifiesta como alguien necesario en este momento de la historia que estamos viviendo. Miedos, oscuridades, sufrimientos que dan muchas veces hasta depresiones, queridos hermanos. El ser humano necesita de Alguien que le dé luz, que le haga salir de sí mismo, que le haga buscar a los demás. Y esa institución bella y preciosa que Cristo mismo quiso tener en este mundo es la familia. Hagamos posible que en nuestra archidiócesis de Madrid la renovación de la familia cristiana sea tan fuerte, sea tan grande, que experimentemos todos una nueva forma de entender la vida, una manera nueva de vivir en la alegría del Evangelio de la que estos días el Señor quiere que tengamos, porque no nos ha abandonado. Está con nosotros. Está en medio de nosotros. Este Jesús que se hace presente en el misterio de la Eucaristía. Este Jesús que nos invita a todos nosotros a fortalecernos, a acompañarnos, a vivir esa espiritualidad honda y profunda en el matrimonio y en la familia.

La familia también tiene una espiritualidad, que es la de la comunión. La del vivir los unos para los otros. Vivir además los unos para los otros no sintiendo las fronteras de nuestros límites, sino la grandeza de romper fronteras que nos da Dios cuando entra en nuestra vida y yo puedo decir al otro "perdóname", y seguir adelante no con cualquier fuerza, sino con la misma que nos da el poder decir perdón, que es la fuerza de Dios. Este Jesús es el que viene aquí ahora junto a nosotros. El mismo que quiso tener una familia para venir a este mundo. El mismo que a través de la Iglesia nos propone a la Sagrada Familia como ejemplo a vivir, a imitar. Siempre. Pero que en estos momentos quizá de la historia se nos presenta con más urgencia el poder descubrir la grandeza de la familia.

Queridos hermanos y queridas familias: feliz día para vosotros. Feliz día para todos. Y que a todos podamos contagiar esta alegría que tuvo Jesús, el hijo de Dios, viviendo y creciendo en Nazaret, junto a María y José, y siendo ejemplo hoy, después de 21 siglos, para todos los hombres de familia. La familia no ha pasado de moda. Es más actual que nunca. Hagámosla visible y viable. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PÁRROCOS:

- **De Jesús Obrero:** P. John Bosco Lo Lo, O.P. (1-12-2020).
- **De Nuestra Señora del Carmen y San Luis:** D. Roberto López Montero (15-12-2020).

VICARIOS PARROQUIALES:

- **De Santa María Magdalena, de Húmera:** D. Rodolfo Víctor Pérez Velázquez, por un año. (1-12-2020).
- **De Santiago Apóstol, de Colmenarejo:** D. Néstor Luis Rojas, por un año. (1-12-2020).
- **De Nuestra Señora de la Estrella:** D. Franklin Antonio Uzcategui Rojas (15-12-2020).

ADSCRITO:

- **A Nuestra Señora de los Ángeles:** D. Ademar Gudiño. (1-12-2020).

OTROS OFICIOS:

- **Colaborador de la Parroquia de Nuestra Señora de Aránzazu:**
D. Yovanny Calderón Silva (15-12-2020).
- **Capellán del Hospital Gregorio Marañón:** D. Denis Martínez García
(15-12-2020).
- **Diácono Permanente en la Parroquia de Nuestra Señora del
Carmen, de Pozuelo de Alarcón:** D. Eduardo Crespo (15-12-2020).

DEFUNCIONES

– El día 30 de diciembre de 2020, el sacerdote MÁXIMO BARBERO, que fue durante muchos años capellán de las Carmelitas de la calle Ponzano.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él, la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ÓRDENES

– El día 19 de diciembre de 2020, el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Carlos Osoro Sierra, Cardenal-Arzbispo de Madrid, confirió, en la Capilla del Colegio Stella Maris, de Madrid, el Sagrado Orden del Presbiterado, al **Rvdo. P. Rafael Palos Hidalgo, D.C.J.M.**

ACTIVIDADES
CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID

DICIEMBRE 2020

Día 1, martes.

- Se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Preside una Misa de Acción de Gracias en el 125 aniversario de la presencia de las Siervas de Jesús de la Caridad en Madrid.

Día 2, miércoles.

- Tiene varias entrevistas en el Palacio Arzobispal.
- Por la tarde se reúne con el Consejo General de Cáritas de Madrid, en el Arzobispado.

Día 3, jueves.

- Dirige el retiro de Adviento para los sacerdotes de la Vicaría III, en la parroquia Santa Catalina de Siena.

- Administra los sacramentos de la Iniciación Cristiana a un adulto en la parroquia Santiago y San Juan Bautista.

Día 4, viernes.

- Dirige el retiro de Adviento para los sacerdotes de la Vicaría I, en la parroquia Asunción de Nuestra Señora.
- Por la tarde imparte clases de Pastoral Familiar en el Pontificio Instituto Juan Pablo II, por videoconferencia.
- Al finalizar la tarde preside la vigilia de oración "Adoremus" con los jóvenes, en la catedral de Santa María la Real de la Almudena.

Día 5, sábado.

- Imparte el retiro de Adviento para la vida consagrada de la diócesis en la catedral de la Almudena.
- Preside la vigilia de inicio de Adviento en la parroquia Santa Rosalía, organizada por las familias del residencial JMJ 2011.
- Por la tarde celebra en la parroquia Santa Teresa de Jesús de Tres Cantos una solemne Eucaristía en el XXX aniversario de la consagración del templo.

Día 6, domingo.

- Preside la Eucaristía en la parroquia Santa María Madre de Dios de Tres Cantos.

Día 7, lunes.

- Dirige un retiro de Adviento para los sacerdotes de la Vicaría VI, en la parroquia San Hilario de Poitiers.
- Al finalizar la tarde preside en la catedral de la Almudena la vigilia de la Inmaculada Concepción.

Día 8, martes.

- Preside la Eucaristía en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, emitida por Trece TV, en la catedral de la Almudena.
- Por la tarde celebra en el Seminario Conciliar una Misa en honor a su patrona. Y participa en un encuentro con los seminaristas.

Día 9, miércoles.

- Se reúne con la Comisión Ejecutiva en la CEE.
- Tiene un encuentro con la Fundación Promoción Cultura Islámica y la Promoción de la Tolerancia Religiosa, en el Palacio Arzobispal.

Día 10, jueves.

- Dirige un retiro de Adviento para los sacerdotes de la Vicaría VII, en la parroquia Sant María de la Merced de Las Rozas.
- Celebra la Eucaristía en el Monasterio de las Descalzas Reales.

Día 11, viernes.

- Celebra la Eucaristía en la capilla del Seminario Conciliar y preside los actos organizados por la Universidad Eclesiástica San Dámaso en honor a su patrono.
- Por la tarde imparte clases de Pastoral Familiar en el Pontificio Instituto Juan Pablo II, por videoconferencia.

Día 12, sábado.

- Preside en la catedral de la Almudena la apertura de las Causas de Beatificación y Canonización por la declaración de martirio de Timoteo Rojo Orcajo y 60 compañeros, sacerdotes diocesanos. De Rufino Blanco Sánchez y 70 compañeros, laicos. De Isidro Almazán Francos y siete compañeros, laicos de la ACdP.
- Visita la parroquia de San Rafael de Peñagrande y mantiene un encuentro con los consagrados presentes en el territorio parroquial y celebra una Misa de Acción de Gracias, con bendición de los nuevos jardines parroquiales.

Día 13, domingo.

- Celebra la Eucaristía en la parroquia de San Manuel y San Benito con motivo de la toma de posesión de su párroco.
- Preside la celebración de la Luz de la Paz de Belén, con los SCOUTS-MSM, en la catedral de la Almudena.

Día 14, lunes.

- Mantiene un encuentro virtual con los sacerdotes del Ordinariato en España.

- A continuación, se reúne con el Patronato de la Fundación Instituto San José, en su sede.
- Por la tarde preside un encuentro organizado por la Academia de Líderes Católicos Latinoamérica y la Archidiócesis de Madrid, con el tema "Las periferias". Intervienen: P. Agustín Rodríguez Teso, sacerdote español y P. José María di Paola, sacerdote argentino. Se hace público el manifiesto "Frente a la Crisis Política: Una cultura de Encuentro fundada en el diálogo".

Día 15, martes.

- Por la mañana dirige el retiro de Adviento para los sacerdotes de la Vicaría VIII, en la parroquia de Santa María Micaela y San Enrique.
- Por la tarde se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Al finalizar la tarde celebra la Eucaristía con los seminaristas del propedéutico y mantiene un encuentro con ellos.

Día 16, miércoles.

- Dirige en la parroquia la Encarnación del Señor el retiro de Adviento para los sacerdotes de la Vicaría II.
- Por la tarde se reúne con el Consejo Episcopal en el Seminario Conciliar.
- Preside en la catedral de la Almudena el rezo del rosario por la vida en la jornada de oración convocada por la CEE ante la inminente aprobación de la ley de la eutanasia.

Día 17, jueves.

- A lo largo de la mañana tiene entrevistas en el Arzobispado: D. Jesús Gallardo, Consejero de Presidencia del Colegio de Médicos de Madrid; Excm. Sra. Dña. Carmen de la Peña, Embajadora de España ante la Santa Sede.

Día 19, sábado.

- Asiste a la toma de posesión como Obispo de León de Mons. Luis Ángel de las Heras.
- Por la tarde ordena presbítero al diácono Rafael Palos en la capilla del colegio Stella Maris La Gavia.

Día 20, domingo.

- Preside la Eucaristía en la toma de posesión del nuevo párroco de Nuestra Señora de Altagracia.
- Por la tarde celebra la Eucaristía en la iglesia Nuestra Señora de las Maravillas con la comunidad de Sant'Egidio.

Día 21, lunes.

- Dirige el retiro de Adviento para los sacerdotes de la Vicaría V en la parroquia de Nuestra Señora de Europa.
- Preside en la catedral de la Almudena una Misa en memoria de Juan de Dios Martín Velasco.

Día 22, martes.

- Dirige en la parroquia Nuestra Señora de la Misericordia el retiro de Adviento para los sacerdotes de la Vicaría IV.
- Preside en el Seminario Conciliar una Eucaristía con motivo de la Navidad.

Día 23, miércoles.

- Se reúne con la Provincia Eclesiástica en el Seminario Conciliar de Madrid.

Día 24, jueves.

- Celebra en la Basílica Pontificia de San Miguel la Eucaristía y bendice el Belén.
- Visita el Hogar de las Misioneras de la Caridad en el Paseo de la Ermita del Santo.
- Participa en el Congreso en el reparto de cenas de Nochebuena de Mensajeros de la Paz.
- Preside la Misa del Gallo en la catedral de la Almudena y a su término, bendice el Belén ubicado en el templo.

Día 25, viernes.

- Preside en la catedral de Santa María la Real de la Almudena la Eucaristía de la Natividad del Señor y bendice las estampas del Niño Jesús que entrega a los fieles.

Día 26, sábado.

- Preside en la parroquia Purísimo Corazón de María la Eucaristía con institución de ministerios de acólito y lector a los futuros diáconos permanentes: Miguel Velázquez Guerra, José María Gil y García de Blas.
- Celebra la Eucaristía en la parroquia de San Ignacio de Loyola de Torrelodones y administra los sacramentos de la Iniciación Cristiana a cinco adultos.

Día 27, domingo.

- Preside en la catedral de la Almudena la Eucaristía en la solemnidad de la Sagrada Familia e imparte la bendición a las familias presentes y entrega los Evangelios.
- Participa de manera virtual en el encuentro internacional de Taizé con los jóvenes reunidos en la Delegación de la Juventud, en la parroquia de San Juan de la Cruz, y saluda al hermano Alois.

Día 28, lunes.

- Visita la cárcel de Soto del Real y celebra la Eucaristía con los internos con motivo de la Navidad.

Día 29, martes.

- Dirige en la catedral de la Almudena una meditación musical en torno a la Navidad, acompañado por el organista titular del templo, D. Roberto Fresco.

Día 30, miércoles.

- Preside la Eucaristía y bendice una imagen de San José en la parroquia Nuestra Señora de las Nieves.



Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

**ACTIVIDADES SR. OBISPO.
DICIEMBRE 2020**

1 Martes

* A las 11:00 h. visitas de seglares en el Palacio Arzobispal.

2 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

3 Jueves

San Francisco Javier

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

4 Viernes

San Juan Damasceno, presbítero y doctor. Santa Bárbara, virgen y mártir

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Jóvenes en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares.

5 Sábado

Santa Crispina Thagorense, madre de familia y mártir

* A las 12:00 h. Confirmaciones en la parroquia del Santo Ángel de Alcalá de Henares.

6 Domingo

II DE ADVIENTO

* A las 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

7 Lunes

San Ambrosio, obispo y doctor

* A las 21:00 h. Vigilia de la Inmaculada en la Parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares.

8 Martes

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA, Patrona de las Españas y del Arma de Infantería

* A las 12:00 h. Santa Misa y bendición del retablo del retablo de la Virgen del Amor Hermoso en la parroquia de San Pedro y San Pablo de Coslada.

* A las 19:30. Santa Misa en la Catedral-Magistral con Ministerios.

9 Miércoles

San Juan Diego Cuachtlatotzin

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

10 Jueves

Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal Civitas Dei Aula Cultural Cardenal Cisneros: Una ventana a "la más alta ocasión que vieron los siglos" por José Ramón Godino Alarcón, doctor en teología e historiador, con ocasión del Año Jubilar Mariano de Nuestra Señora de la Victoria de Lepanto (Villarejo de Salvanes).

11 Viernes

San Dámaso I, papa

* A las 11:00 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

12 Sábado

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, Patrona de América y Filipinas

* A las 12:00 h. en la Catedral de la Almudena de Madrid solemne ceremonia de apertura del proceso diocesano de tres causas de martirio promovidas por la

archidiócesis de Madrid, la diócesis de Getafe, la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), la Acción Católica de Madrid y la Acción Católica de Getafe, con un total de 140 siervos de Dios.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa y Vigilia de oración con el Proyecto Ángel.

13 Domingo

III DE ADVIENTO "Gaudete"

* A las 18:00 h. Oración Diocesana con Familias en la Parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares.

14 Lunes

San Juan de la Cruz, presbítero y doctor.

* A las 9:00 h. por videoconferencia apertura, por parte del Sr. Obispo, del Congreso "El testimonio de Karol Wojtyła". Imparte la conferencia: "Claves interpretativas de Juan Pablo II". Organizan la Universidad Católica de Valencia y la Universidad CEU Cardenal Herrera.

* A las 12:00 en el "Seminario Diocesano Misionero Redemptoris Mater - Nuestra Señora de la Almudena" de Madrid encuentro con el Equipo Internacional del Camino Neocatecumenal (Sr. D. Kiko Argüello, Rvdo. P. Mario Pezzi y Srta. D^a. María Ascensión Romero) y con sacerdotes.

15 Martes

* A las 11:00 h. Jornada Sacerdotal en la Catedral-Magistral.

16 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 18:00 h. en la parroquia San Juan Evangelista de Torrejón de Ardoz Concierto de Navidad del Colegio San Juan Evangelista y a las 19:00 h. Santa Misa con el mismo Colegio.

17 Jueves

* A las 11:00 h visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal charla y Santa Misa con la Asociación de Mujeres Democráticas Independientes Complutenses (AMDIC).

18 Viernes

Ntra. Sra. de la Esperanza

* A las 11:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:15 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa y felicitación navideña de los alumnos de "Instituto Diocesano de la Familia para el Estudio de la Verdad del Amor Humano y la Teología del Cuerpo" y del Centro de Orientación Familiar de la Diócesis "Regina Familiae".

19 Sábado

San Anastasio I, papa.

* A las 12:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa y Confirmación.

* 18:00 h. en la Iglesia del Monasterio de San Bernardo de Alcalá de Henares Santa Misa con un grupo de padres.

20 Domingo

IV DE ADVIENTO

* A las 18:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Santa Misa y Formación impartida por el Sr. Obispo a la Congregación Mariana de Nuestra Señora y San Ignacio.

21 Lunes

San Pedro Canisio, presbítero y doctor de la Iglesia. San Miqueas, profeta

* A las 20:00 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal Eucaristía de Navidad con el Seminario Mayor Diocesano "La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor" y con el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor".

22 Martes

* A las 10:30 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 12:30 h. en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal felicitación navideña con Caritas, Manos Unidas y la Curia.

* A las 19:00 h. en la Palacio Arzobispal Vísperas en el Seminario Mayor Diocesano Internacional y Misionero "Redemptoris Mater y de los Santos Justo y Pastor".

23 Miércoles

San Juan de Kety, presbítero

* A las 11:00 h. en el Seminario de Madrid reunión con los obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid.

* A las 19:30 h Santa Misa funeral en Cercedilla por la hermana del Rvdo. Don Manuel Barral Escalante.

24 Jueves

Commemoración de todos los santos antepasados de Jesucristo

Festivo en la Curia

TIEMPO DE NAVIDAD.

* A las 10:45 h visitas a sacerdotes y religiosas mayores.

* A las 23:30 h. Santa Misa del Gallo en la Santa e Insigne Catedral-Magistral de Alcalá de Henares.

25 Viernes

SOLEMNIDAD DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

* A la 13:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral.

26 Sábado

SAN ESTEBAN PROTOMÁRTIR

Festivo en la Curia

* A las 12:00 h. en la Iglesia del Monasterio de la Purísima Concepción de Torrelaguna Santa Misa con las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará (Familia religiosa del Verbo Encarnado).

27 Domingo

LA SAGRADA FAMILIA: JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

"Jornada por la Familia y la Vida"

* A las 13:00 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa de la Sagrada Familia.

28 Lunes

LOS SANTOS INOCENTES, mártires

* A las 19:45 h. en Becerril de la Sierra Vísperas y plática en los Ejercicios para Jóvenes.

29 Martes

Santo Tomás Becket, obispo y mártir. San David, rey y profeta

* Visitas en el Palacio Arzobispal.

30 Miércoles

San Félix I, papa

* A las 19:30 h. en la parroquia de Santa Teresa de Jesús de Alcalá de Henares Eucaristía con los Scouts.

31 Jueves

San Silvestre I, papa

Festivo en la Curia



dan otras vocaciones que la concretan, podemos decir que son vocaciones en la vocación. Una de ellas es al sacerdocio, la llamada de Dios a servirlo en los hermanos.

Y es tarea porque el Seminario es la responsabilidad de todos. Nuestro Seminario nos debe ocupar y preocupar. El Seminario habla de futuro y muestra la vitalidad de la diócesis. ¿Acaso podemos dudar que Dios sigue llamando a jóvenes para el sacerdocio? Claro que no. Entonces nuestra tarea tiene que ir a los jóvenes, tenemos que poner los medios para que respondan con generosidad a esta llamada. En primer lugar, los padres y las familias tienen que hacer de sus hogares el primer ámbito de la pastoral vocacional; educar es también ayudar a responder y crecer en la propia vocación.

También los obispos, los sacerdotes y los consagrados tenemos que llamar a los jóvenes a decir Sí al Señor mostrándoles el testimonio gozoso de una vida entregada. Como es tarea también de los colegios católicos y de los profesores cristianos, de los catequistas y de aquellos que conviven con los jóvenes.

El Seminario y las vocaciones es un asunto de todos. Todos hemos de rezar al Dueño de la mies para que envíe obreros a su mies, para que no falten a la Iglesia sacerdotes que anuncien la Palabra, celebren los sacramentos y nos reúnan en la fraternidad para vivir la caridad de Cristo.

Al tiempo que miramos a Dios que llama, miramos también al mundo al que somos enviados. Ante nosotros se abre la misión que es hacer que Cristo sea conocido y amado, que el encuentro con Dios cambie el corazón de los hombres y del mundo, que la Iglesia sea en medio de la humanidad un sacramento de salvación. ¡Qué necesarios son los sacerdotes para la Iglesia y para el mundo!

El lema de la campaña del Seminario de este año, Pastores misioneros, nos invita a mirar al pastor y a la misión. Pastores como el buen pastor, Jesucristo, que vino para que "todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4). El ministerio sacerdotal es un servicio a la salvación de los hombres, por eso el Seminario y la pastoral vocacional, nos recuerda el Papa, "es aprender el estilo de Jesús, que pasa por los lugares de la vida cotidiana, se detiene sin prisa y, mirando a los hermanos con misericordia, le lleva a encontrarse con Dios Padre".

Hemos de formar a los futuros sacerdotes para ser pastores misioneros, es decir, para que en el mismo ser del pastor esté la misión. Son claras las palabras del Papa: no tenemos una misión, somos una misión. La misión no es un añadido a la vocación sacerdotal, sino que está en su mismo corazón. El pastor por esencia es misionero. Aun lo que realice en lo más oculto de su vida es misión, por ejemplo, la oración por el pueblo, el ofrecimiento por los hombres que se le han confiado y el sufrimiento por ellos, porque no hay amor ni entrega sin sufrimiento.

El seminarista, a lo largo de su formación, tiene que ir interiorizando y haciendo vida este corazón de pastor misionero, tiene que ir configurándose con Cristo al que está llamado a servir, al tiempo que conoce y quiere al pueblo concreto con una verdadera caridad pastoral.

La tarea de formación no es fácil, pero es necesaria y dará muchos frutos de santidad. Agradezco de corazón la dedicación y entrega de los formadores del Seminario, de los sacerdotes que acompañáis a los seminaristas, de tantas almas buenas que rezáis y dais testimonio a nuestros seminaristas. Sin olvidar a nuestras monjas contemplativas que lleváis el Seminario en vuestro corazón y tanto rezáis por ellos.

No quiero terminar esta carta sin hablaros de nuestros seminarios.

El Seminario mayor, Nuestra Señora de los Apóstoles, en el Cerro de los Ángeles, una realidad llena de esperanza para esta iglesia que camina en Getafe. Una comunidad de 33 jóvenes que le han dicho al Señor que sí y quieren discernir cada día la llamada. Este año, en medio de la pandemia, el Señor nos ha regalado 10 nuevos seminaristas. Y hemos ordenado 4 nuevos sacerdotes para la diócesis.

No podemos olvidar el Seminario menor de Rozas de Puerto Real, donde se cultivan las semillas vocacionales de adolescentes que sienten una inquietud vocacional. Además del curso introductorio al Seminario mayor donde asisten 8 jóvenes.

Una bendición que hemos de recibir con agradecimiento y cuidar con humildad y dedicación.

Este tiempo de pandemia nos ha mostrado de un modo radical la necesidad de sacerdotes santos y entregados. Procuremos con nuestra oración, ayuda y afecto que no falten nunca a la Iglesia pastores misioneros.

A la Virgen Inmaculada, Madre de los sacerdotes y Rectora del Seminario, le encomendamos esta gracia de la vocación para que la cuide y la proteja como hizo con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Con mi afecto y bendición.

† Ginés, Obispo de Getafe

Carta del obispo de Getafe, D. Ginés García Beltrán,
en Navidad

NACE LA VIDA, POR ESO ES NAVIDAD

Quería hablar de la Navidad, pero debo hablar de la eutanasia.

Ésta será una Navidad especial, sin duda. Muchos hermanos y hermanas nuestros van a vivirla con el dolor de la ausencia de los seres queridos muertos por el virus, o con la herida de la enfermedad padecida; otros mirarán al futuro con desconfianza por la falta de trabajo o por la precariedad del que tienen, por la lejanía de los suyos, o por la pobreza en su variedad de rostros. A ellos, a todos, quiero anunciaros: Dios nace, nace en tu vida y en tu familia, nace para ti; acógelo, aunque no lo entiendas, a pesar de que te cueste trabajo, acógelo en tu corazón.

No es Navidad porque yo me sienta bien, o porque las circunstancias externas sean buenas. Es Navidad porque Dios se hace hombre y nace para nosotros. Y Dios nace también en esta Navidad.

En el silencio y la paz de esta Navidad se ha introducido un ruido que nos inquieta y nos preocupa, un hecho que no podemos ni debemos callar. Me refiero a

la presumible aprobación en los próximos días de la ley de la eutanasia, a la que llaman eufemísticamente muerte digna. Qué contradicción, nace la vida y nosotros la seleccionamos y la descartamos según el criterio de la utilidad y de un más que cuestionable concepto de la calidad. El nacimiento del Señor nos recuerda que la vida del hombre es sagrada en todo estadio y condición, y no hay ningún poder humano que deba quitarla, ni amenazarla.

Parece una ironía que en este tiempo en el que han muerto millares de ancianos en soledad, cuando la vida se ha hecho más vulnerable, una ley venga a segar las vidas de los más débiles. No necesitamos una ley de eutanasia sino de calidad de los cuidados paliativos. Nadie quiere morir; nos hace temer el hecho de sufrir, y el sufrimiento se puede quitar con medidas médicas, y, sobre todo, con la cercanía y la verdadera compasión. Los obispos de España acabamos de afirmar en una Nota: "La muerte provocada no puede ser un atajo que nos permita ahorrar recursos humanos y económicos en los cuidados paliativos y el acompañamiento integral. Por el contrario, frente a la muerte como solución, es preciso invertir en los cuidados y cercanía que todos necesitamos en la etapa final de esta vida. Esta es la verdadera compasión".

La vida es siempre un don, la eutanasia un fracaso, en cualquier caso. Con el Papa quiero también afirmar: "La eutanasia y el suicidio asistido son una derrota para todos. La respuesta a la que estamos llamados es no abandonar nunca a los que sufren, no rendirse nunca, sino cuidar y amar para dar esperanza" Miremos, queridos hermanos, a la familia de Nazaret. Un ejemplo de vida sencilla en el amor, un testimonio de acogida y de fe. Que nuestras familias acojan en esta Navidad a tantos hermanos que se sentirán solos, pienso en nuestros mayores que con tanta dureza han sufrido esta crisis del Covid-19, acójámoslos con cariño, y no olvidemos a todos los que trabajan por el bien común.

Os invito a celebrar con prudencia, y sin miedo, esta Navidad participando en las celebraciones de nuestros templos con la comunidad.

Quisiera que mis mejores deseos para esta Navidad llegaran a todos, especialmente a los ancianos y a los enfermos, a las familias heridas y a los pobres. Que sintáis la caricia de Dios en vuestro corazón.

† Ginés, Obispo de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

- **D. Luis Andrés Romero Simancas**, vicario parroquial en Santa Teresa de Jesús, en Getafe, el 11 de noviembre de 2020.

DEFUNCIONES

- **D. Francisco Javier Heras García**, vicario parroquial en Virgen Madre (Leganés), desde 1983; falleció el 1 de diciembre de 2020, a los 78 años de edad, en Alcorcón, lugar donde residía. Nació en Valladolid en 1942 y fue ordenado sacerdote en León, el 18 de febrero de 1967.

Desempeñó su ministerio como coadjutor en varias parroquias de Madrid. Era un hombre de educación y vivencia franciscana cuya vida se podría resumir con las palabras 'paz y bien' que él trasladaba en gestos de cercanía y acogida hacia todo el que acudía a la parroquia.

Fue el impulsor de muchas actividades pastorales como la escuela de padres, la catequesis de niños o los cursos prematrimoniales. "Conocido por su bondadoso corazón, su sencillez y su generosidad, los años que ha estado en esta parroquia han sido una bendición" así lo explican los fieles que le conocieron y que lo recordarán con mucho cariño.

- **D. Demetrio Iñigo Granizo**, padre de seis hijos, dos mujeres y cuatro varones, uno de ellos el sacerdote Aurelio Iñigo Torre, capellán del Hospital Universitario de Getafe; falleció el 16 de diciembre de 2020, en Guadalajara, a los 89 años de edad.

- **Dña. Bibiana Elisa Pérez Portela**, falleció en Talavera de la Reina, el 10 de diciembre de 2020, a los 91 años de edad. Era madre del religioso Marista Ernesto Tendero Pérez, miembro de la Comunidad de Fuenlabrada.

- **D. Manuel Luna López**, religioso de la Orden de San Juan de Dios, falleció en Ciempozuelos el 15 de diciembre, a la edad de 95 años. Era natural de Horcajo de Santiago (Cuenca).

- **D. Francisco Hernández Nicolás**, religioso de la Congregación de los Hijos de la Caridad, en Getafe; falleció el 20 de diciembre de 2020 a los 70 años de edad. Ejercía su ministerio pastoral como capellán del Hospital Severo Ochoa, en Leganés. Había estado 18 años en varios países de Latinoamérica; el último destino fue de Párroco en la Parroquia San Blas, en Madrid. Fundó en Leganés, hace 25 años, la Cooperativa "Helechos".

Señor Jesús, Tú que descendiste al mundo para que los hombres pudieran ascender al cielo, admite en tu gloria a nuestros hermanos difuntos.



Conferencia Episcopal Española

LA VIDA ES UN DON, LA EUTANASIA UN FRACASO

Nota de la Conferencia Episcopal Española ante la aprobación en el Congreso de los Diputados de la ley de la eutanasia

1.- El Congreso de los Diputados está a punto de culminar la aprobación de la Ley Orgánica de regulación de la eutanasia. La tramitación se ha realizado de manera sospechosamente acelerada, en tiempo de pandemia y estado de alarma, sin escucha ni diálogo público. El hecho es especialmente grave, pues instaura una **ruptura moral**; un **cambio en los fines del Estado**: de defender la vida a ser responsable de la muerte infligida; y **también de la profesión médica**, "llamada en lo posible a curar o al menos a aliviar, en cualquier caso a consolar, y nunca a provocar intencionadamente la muerte". Es una propuesta que hace juego con la visión antropológica y cultural de los sistemas de poder dominantes en el mundo.

2.- La Congregación para la Doctrina de la Fe, con la aprobación expresa del papa Francisco publicó la **Carta Samaritanus bonus sobre el cuidado de las personas en las fases críticas y terminales de la vida**. Este texto ilumina la reflexión

y el juicio moral sobre este tipo de legislaciones. También la Conferencia Episcopal Española, con el documento *Sembradores de esperanza. Acoger, proteger y acompañar en la etapa final de esta vida*, ofrece unas pautas clarificadoras sobre la cuestión.

3.- Urgimos a la promoción de los **cuidados paliativos**, que ayudan a vivir la enfermedad grave sin dolor y al **acompañamiento integral**, por tanto también espiritual, a los enfermos y a sus familias. Este cuidado integral alivia el dolor, consuela y ofrece la esperanza que surge de la fe y da sentido a toda la vida humana, incluso en el sufrimiento y la vulnerabilidad.

4.- La pandemia ha puesto de manifiesto la fragilidad de la vida y ha suscitado solicitud por los cuidados, al mismo tiempo que indignación por el descarte en la atención a personas mayores. Ha crecido la conciencia de que acabar con la vida no puede ser la solución para abordar un problema humano. Hemos agradecido el trabajo de los sanitarios y el valor de nuestra sanidad pública, reclamando incluso su mejora y mayor atención presupuestaria. **La muerte provocada no puede ser un atajo** que nos permita ahorrar recursos humanos y económicos en los cuidados paliativos y el acompañamiento integral. Por el contrario, frente a la muerte como solución, es preciso invertir en los cuidados y cercanía que todos necesitamos en la etapa final de esta vida. Esta es **la verdadera compasión**.

5.- La experiencia de los pocos países donde se ha legalizado nos dice que la eutanasia **incita a la muerte** a los más débiles. Al otorgar este supuesto derecho, la persona, que se experimenta como una carga para la familia y un peso social, se siente condicionada a pedir la muerte cuando una ley la presiona en esa dirección. La falta de cuidados paliativos es también una **expresión de desigualdad social**. Muchas personas mueren sin poder recibir estos cuidados y sólo cuentan con ellos quienes pueden pagarlos.

6.- Con el Papa decimos: "La eutanasia y el suicidio asistido son una derrota para todos. La respuesta a la que estamos llamados es **no abandonar nunca a los que sufren, no rendirse nunca, sino cuidar y amar para dar esperanza**". Invitamos a responder a esta llamada con la oración, el cuidado y el testimonio público que favorezcan un compromiso personal e institucional a favor de la vida, los cuidados y una genuina buena muerte en compañía y esperanza.

7.- Pedimos a cuantos tienen responsabilidad en la toma de estas graves decisiones que **actúen en conciencia**, según verdad y justicia.

8.- Por ello, convocamos a los católicos españoles a **una Jornada de ayuno y oración el próximo miércoles 16 de diciembre**, para pedir al Señor que inspire leyes que respeten y promuevan el cuidado de la vida humana. Invitamos a cuantas personas e instituciones quieran unirse a esta iniciativa.

Nos acogemos a Santa María, Madre de la Vida y Salud de los enfermos y a la intercesión de San José, patrono de la buena muerte, en su año jubilar.

Madrid 11 de diciembre de 2020.

ANTONIO J. VALÍN
NUEVO ADMINISTRADOR DIOCESANO
DE MONDOÑEDO-FERROL

El Colegio de Consultores de Mondoñedo-Ferrol, ha elegido al sacerdote **Antonio José Valín Valdés** como administrador diocesano, para hacerse cargo del gobierno de la diócesis hasta que la Santa Sede designe un nuevo obispo. Tras la elección, Valín Valdés ha realizado la pertinente profesión de fe y, acto seguido, se ha dado comunicación a la Nunciatura Apostólica.

Antonio J. Valín Valdés, canónigo desde 2018 de la S. I. Catedral-Basílica de la Asunción de Mondoñedo, **nació en Ribadeo en 1968 y fue ordenado sacerdote en Mondoñedo en 1993**. En 2017, siendo ya arcipreste de Mondoñedo, fue nombrado vicario episcopal de Evangelización. Ha sido miembro del Consejo de Gobierno durante el episcopado de Mons. De las Heras Berzal, como también del Consejo Presbiteral y del propio Colegio de Consultores. Pastoralmente, es miembro del equipo sacerdotal de la UPA de Foz.

"UN DIOS DE VIVOS"

Instrucción pastoral sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias

"Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también nuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra Él, diciendo que ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado... si es que los muertos no resucitan" (1 Cor 15, 13-15).

1. La resurrección de Jesucristo es el acontecimiento central de toda la historia de la salvación de Dios con la humanidad y, por tanto, el hecho que esclarece su sentido. En él acontece la plena revelación de Dios como un "Dios de vivos" (Lc 20, 38; Mt 22, 32; Mc 12, 27) y se nos muestra la grandeza de la

salvación a la que todos estamos llamados y que ahora vivimos "en esperanza" (Rom 8, 24).

2. "La muerte corporal, de la cual el hombre se habría liberado si no hubiera pecado"¹, es el último obstáculo que habrá de ser vencido para que el designio de amor de Dios y su voluntad de salvación sobre la humanidad llegue a buen término: "El último enemigo en ser destruido será la muerte" (1 Cor 15, 26). En Cristo resucitado "la muerte ha sido absorbida en la victoria" (1 Cor 15, 54). Por ello, los creyentes podemos decir: "¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?" (1 Cor 15, 55); y podemos dar gracias a Dios "que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Cor 15, 57). La fe en la resurrección de Jesucristo es inseparable de la fe en la resurrección de los muertos. Quien niega la resurrección de los muertos en el fondo está negando la resurrección de Cristo, porque no reconoce el poder de Dios ni la potencia salvífica de este acontecimiento.

3. El anuncio de la muerte y resurrección de Jesucristo constituye el núcleo de la fe cristiana. Si este mensaje es alterado o malinterpretado, se destruye la fe en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Inseparablemente unido a este anuncio, está también el objeto de la esperanza cristiana, que no es otro que la vida eterna: "Si el cristiano no está seguro del contenido de la expresión "vida eterna", las promesas del Evangelio, el sentido de la creación y de la redención desaparecen, e incluso la misma vida terrena queda desposeída de toda esperanza"². El último artículo del símbolo de la fe ("Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna") no constituye únicamente el final de una lista de verdades, sino que expresa la meta hacia la que se encaminan y en la que confluyen todos los restantes artículos del credo, ya que la vida eterna es el término de nuestra esperanza³. En la perspectiva de la "jerarquía de verdades" no estamos ante una verdad secundaria: "Si esta

¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, 18.

² CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología* (17 de mayo de 1979).

³ Cf. *Ibid.*: "A nadie se le oculta la importancia de este último artículo del Símbolo bautismal: expresa el término y el fin del designio de Dios, cuyo camino se describe en el Símbolo".

esperanza se oscureciera o se disipara, ya no podríamos llamarnos de verdad cristianos"⁴.

I. SITUACIÓN ACTUAL Y RETOS PASTORALES

a) El drama de la muerte

4. La experiencia de la muerte afecta a todos los seres humanos. Se trata de algo que no puede ser silenciado: con la muerte "el enigma de la condición humana alcanza su culmen"⁵. Ante ella el hombre experimenta la contradicción más profunda que le acompaña en todos los momentos de su existencia: su limitación y su deseo de plenitud⁶. Los esfuerzos del ser humano por luchar contra la muerte propia y ajena, el uso de los recursos psicológicos y terapéuticos que ayudan a superar el sufrimiento, y los avances de la ciencia y de la técnica, que ciertamente han conseguido prolongar las expectativas de la vida humana, "no pueden calmar esta ansiedad del hombre", ni "satisfacer ese deseo de vida ulterior que ineluctablemente está arraigado en su corazón"⁷. El hombre, abandonado a sus solas fuerzas, se siente impotente, porque sabe que se encuentra ante un enemigo que es más fuerte que él, del que no puede escapar y que por sí mismo no puede vencer. Separada de Dios por el pecado y al margen de Cristo, la humanidad se encuentra en una situación de desgracia y esclavitud "por miedo a la muerte"

⁴ COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995), n. 1. Cf. LXXXVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instrucción pastoral *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (30-3-2006) 4: "La esperanza respecto a la vida del mundo futuro es constitutiva de la condición de cristianos. Se es cristiano precisamente por la fe en la resurrección de Cristo, principio y causa de nuestra propia resurrección (cf. 1 Cor 15, 21)"; TERTULIANO, *De resurrectione mortuorum* 1, 1: "La esperanza de los cristianos es la resurrección de los muertos. Creyendo en ella somos tales".

⁵ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, 18.

⁶ Cf. *ibid.*, 10: "Mientras, por una parte, como criatura, experimenta que es un ser limitado, por otra se siente ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior".

⁷ *Ibid.*

(Heb 2, 15), hasta el punto de que todos sus esfuerzos están orientados a liberarse de ella⁸.

5. El horizonte de la muerte provoca que el ser humano se plantee los interrogantes más decisivos para su vida: "¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de todo el progreso, continúan subsistiendo? [...] ¿Qué puede el hombre aportar a la sociedad, qué puede esperar de ella? ¿Qué seguirá después de esta vida terrena?"⁹. Son preguntas que inquietan al ser humano, porque de ellas depende el sentido de toda su existencia. También ante estos interrogantes experimenta el hombre su impotencia para hallar por sí mismo una respuesta satisfactoria que le proporcione una total claridad: "toda imaginación fracasa ante la muerte"¹⁰. La angustia provocada por el sinsentido y el absurdo del sufrimiento y la muerte, especialmente cuando afecta a personas inocentes o a los niños, el silencio de Dios y la imposibilidad de hallar una explicación que apacigüe el corazón del ser humano, es una de las causas que pueden explicar el fenómeno del ateísmo¹¹, que en estos casos nace "de una violenta protesta contra el mal en el mundo"¹².

6. En esta situación la Iglesia no puede hacer otra cosa que invitar a dirigir la mirada a Cristo muerto y resucitado, ya que ella profesa que "bajo el cielo no

⁸ Cf. FRANCISCO, *Homilía en la Misa en sufragio de los Cardenales y Obispos fallecidos durante el año* (5 noviembre 2020): "El miedo humano de tener que morir [...] del que nadie puede decir que es completamente inmune".

⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, 10.

¹⁰ *Ibid.*, 18.

¹¹ Un testimonio significativo puede ser el del judío sefardí Primo Levi "Si existe Auschwitz es que no puede haber Dios". En la literatura contemporánea encontramos también algunos personajes que encarnan el ateísmo que tiene su origen en el sufrimiento. En *La peste* de Albert Camus, "la muerte del hijo del juez Othon encarna el *silencio de Dios*; el milagro pedido por el P. Paneloux no se realiza, y el niño muere. Rieux declara entonces... que siempre rechazará una creación en que los inocentes son torturados. El sufrimiento de los inocentes: tal es el extremo más paradójico del problema del mal en el mundo" (Ch. MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo I*, Madrid 1981, 82). *Ibid.*, p. 116: "Una angustia nos queda: el hijo del juez Othon muere de la peste. Cuando Rieux dice al P. Paneloux: "Usted sabe muy bien que este era inocente", nuestro corazón le da la razón".

¹² CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, 19.

se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos" (Hch 4, 12)¹³. Su muerte y resurrección constituyen la luz que permite al ser humano encontrar una respuesta a las inquietudes que le provoca el horizonte de la muerte. Nuestra fe en Cristo nos descubre que la muerte nos puede unir más estrechamente a Él¹⁴ y que "será vencida cuando el Salvador omnipotente y misericordioso, restituya al hombre la salvación perdida por su culpa"¹⁵. Entonces el hombre, que "ha sido creado por Dios para un destino feliz más allá de los límites de la miseria terrestre"¹⁶, llegará a la plenitud encontrando así su plena libertad: "¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor!" (Rom 7, 24). De este modo, "la fe, apoyada en sólidos argumentos, ofrece a todo hombre que reflexiona una respuesta a su ansiedad sobre su destino futuro"¹⁷.

b) La percepción actual de la muerte

7. En las últimas décadas se ha vivido en nuestra sociedad una profunda transformación en la vivencia de la muerte y en la forma de afrontarla. A ello ha contribuido el pluralismo religioso y cultural que caracteriza el momento histórico en que nos encontramos. La secularización de la vida ha llevado a la secularización en el modo de vivir la muerte. Cada vez es mayor también el número de personas para quienes la inquietud por la salvación no entra en su horizonte vital. Muchas personas la alejan de su contexto vital, no quieren pensar en ella y evitan estar cerca de los enfermos, especialmente de los terminales. Algunos la viven solo como la llegada al final de un camino; otros eluden los interrogantes que el hecho de la muerte debería

¹³ Cf. *Ibid.*, 10.

¹⁴ Cf. Ch. MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo I*, 117: "(Comentando *La Peste* de A. Camus) Es preciso luchar contra el sufrimiento de los inocentes, como Rieux, pero también saber que la muerte no es un cataclismo definitivo. Es el envés del misterio de la unión con la Cruz... Ninguna religión, salvo la cristiana, da una explicación de él. Esta explicación es un misterio, pero un misterio *encarnado* en la persona misma del fundador de la religión cristiana, en Jesucristo".

¹⁵ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, 18.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*

llevar a formular, disimulando de este modo su dramatismo¹⁸. Cuando acontece en circunstancias socialmente dramáticas como atentados, catástrofes o pandemias como la que estamos viviendo actualmente a causa del COVID-19, vemos actitudes de generosidad, servicio y solidaridad que muestran lo mejor que hay en el corazón del ser humano, que dignifican a las personas y a la sociedad y que fortalecen la fraternidad. En estos casos, se ofrece ayuda psicológica a las personas para que gestionen sus emociones, pero social y culturalmente se evita la cuestión de Dios.

8. Todo eso ha provocado cambios en el modo de "despedir" a los seres queridos: a veces, la oración por los difuntos se entiende como un recuerdo y la celebración de las exequias como una despedida. En no pocas ocasiones las ceremonias fúnebres se han convertido en un "servicio" que se ofrece a los familiares sin ninguna presencia de la Iglesia, y acaban siendo actos sincretistas en los que se mezclan elementos cristianos y no cristianos. Algunas prácticas que hasta hace poco se consideraban extrañas a la tradición cristiana, como la cremación, se han generalizado. Las formas de deshacerse de las cenizas o de conservarlas a veces son tan insólitas que no siempre se pueden conciliar con el respeto debido al cuerpo del difunto llamado a resucitar con Cristo.

9. Sin embargo, el hombre no puede evitar plantearse la cuestión de la muerte, no solo como un hecho biológico, sino también como un acontecimiento personal. Por eso, aun cuando muchos han puesto entre paréntesis la fe o tienen vergüenza de aludir explícitamente a ella, conservan sin embargo la secreta esperanza en una vida tras la muerte. No es extraño escuchar referencias a un "más allá" impreciso. En otras ocasiones se adopta un lenguaje más difuso, que alude a la disolución del ser humano en el Todo o a una fusión con el Absoluto. Todo esto manifiesta que, en medio de una sociedad técnica y fuertemente descristianizada, en el corazón del ser humano está vivo el *deseo de Dios*.

10. No es extraño, pues, que muchas personas, incluso viviendo alejadas de la Iglesia, en el momento doloroso de la pérdida de un ser querido soliciten su

¹⁸ A. CAMUS, en *El mito de Sísifo* (Madrid 1985, 13, 15), hablando de la muerte, se asombra "ante el hecho de que todo el mundo viva como si nadie "lo supiese"', y habla del "consentimiento práctico y la ignorancia simulada", que nos lleva a vivir "con ideas que, si las pusiéramos a prueba verdaderamente, deberían trastornar toda nuestra vida".

presencia y su acompañamiento. Este hecho no debe ser desdeñado ni minusvalorado, pues constituye una ocasión privilegiada para ofrecer una palabra de consuelo y esperanza, y para anunciar el Evangelio, ya que es la situación en la que se pone en especial de manifiesto la verdad del ser humano. Aun cuando esas personas no tengan una conciencia clara de lo que la Iglesia ofrece, y lo que deseen sea un simple acto de recuerdo o de homenaje a sus seres queridos, deben ser acogidas con delicadeza y respeto y acompañadas para que, en la medida de lo posible, vivan este acontecimiento como un encuentro con el Señor Resucitado que transforme su dolor en esperanza.

11. Este ambiente influye también en muchos cristianos que han olvidado lo que significa la vivencia cristiana de la muerte: algunos experimentan una "desconexión entre la fe en Dios y la esperanza en la vida eterna", que se manifiesta en el hecho de que "no pocos de los que se declaran católicos, al tiempo que confiesan creer en Dios, afirman que no esperan que la vida tenga continuidad alguna más allá de la muerte"¹⁹; otros ya no sienten la necesidad de prepararse para ella²⁰, ni tienen la preocupación de morir en gracia de Dios, sino que únicamente esperan una muerte instantánea y sin dolor²¹.

12. En la misma celebración cristiana de las exequias se percibe un cambio de sensibilidad. Frente a ciertas exageraciones del pasado, que podían llevar a pensar que se emitía un juicio sobre el difunto, o contra ciertos rigorismos que presuponían que la mayoría de la humanidad está condenada, en no pocas ocasiones la esperanza de que nuestros hermanos difuntos estén en el cielo se formula hoy como una certeza absoluta. De este modo se silencia la necesidad de una purificación

¹⁹ COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995).

²⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1014: "La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte".

²¹ Cabría preguntarse, no obstante, si esto realmente responde al deseo más profundo del corazón: "Cabe pensar que este deseo de hacer insensible el hecho de la muerte lleva en su seno un reconocimiento tácito de su trascendental importancia para la persona; con lo cual la indiferencia habitual ante la dimensión religiosa de la vida, tan frecuente entre los que así desean morir, no sería en el fondo sino una larvada evasión" (P. LAÍN ENTRALGO, *El problema de ser cristiano*, Barcelona 1997, 118).

ulterior²² y la posibilidad de la condenación. Con frecuencia se escucha también la afirmación de que nuestros hermanos difuntos ya han resucitado, identificando sin más el momento de la muerte con la resurrección.

13. En estos últimos años, el Magisterio Pontificio²³, la Congregación para la Doctrina de la Fe²⁴ y la misma Conferencia Episcopal Española²⁵ se han ocupado de estas cuestiones ante la difusión de algunas creencias que tienen su origen en religiones o filosofías extrañas al cristianismo (como la doctrina de la reencarnación), o ante algunas ideas teológicas que han tenido consecuencias negativas en la vida pastoral de la Iglesia. Los temas fundamentales tratados en estos documentos son los que estaban en el debate teológico del momento: el estado intermedio; la existencia del purgatorio; la resurrección de los muertos como resurrección de "todo el hombre"; la inmortalidad del alma; la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos; la salvación de los justos y el castigo eterno que espera al pecador sin conversión, que se verá privado de la visión de Dios²⁶. También se han señalado las consecuencias a las que conduce el oscurecimiento de la esperanza cristiana: el cinismo ético que lo justifica todo en función del propio provecho, o la irresponsabilidad a la que puede conducir una inteligencia inadecuada de la voluntad salvífica de Dios que banalice la posibilidad de la condenación eterna²⁷.

²² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1031: "La Iglesia llama purgatorio a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados".

²³ Cf. SAN PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 28-30; BENEDICTO XVI, *Carta encíclica Spe salvi, sobre la esperanza cristiana*.

²⁴ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología* (17 de mayo de 1979); *Traducción del artículo "carnis resurrectionem" del símbolo apostólico* (2 de diciembre de 1983); *Instrucción Ad resurgendum cum Christo* (15 de agosto de 2016).

²⁵ Cf. LXXXVI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (30-3-2006) 26-35, 40-41; COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995).

²⁶ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología* (17 de mayo de 1979).

²⁷ La Comisión Teológica Internacional, en su documento del año 1992 titulado *Algunas cuestiones actuales de escatología*, abordó estas cuestiones que han entrado en el debate teológico.

14. En estas orientaciones pastorales, queremos recordar las verdades fundamentales del mensaje cristiano sobre la resurrección y la vida eterna, así como ofrecer algunas sugerencias para el acompañamiento de las personas que sufren por la muerte de un ser querido. La atención y cercanía en los momentos difíciles del duelo es una acción pastoral de la Iglesia que requiere una preparación, una formación y una espiritualidad adecuada. Deseamos que las celebraciones exequiales sean signo de la auténtica esperanza cristiana y ayuden a los fieles a crecer en ella, y que los sacerdotes, diáconos y quienes colaboran en la vida pastoral de la Iglesia tomen conciencia de la potencialidad evangelizadora de la liturgia exequial.

II. LA FE DE LA IGLESIA

a) Creemos que Cristo ha resucitado verdaderamente

15. El acontecimiento de la resurrección de Cristo es el fundamento de la fe cristiana: "Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido" (1 Cor 15, 17). Es también, por ello, el centro de la predicación (*kérygma*) de la Iglesia, lo que da contenido a toda su misión: "Yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras" (1 Cor 15, 3-4). En la resurrección de Cristo se nos revela cuál es nuestra esperanza, una esperanza que va más allá de esta vida: "Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo solo en esta vida, somos los más desgraciados de toda la humanidad" (1 Cor 15, 19).

16. La fe en la resurrección de Cristo no consiste únicamente en afirmar que Cristo vive, como si los discípulos, después de un proceso de reflexión, hubiesen llegado por ellos mismos a la convicción de que la muerte no había llevado a Jesús a la nada, sino a otro tipo de existencia. Los Apóstoles anunciaron y dieron testimonio de la verdad de un acontecimiento inesperado para ellos: "Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón" (Lc 24, 34). Este hecho los dejó tan desconcertados en un primer momento, que dudaban de lo que veían y no acababan de creer (cf. Lc 24, 38.41), pero transformó totalmente su vida hasta el punto de estar dispuestos a morir por testimoniar la verdad de lo acontecido. La insistencia en la resurrección corporal del Señor es

un elemento fundamental de la fe pascual²⁸ que atestigua el realismo de este acontecimiento.

17. La resurrección de Cristo no consistió en una vuelta a la vida que tenía antes de la pasión, sino en la "ida al Padre" (cf. Jn 16, 28). Si en el misterio de la encarnación la eternidad ha entrado en el tiempo, en la resurrección el tiempo se ha abierto a la eternidad²⁹. Se trata de un fenómeno totalmente nuevo que supera el horizonte de la propia experiencia, que va más allá de la historia, y ante el cual el lenguaje y la capacidad de comprensión humana experimentan sus limitaciones³⁰. Esto no anula su historicidad. El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que estamos ante un acontecimiento histórico y trascendente, "real" y con "manifestaciones históricamente comprobadas"³¹. Histórico, porque sucedió en un determinado lugar y en un momento preciso; y trascendente, porque el Señor ha entrado plenamente en el misterio de Dios. Real, porque no fue una mera proyección de la conciencia angustiada de los discípulos, sino algo que aconteció fuera de ellos; y con manifestaciones dentro de la historia, especialmente el sepulcro vacío que, aunque no sea una prueba de la resurrección, es "un signo esencial"³² que hace creíble su anuncio, y las apariciones, en las que el Señor se dejó ver por sus discípulos en su humanidad resucitada, que "no puede ser retenida en la tierra y no pertenece ya más que al dominio divino del Padre (cf. Jn 20, 17)"³³.

18. Los cristianos creemos que este acontecimiento no afectó solo a Jesús, sino que tiene también una dimensión salvífica para toda la humanidad: "Él es el principio, el primogénito de entre los muertos" (Col 1, 18). Su resurrección es causa, modelo, "principio y fuente de nuestra resurrección futura"³⁴. Cristo es el primer resucitado: "Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. [...] Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán

²⁸ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 645, 999.

²⁹ El documento *Biblia y cristología* de la Pontificia Comisión Bíblica afirma que, "por su propia naturaleza, no puede ser probada a través de una constatación meramente empírica, ya que por ella Jesús se introduce en el 'mundo futuro'" (*Biblia y cristología* [1984], 1.2.6.2).

³⁰ Cf. J. RATZINGER, *Obras completas VI/1. Jesús de Nazaret. Escritos de cristología*, BAC, Madrid 2015, 570ss.

³¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 639.

³² *Ibid.*, n. 640.

³³ *Ibid.*, n. 645, cf. también *ibid.*, nn. 639-647.

³⁴ *Ibid.*, n. 655.

vivificados" (1 Cor 15, 20.22). Por eso, la esperanza cristiana no consiste únicamente en la convicción de que hay algún modo de supervivencia después de la muerte, sino en la certeza de que también nosotros resucitaremos con Cristo para estar eternamente con Él.

b) Creemos en la resurrección de la carne

19. La fe en la resurrección de Cristo constituye, en efecto, el fundamento de nuestra esperanza, cuyo contenido se expresa en el Credo con dos afirmaciones inseparables, que no se pueden entender la una sin la otra: "Creemos en la resurrección de la carne y en la vida eterna"³⁵. Al confesar nuestra fe en la resurrección de la carne afirmamos que la salvación afecta al ser humano en su totalidad, a "todo el hombre"³⁶. Por ello, para anunciar este mensaje de salvación, además del fundamento cristológico, hay que tener en cuenta los principios de la *antropología cristiana*. Son dos aspectos inseparables, ya que en Cristo resucitado descubrimos la imagen del hombre perfecto y el modelo de aquello a lo que todos estamos llamados: "El primer hombre, Adán, se convirtió en ser viviente. El último Adán, en espíritu vivificante... Y lo mismo que hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del celestial" (1 Cor 15, 45.49)³⁷.

20. El punto de partida de la antropología cristiana es la creación del hombre en su unidad de alma y cuerpo: "Uno en cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, reúne en sí todos los elementos del mundo material, de tal modo que, por medio de él, estos alcanzan su cima y elevan la voz para la libre alabanza del Creador. Por consiguiente, no le es lícito al hombre despreciar la vida corporal,

³⁵ La Congregación para la Doctrina de la Fe publicó una aclaración sobre la traducción del artículo "carnis resurrectionem" del Símbolo apostólico (14 diciembre 1983), afirmando que la traducción "resurrección de la carne" es preferible a "resurrección de los muertos", sin que eso implique afirmar que hay razones doctrinales o que esta no sea una expresión adecuada de la fe. De hecho, entre las fórmulas magisteriales usadas en la tradición de la Iglesia se encuentran también la de resurrección de los "cuerpos" (DS 76) y la resurrección de los "muertos" (DS 150). Todas ellas son expresiones plenamente legítimas y justificadas.

³⁶ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología* (17 de mayo de 1979).

³⁷ Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, 22; TERTULIANO, *De carnis resurrectione* VI, 3.

sino que, por el contrario, tiene que considerar su cuerpo bueno y digno de honra, ya que ha sido creado por Dios y que ha de resucitar en el último día"³⁸. En este texto del Concilio Vaticano II encontramos una síntesis de la visión cristiana del ser humano y de su relación con la resurrección de la carne.

21. Junto a la afirmación de esta unidad, la Iglesia siempre ha enseñado una dualidad de elementos, ambos constitutivos del ser humano, que tradicionalmente se han denominado "cuerpo" y "alma". Esto evita caer tanto en un *dualismo* que considere que lo esencial del hombre es solo el alma y que el cuerpo es una cárcel que la aprisiona, como en una *visión materialista* que reduzca al ser humano a su corporeidad: "No se equivoca el hombre cuando se reconoce superior a las cosas corporales y no se considera solo una partícula de la naturaleza... Pues, en su interioridad, el hombre es superior al universo entero... Por tanto, al reconocer en sí mismo un alma espiritual e inmortal, no se engaña con un espejismo falaz procedente solo de las condiciones físicas y sociales, sino que, por el contrario, alcanza la misma verdad profunda de la realidad"³⁹. Tanto el cuerpo como el alma son esenciales para la identidad de cada ser humano concreto⁴⁰. Por ello, la santificación que la gracia de Dios realiza en el creyente lo transforma en todas sus dimensiones, hasta el punto de convertir su cuerpo en templo del Espíritu Santo: "¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios?" (1 Cor 6, 19). Este cuerpo, que es templo del Espíritu Santo y que se ha alimentado del sacramento de la Eucaristía, está también llamado a la plenitud de la salvación en la resurrección del último día⁴¹.

³⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, 14.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 365: "La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar al alma como la "forma" del cuerpo; es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza".

⁴¹ Cf. SAN IRENEO, *Adversus haereses* V 2 3: Los hombres "dando cabida al Verbo de Dios se vuelven eucaristía, a saber, cuerpo y sangre de Cristo: así también nuestros cuerpos, alimentados por ella y enterrados y disueltos en tierra, se levantarán en su tiempo con el despertar que graciosamente les otorgue el Verbo de Dios para gloria de Dios Padre". Cf. también FRANCISCO, *Audiencia general* (4 diciembre 2013): "Y esta transformación, esta transfiguración de nuestro cuerpo se prepara en esta vida por la relación con Jesús, en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía".

22. Es incompatible con esta antropología la creencia en la reencarnación, ya que no considera el cuerpo como un elemento esencial constitutivo de la propia identidad irrepetible y única de la persona humana⁴². Tampoco es compatible con la fe cristiana la comprensión de la muerte como "muerte total" (de alma y cuerpo), y de la parusía como una nueva creación de la nada. Esta hipótesis no garantiza la continuidad entre la persona que murió y la que resucitará.

23. Para asegurar esta continuidad, la Iglesia afirma la *inmortalidad* del alma, y distingue entre la situación en que esta queda después de la separación del cuerpo (un estado de pervivencia que no es definitivo ni ontológicamente pleno⁴³, sino intermedio y transitorio) y la que alcanzará con la resurrección de la carne, cuando Cristo venga en gloria al fin de los tiempos. En el estado previo a la resurrección, que la tradición teológica ha denominado "estado intermedio", el alma que está a la espera de su unión definitiva con el cuerpo⁴⁴, es purificada para el encuentro con Dios⁴⁵. En el caso de los bienaventurados, cuyas almas inmediatamente después de la muerte gozan de la visión de Dios⁴⁶, la salvación tampoco es completa porque no afecta a la totalidad del ser humano ni incluye la dimensión comunitaria y cósmica (cf. Rom 8, 19-24). Esto es coherente con la tradición de la Iglesia que ora por los difuntos y acude a los santos en la oración pidiendo su intercesión ante Dios. La plegaria por los difuntos y la praxis de ofrecer la eucaristía implorando su salvación, que hunde sus raíces en los primeros

⁴² Cf. COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995), donde se trata con más amplitud esta cuestión.

⁴³ Cf. TERTULIANO, *De resurrectione mortuorum*, 34, 3: "¡Qué indigno sería de Dios llevar medio hombre a la salvación!".

⁴⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Super primam epistolam ad Corinthios*, c. 15, lectio 2, n. 924: "En el alma separada se da un apetito del cuerpo, o sea, de la resurrección".

⁴⁵ Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 46: "Para salvarse es necesario atravesar el "fuego" en primera persona para llegar a ser definitivamente capaces de Dios y poder tomar parte en la mesa del banquete nupcial eterno". Cf. también *ibid.*, 47s.

⁴⁶ Cf. BENEDICTO XII, Bula *Benedictus Deus*, DS 1000.

siglos del cristianismo⁴⁷, dejaría de tener sentido si con la muerte se llegara a la plenitud de la vida⁴⁸.

24. En la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, la resurrección siempre aparece unida a la segunda venida del Señor⁴⁹, en la que se realizará plenamente el designio de Dios de "recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra" (Ef 1, 10), "cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre" (1 Cor 15, 24), de modo que "Dios será todo en todos" (1 Cor 15, 28). En el mensaje cristiano, la salvación definitiva es personal, pero no meramente individual, sino que tiene una dimensión comunitaria fundamental: "Estaremos siempre con el Señor" (1 Tes 4, 17).

25. ¿En qué consistirá la resurrección de la carne? Este interrogante no es nuevo. Ha acompañado la historia de la Iglesia desde sus comienzos, hasta el punto de que ha supuesto siempre una de las mayores dificultades para aceptar esta verdad de nuestra fe⁵⁰. Ya en los Hechos de los Apóstoles vemos que esta cuestión provocó las burlas de quienes escuchaban a san Pablo en el Areópago (cf. Hch 17, 32). Sin embargo, la Iglesia ha mantenido siempre esta verdad tomando como punto de referencia la resurrección de Jesucristo⁵¹. En los relatos pascuales descubrimos una tensión entre la continuidad real del cuerpo de Cristo (cf. Lc 24, 39) y el hecho de que este ha experimentado una glorificación, porque no está ya sujeto a las coordenadas de espacio y tiempo como lo estaba antes de la pasión.

26. Esta misma tensión la encontramos también cuando intentamos entender el misterio de nuestra resurrección. Conscientes de la limitación de nuestro

⁴⁷ San Agustín no olvida las palabras de su madre santa Mónica en el lecho de muerte, cuando dice a los que la acompañan: "Depositad este cuerpo mío en cualquier sitio, sin que os dé pena. Solo os pido que dondequiera que estéis, os acordéis de mí ante el altar del Señor" (*Confesiones*, IX, 11, 27).

⁴⁸ Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 48: "Mi intercesión en modo alguno es algo ajeno para el otro, algo externo, ni siquiera después de la muerte. En el entramado del ser, mi gratitud para con él, mi oración por él, puede significar una pequeña etapa de su purificación. Y con esto no es necesario contar el tiempo divino en términos de tiempo terrenal: en la comunión de las almas queda superado el simple tiempo terrenal".

⁴⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1001.

⁵⁰ Cf. *ibid.*, n. 996.

⁵¹ Cf. CONCILIO XI DE TOLEDO, DH 540; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 992-996.

lenguaje y de nuestra capacidad de comprensión⁵², se ha de mantener la sobriedad en las afirmaciones. La Palabra de Dios enseña que, cuando resucitemos, nuestro cuerpo será transformado por el mismo Cristo "según el modelo de su cuerpo glorioso" (Flp 3, 21). Ello implica "que esto que es corruptible se vista de incorrupción, y que esto que es mortal se vista de inmortalidad" (1 Cor 15, 53). Tanto en la resurrección de Jesucristo como en la nuestra hay que mantener la identidad del cuerpo, porque sin ella no puede garantizarse la identidad personal⁵³. No obstante, hay que afirmar también que, entre este cuerpo corruptible y el cuerpo resucitado, hay un salto cualitativo: "Se siembra un cuerpo corruptible, resucita incorruptible; se siembra un cuerpo sin gloria, resucita glorioso; se siembra un cuerpo débil, resucita lleno de fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita espiritual" (1 Cor 15, 42-44).

c) Creemos en la vida eterna

27. "El hombre no solo es atormentado por el dolor y la progresiva disolución del cuerpo, sino también, y aún más, por el temor de la extinción perpetua. Juzga certeramente por instinto de su corazón cuando aborrece y rechaza la ruina total y la desaparición definitiva de su persona. La semilla de eternidad que lleva en sí, al ser irreductible a la sola materia, se rebela contra la muerte"⁵⁴. Ese deseo de inmortalidad que hay en el corazón de cada ser humano se cumplirá en la vida eterna: "Quien posea esta vida poseerá todo lo que desee"⁵⁵. Por ello "adecuadamente termina el Símbolo, resumen de nuestra fe, con aquellas palabras: "La vida perdurable. Amén". Porque esta vida perdurable es el término de todos nuestros deseos"⁵⁶.

⁵² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1000.

⁵³ Cf. INOCENCIO III, Carta *Eius exemplo* al arzobispo de Tarragona: "Creemos de corazón y confesamos oralmente la resurrección de esta carne que llevamos y no de otra" (DS 797).

⁵⁴ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual "Gaudium et Spes"*, 18

⁵⁵ SAN AGUSTÍN, *Carta 130 a Proba*, 11: CSEL 44, 63.

⁵⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Exposición del Símbolo de los Apóstoles, esto es del Credo, en Opúsculos y Cuestiones Selectas IV* (BAC, Madrid 2007), 1019-1021.

28. La vida eterna no consiste en una prolongación interminable de la vida presente⁵⁷, sino en la realización gozosa de la plenitud a la que todo ser humano aspira y es llamado por Dios⁵⁸. Nuestro lenguaje es incapaz de describir el contenido de esta "vida dichosa de la gloria"⁵⁹, porque "sobrepasa toda comprensión y toda representación"⁶⁰: "Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman" (1 Cor 2, 9). Tenemos la certeza, pero desconocemos cómo será: "Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos" (1 Jn 3, 2). En el Nuevo Testamento encontramos algunas indicaciones que intentan expresar en qué consistirá. Se describe como "ver" a Dios: lo veremos "cara a cara" (1 Cor 13, 12); como "conocer" al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (cf. Jn 17, 3); o como "estar con Cristo, que es con mucho lo mejor" (Flp 1, 23). También se alude a la transformación que experimentará quien llegue a ella: "Sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es" (1 Jn 3, 2). Hemos de destacar que las formulaciones se encuentran frecuentemente en plural ("estaremos", "veremos", "seremos"), lo cual indica el carácter comunitario de la salvación⁶¹.

29. San Agustín, aun afirmando una *docta ignorantia*⁶² con relación a la vida eterna, enseña "que esta es la única vida verdadera, la única vida feliz: contemplar eternamente la belleza del Señor, en la inmortalidad e incorruptibilidad

⁵⁷ Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 10-11.

⁵⁸ Cf. FRANCISCO, *Ángelus* (10 noviembre 2013): "En Jesús Dios nos dona la vida eterna, la dona a todos, y gracias a Él todos tienen la esperanza de una vida aún más auténtica que esta. La vida que Dios nos prepara no es un sencillo embellecimiento de esta vida actual: ella supera nuestra imaginación, porque Dios nos sorprende continuamente con su amor y con su misericordia".

⁵⁹ SAN AGUSTÍN, *Carta 130 a Proba*, 14: CSEL 44, 71.

⁶⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1027. Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta 130 a Proba*, 15: "[La vida eterna] consiste en aquella paz que sobrepasa toda inteligencia".

⁶¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Carta *Placuit Deo* a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la salvación cristiana (22 de febrero de 2018), n. 12: "La mediación salvífica de la Iglesia, "sacramento universal de salvación", nos asegura que la salvación no consiste en la autorrealización del individuo aislado, ni tampoco en su fusión interior con el divino, sino en la incorporación en una comunión de personas que participa en la comunión de la Trinidad".

⁶² Cf. SAN AGUSTÍN, *Carta a Proba*, 15; cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 10-15.

del cuerpo y del espíritu"⁶³. Santo Tomás de Aquino, sintetizando la tradición anterior, dice que la vida eterna consiste "en nuestra unión con Dios... en la visión perfecta... en la suprema alabanza... en la perfecta satisfacción de nuestros deseos... en la posesión de Dios de un modo perfecto... en la amable compañía de todos los bienaventurados"⁶⁴. Por ello, si bien la vida temporal es algo sagrado de lo que el hombre no puede disponer a su voluntad, en la perspectiva de la vida eterna y teniendo en cuenta además la fuerza del pecado que la condiciona decisivamente, la Tradición de la Iglesia nunca la ha considerado un bien absoluto al que el ser humano deba aferrarse desesperadamente⁶⁵, como lo demuestra el testimonio constante de los mártires a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Por ello, el cristiano puede decir con san Pablo: "Para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia" (Flp 1, 21)⁶⁶.

30. Jesucristo nos ha revelado que la vida eterna es el designio divino para los que crean en Él: "Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en Él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día" (Jn 6, 40). Aquellos que hayan perseverado fielmente hasta el final en la fe y en la vida cristiana la recibirán como gracia prometida, y también como recompensa a sus buenas obras en virtud de la promesa de Dios⁶⁷. Nadie que sea consciente de su fragilidad

⁶³ *Ibid.*, 14.

⁶⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Exposición del Símbolo de los Apóstoles, esto es del Credo, en Opúsculos y Cuestiones Selectas IV* (BAC, Madrid 2007), 1019-1021.

⁶⁵ Cf. SAN CIPRIANO DE CARTAGO, *Tratado sobre la muerte*, c.18, 24: "Rechacemos el temor a la muerte con el pensamiento de la inmortalidad que la sigue. Demostremos que somos lo que creemos"; SAN AMBROSIO, *Sobre la muerte de su hermano Sátiro*, l. 2, 40: "Vemos que la muerte es una ganancia y la vida un sufrimiento... En efecto, la vida del hombre, condenada por culpa del pecado a un duro trabajo y a un sufrimiento intolerable, comenzó a ser digna de lástima: era necesario dar fin a estos males, de modo que la muerte restituyera lo que la vida había perdido. La inmortalidad, en efecto, es más una carga que un bien si no entra en juego la gracia".

⁶⁶ En este mismo sentido se expresaba santa Teresa de Jesús: "Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero" (*Obras completas*, BAC, Madrid 1972, 502).

⁶⁷ Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre la justificación del pecador*, c. 16: "Y por tanto, a los que obran bien "hasta el fin" y que esperan en Dios, ha de proponérseles la vida eterna, no solo como gracia misericordiosamente prometida por medio de Jesucristo a los hijos de Dios, sino también "como retribución" que por la promesa de Dios ha de darse fielmente a sus buenas obras y méritos" (DH 1545).

puede exigirla como algo que se le debe; y, sin embargo, nadie debe desesperar de su salvación, porque sabemos que el corazón del Padre es "rico en misericordia" y que Cristo nuestro juez será también nuestro abogado⁶⁸. Cualquiera persona puede hacer fracasar en ella el plan de Dios y, por tanto, no se puede excluir la posibilidad de la condenación eterna⁶⁹. No obstante, siempre es posible aguardar la salvación con esperanza confiada, porque Dios quiere que sus promesas de vida se cumplan en todos los hombres y no predestina a nadie al infierno⁷⁰. Esta voluntad de salvación alcanza a toda la humanidad: "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2, 4). Por ello, a pesar de nuestras debilidades e imperfecciones, nos podemos abandonar confiadamente en las manos del Padre. La virtud de la esperanza nos preserva tanto de una actitud de temeridad y arrogancia ante Dios, como de la desesperación⁷¹.

31. La esperanza cristiana en la resurrección y la vida eterna, que nos lleva a "aspirar a los bienes de arriba donde está Cristo sentado a la derecha de Dios" y "no a los de la tierra" (Col 3, 1-2), es la luz que ilumina "la historia de nuestra vida personal y también la historia comunitaria"⁷² mientras caminamos en este mundo. En el bautismo hemos participado en el Misterio Pascual de Cristo: "Fuimos sepultados con Él en la muerte" para andar en una vida nueva "y ser incorporados a Él en una resurrección como la suya" (cf. Rom 6, 4-5). De esta manera, en esta vida tenemos una participación en la resurrección de Cristo, una anticipación de lo que recibiremos en herencia. Hemos sido "salvados en esperanza" (Rom 8, 24), por lo que podemos decir que la resurrección ha comenzado ya en nosotros y también que "estamos en camino hacia la resurrección"⁷³. Los cristianos estamos llamados a dar testimonio de esta esperanza en los pequeños gestos de la vida de cada día, que son signos de resurrección, y estando cerca de aquellos

⁶⁸ Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 47.

⁶⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1033-1036; COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995), nn. 27-29.

⁷⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1037.

⁷¹ Cf. *Ibid.*, n. 2091-2092.

⁷² FRANCISCO, *Audiencia general* (4 de diciembre de 2013).

⁷³ *Ibid.*

que sufren "para que sientan la cercanía del Reino de Dios, de la condición eterna hacia la cual caminamos" ⁷⁴.

III. ACOMPAÑAR EN EL MOMENTO DE LA MUERTE

a) Acoger con la misericordia de Cristo

32. Frente al drama de la muerte, Cristo, que hizo suya esta experiencia, es la esperanza para la humanidad. El misterio de la encarnación no consiste en asumir abstractamente nuestra naturaleza, sino en compartir nuestra existencia y nuestra historia, sin rehuir los inconvenientes que supone la condición humana, incluida la muerte. La encarnación está intrínsecamente orientada a la cruz: en estos dos acontecimientos descubrimos la compasión del Hijo de Dios con la humanidad sufriente, más patente si tenemos en cuenta las circunstancias concretas de su muerte, humanamente injustificable.

33. El Señor, a pesar de que no había cometido pecado, aceptó la muerte y el sufrimiento que la acompaña: "Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer" (Heb 5, 7-8). Víctima inocente del pecado y de la maldad del mundo, su muerte fue, por ello, aún más dolorosa. Experimentó el sufrimiento físico del suplicio y de la tortura, y el sufrimiento moral de sentirse abandonado por su pueblo y por sus amigos; e incluso padeció en sí mismo el dolor de los que se sienten abandonados por Dios (cf. Mt 27, 46). A pesar de sentir angustia (cf. Lc 22, 44; Mc 14, 33), aceptó la muerte inminente como un acto de obediencia al Padre y de amor a los hombres, y la sufrió poniéndose en las manos de Dios, consolando, perdonando y salvando. Al afrontarla de este modo, dio testimonio de que, por muy dolorosa que sea, no tiene la palabra definitiva sobre la vida del hombre. No se dejó vencer por el miedo y con su muerte

⁷⁴ *Ibid.*: "La vida eterna comienza ya en este momento, comienza durante toda la vida, que está orientada hacia ese momento de la resurrección final. Y ya estamos resucitados, en efecto, mediante el Bautismo, estamos integrados en la muerte y resurrección de Cristo y participamos en la vida nueva, que es su vida".

venció la muerte⁷⁵. En su Resurrección se nos revela que la prepotencia del mal ha sido vencida por la omnipotencia del amor.

34. Durante su vida pública, la cercanía de Cristo a la humanidad sufriente se manifestó especialmente en los encuentros con personas que sufrían por la pérdida de un ser querido: la viuda de Naín (cf. Lc 7, 11-17); Jairo, el jefe de la sinagoga (cf. Mc 5, 21-24.35-43; Lc 8, 40-56), y las hermanas de su amigo Lázaro, ante cuya muerte Jesús no pudo contener el llanto (cf. Jn 11, 35). En estos tres momentos se vislumbra el poder de Cristo sobre la muerte, que se manifestará plenamente en su resurrección de entre los muertos.

35. Siguiendo el ejemplo de su Señor, la presencia y la cercanía de la Iglesia junto a las personas que sufren la muerte de un ser querido es un testimonio elocuente de misericordia y de esperanza. La misericordia lleva a estar cerca de los que sufren, a compartir su dolor y a no banalizar el acontecimiento de la muerte y el sufrimiento que conlleva. Esta misericordia ha de ser más intensa cuando más dolorosas sean las circunstancias que la rodean: muertes inesperadas, accidentes, catástrofes naturales, víctimas de las injusticias del mundo, niños y jóvenes que han sufrido enfermedades incurables, enfermos y ancianos que mueren en soledad, sin el consuelo de la cercanía de sus seres queridos, familias que no han podido ser acompañadas por la comunidad cristiana en la celebración de las exequias de sus difuntos... El Señor se hizo solidario de los que sufrían la muerte de sus seres queridos, se acercó a su dolor, lo hizo suyo y de su corazón brotó la misericordia⁷⁶. Esta cercanía es en sí misma un testimonio de esperanza, que ayuda a abrir los ojos de la fe a la vida que Dios quiere para sus hijos y a sus promesas, que exceden cuanto podamos desear. Como Jesús, también la Iglesia acompaña en los momentos de dolor con una gran humildad, consciente de que la fe cristiana, además de aportar sólidos argumentos para entender el misterio del sufrimiento humano, ante todo ofrece la fuerza del Espíritu que permite vivirlo con esperanza⁷⁷.

⁷⁵ Cf. SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el bien de la muerte*, c. 4, 15: "El Señor, pues, quiso morir y penetrar en el reino de la muerte para destruir con ello toda la culpa".

⁷⁶ Cf. FRANCISCO, Bula *Misericordiae vultus*, n. 7

⁷⁷ Cf. FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa por los difuntos y oración en el Cementerio Teutónico* (2 noviembre 2020): "Nosotros nunca podremos alcanzar la esperanza con nuestras propias fuerzas. Tenemos que pedirla. La esperanza es un don gratuito que nunca merecemos: se nos da, se nos regala. Es gracia".

36. La fe cristiana consuela y acompaña la pérdida de los seres queridos desde la esperanza que viene del Resucitado, para que no sucumbamos ante el aparente sinsentido de la muerte y no nos aflijamos como hombres sin esperanza (cf. 1 Tes 4, 13)⁷⁸. Aunque la celebración exequial no se puede reducir a mera condolencia o consuelo, el sufrimiento ante la pérdida de un ser querido no es ajeno a ella. En consideración a esta realidad humana, que en muchas ocasiones lleva a las personas al límite, "la predicación de la fe y la exhortación a la esperanza debe hacerse de tal modo que, al ofrecerles el amor santo de la madre Iglesia y el consuelo de la fe cristiana, alivien, sí, a los presentes, pero no hieran su justo dolor"⁷⁹.

b) Proponer la fe de la Iglesia

37. La acogida acrítica de creencias y opiniones ajenas a la fe cristiana supone un reto para el acompañamiento pastoral, ya que no puede haber auténtico consuelo cristiano si no se anuncia fielmente el contenido de la fe. Por eso hoy es más necesario que nunca evitar toda penumbra teológica, "toda forma de pensamiento o de expresión que haga absurda e ininteligible su oración [de la Iglesia], sus ritos fúnebres, su culto a los muertos: realidades que constituyen substancialmente verdaderos lugares teológicos"⁸⁰. Así, pues, en la celebración de las exequias es preciso anunciar el Evangelio en toda su verdad y ser fieles al Depósito de la fe, de modo que se cumpla el principio que determina la vida de la Iglesia: *Lex orandi, lex credendi*.

38. La celebración de las exequias y la oración por los difuntos han de manifestar con claridad la fe en la resurrección y la esperanza cristiana en la vida eterna. La muerte es el momento en que el ser humano vive más radicalmente su pobreza y su fragilidad; y esperamos que sea también el momento en que se manifieste la máxima misericordia de Dios. Oramos para que las promesas de Dios se cumplan

⁷⁸ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Carta apostólica Salvifici doloris* n. 15; *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1006-1009.

⁷⁹ *Ritual de exequias*, orientaciones doctrinales y pastorales del episcopado español, n. 65.

⁸⁰ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta sobre algunas cuestiones referentes a la escatología* (17 de mayo de 1979).

en nuestros hermanos difuntos y suplicamos con humildad la gracia de que su voluntad de salvación se realice en todos los hombres. La Iglesia orante es consciente de que ella no decide sobre la salvación y la condenación de las personas y, excepto en el caso de los santos canonizados, no tiene un conocimiento cierto de su situación ante Dios. Nadie puede presumir de tener una certeza absoluta acerca de su propio estado de gracia⁸¹, y nadie puede emitir juicios sobre los otros. Dado que toda persona puede hacer fracasar el plan de salvación que Dios quiere para ella, no es conveniente hacer afirmaciones que banalicen la presencia del pecado, dejando claro, no obstante, que la "misericordia del Señor es eterna" y que Dios no quiere la muerte del pecador, sino "que se convierta de su conducta y viva" (Ez 18, 23; cf. 33, 11). Por ello, se debe evitar "presentar la posibilidad de la muerte eterna de un modo desproporcionadamente amenazador" y hay que anunciar a los fieles el destino glorioso que la Iglesia espera: "El anuncio de la gloria, al que se unirá prudentemente la seria advertencia de su posible frustración a causa del pecado, servirá tanto de aliento insustituible de la esperanza como de necesario estímulo de la responsabilidad"⁸².

39. Los signos y la celebración de las exequias deben manifestar el respeto y la veneración debidos al cuerpo del difunto, que fue hecho templo de Dios por el bautismo y está llamado a la resurrección. Por eso, la Iglesia, aunque permite la cremación, "recomienda insistentemente que los cuerpos de los difuntos sean sepultados en los cementerios u otros lugares sagrados"⁸³. Sobre todo, porque "la inhumación es en primer lugar la forma más adecuada para expresar la fe y la esperanza en la resurrección corporal"⁸⁴ y, por tanto, para manifestar el sentido cristiano de la

⁸¹ Cf. CONCILIO DE TRENTO, *Decreto sobre la justificación del pecador*, cap. 9 (DH 1534).

⁸² COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995), 3; *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1036: "Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar su libertad en relación con su destino eterno".

⁸³ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción "Ad resurgendum cum Christo"* (15 de agosto de 2016), n. 3.

⁸⁴ *Ibid.* Cf. también *Ritual de exequias*. Orientaciones doctrinales y pastorales del episcopado español, n. 9: "La Iglesia deposita el cuerpo del difunto en las entrañas de la madre tierra, como el agricultor siembra la semilla en el surco, con la esperanza de que un día renacerá con más fuerza, convertido en cuerpo transfigurado y glorioso".

muerte a la luz del Misterio Pascual de Jesucristo. "Enterrando los cuerpos de los fieles difuntos, la Iglesia confirma su fe en la resurrección de la carne, y pone de relieve la alta dignidad del cuerpo humano como parte integrante de la persona"⁸⁵. La sepultura favorece además "el recuerdo y la oración por los difuntos por parte de los familiares y de toda la comunidad cristiana"⁸⁶. Con todo, no hay razones doctrinales para prohibir la cremación, que en algunos casos por motivos sanitarios o de necesidad pública puede ser conveniente. En sí misma la cremación no implica "la negación objetiva de la doctrina cristiana sobre la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo"⁸⁷.

40. En caso de que una familia opte por la cremación, no debe hacerse contra la voluntad del difunto y se debe evitar todo signo, rito o modalidad de conservación de las cenizas que nazca o pueda ser interpretado como expresión de una visión no cristiana de la muerte y de la esperanza en la vida eterna. Por ejemplo, optar por la cremación para expresar que la muerte es la aniquilación definitiva de la persona, o esparcir las cenizas en un paraje natural porque se piensa que la muerte es el momento de fusión con la madre naturaleza, o relacionar la cremación con la reencarnación, o repartir las cenizas para utilizarlas como mero objeto de recuerdo del difunto. Estas prácticas, aunque quienes las hacen no pretendan negar ni ofender conscientemente la fe católica, son manifestación de una fe poco formada. Por eso, la Iglesia enseña que "las cenizas del difunto, por regla general, deben mantenerse en un lugar sagrado, es decir, en el cementerio o, si es el caso, en una iglesia o en un área especialmente dedicada a tal fin por la autoridad eclesial competente"⁸⁸.

⁸⁵ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción "Ad resurgendum cum Christo"* (15 de agosto de 2016), n. 3.

⁸⁶ *Ibid.* Cf. también, FRANCISCO, *Ángelus* (2 noviembre 2014): "El recuerdo de los difuntos, el cuidado de los sepulcros y los sufragios son testimonios de confiada esperanza, arraigada en la certeza de que la muerte no es la última palabra sobre la suerte humana, puesto que el hombre está destinado a una vida sin límites, cuya raíz y realización están en Dios".

⁸⁷ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción "Ad resurgendum cum Christo"* (15 de agosto de 2016), n. 4.

⁸⁸ *Ibid.*, n. 5.

IV. CELEBRAR LAS EXEQUIAS CRISTIANAS

41. En la mañana del Domingo de Pascua, las santas mujeres se dirigieron al sepulcro con sentimientos de muerte. Pensaban que con la cruz todo había terminado e iban con el deseo de cumplir con el piadoso deber de ungir el cuerpo de Jesús. Se quedaron desconcertadas al hallar el sepulcro vacío (cf. Lc 24, 4), y su corazón se llenó de alegría al encontrarse con el Señor (cf. Mt 28, 8-9). Su llanto se transformó en gozo, y en ellas se encendió una luz de esperanza que cambió totalmente su vida. La experiencia pascual fue para ellas un acontecimiento de gracia y de libertad. El acompañamiento de la Iglesia a las personas que se encuentran en el momento doloroso de la muerte de un ser querido, quiere ser un apoyo humano y una motivación espiritual que les ayude a vivir esta experiencia pascual. A veces su estado de ánimo está lleno de sentimientos de muerte. El encuentro con el Señor puede encender en su corazón una pequeña luz que, aunque en ocasiones parezca un pábilo vacilante, si no la apagamos, puede hacer crecer la esperanza en aquella Vida que es el mismo Cristo Resucitado.

a) La luz del Misterio Pascual

42. En la liturgia de las exequias cristianas, la Iglesia celebra el Misterio Pascual de Cristo y ora por el difunto para que, asociado a su victoria sobre la muerte, Dios perdone sus pecados, lo purifique, lo haga participar de la eterna felicidad y lo resucite gloriosamente al final de los tiempos⁸⁹. Durante siglos ese carácter pascual estuvo oscurecido en una celebración que insistía sobre todo en el sentido del temor ante el juicio de Dios. El Concilio Vaticano II quiso que la celebración de las exequias expresase más claramente el sentido pascual de la muerte cristiana⁹⁰. La oración por los difuntos se ha de vivir en el marco de la esperanza cristiana y de la fe en la resurrección, que se expresan en las oraciones, lecturas, salmos, gestos y símbolos contenidos en el *Ritual de exequias*, en el *Leccionario* y en el *Misal Romano*, que ayudan a entender la celebración desde la incorporación

⁸⁹ Cf. *Ritual de exequias*. Orientaciones doctrinales y pastorales del episcopado español, n. 16.

⁹⁰ Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la sagrada liturgia "Sacrosanctum Concilium"*, 81.

del difunto al Misterio Pascual de Cristo por el bautismo (cf. Rom 6, 3-5). Como nos recuerda san Juan Pablo II, "la Liturgia tiene como primera función conducirnos constantemente a través del camino pascual inaugurado por Cristo, en el cual se acepta morir para entrar en la vida"⁹¹. Pues, aunque la certeza de morir nos entristece, poniendo a prueba nuestra fe, Cristo nos acompaña, como a los discípulos de Emaús, para alentarnos con la luz de su Palabra y alimentarnos con el Pan partido (cf. Lc 24, 13-33).

43. La Iglesia celebra las exequias "para que quienes por el bautismo fueron incorporados a Cristo, muerto y resucitado, pasen también con él a la vida eterna, primero con el alma, que tendrá que purificarse para entrar en el cielo con los santos y elegidos, después con el cuerpo, que deberá aguardar la bienaventurada esperanza del advenimiento de Cristo y la resurrección de los muertos. Por tanto, la Iglesia ofrece por los difuntos el sacrificio eucarístico de la Pascua de Cristo, y reza y celebra sufragios por ellos, de modo que, comunicándose entre sí todos los miembros de Cristo, estos impetran para los difuntos el auxilio espiritual y, para los demás, el consuelo de la esperanza"⁹². La vinculación de las exequias cristianas con la muerte y resurrección de Cristo se expresa en la celebración, por ejemplo, con los salmos de tipo pascual -113 y 117-, con símbolos como el cirio encendido junto al féretro, cánticos como el Aleluya antes del Evangelio y ritos como la recomendación del alma o la aspersion e incensación de los restos mortales. Pero se expresa sobre todo con la celebración de la Eucaristía.

44. Para que la celebración de las exequias abra el entendimiento y el corazón a un encuentro con el Señor resucitado debe ser, en primer lugar, un momento de oración confiada a Dios. La muerte de una persona no significa que Dios haya dejado de amarla: "Estoy convencido de que ni muerte, ni vida... ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Rom 8, 38-39). Por ello, en medio del dolor, los creyentes sabemos que todo lo que pidamos a Dios, Él nos lo concederá (cf. Jn 11, 22). Esta certeza hace que brote una súplica confiada por la salvación de los difuntos. No tendría sentido

⁹¹ SAN JUAN PABLO II, *Carta apostólica Vicesimus quintus annus en el XXV aniversario de la Constitución sobre la sagrada liturgia*, n. 6.

⁹² *Ritual de exequias*. Observaciones generales previas (praenotanda), n. 1.

esta oración si no creyéramos que nuestros hermanos resucitarán en la resurrección del último día (cf. Jn 11, 24). Esta seguridad nace de la fe en Jesucristo, "el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo" (Jn 11, 27), que es en persona "la Resurrección y la Vida" (Jn 11, 25).

45. El centro de las exequias cristianas es Cristo Resucitado y no la persona del difunto. Los pastores han de procurar con delicadeza que la celebración no se convierta en un homenaje al difunto. Eso corresponde a otros ámbitos ajenos a la liturgia. En el caso de que algún familiar intervenga con unas breves palabras al final de la celebración, se le debe pedir que no altere el clima creyente de la liturgia de la Iglesia y que, aunque aluda a aspectos de la vida del difunto que puedan ser edificantes para la comunidad, evite un juicio global sobre su persona; y que no emplee expresiones incompatibles con la fe que se expresa y se vive en la celebración ("allá donde estés", "si es que estás en algún lugar", etc.). Los cantos escogidos deben respetar también este criterio. Es importante elegir bien las oraciones, las lecturas y las moniciones, y preparar adecuadamente la homilía teniendo en cuenta las circunstancias de la familia y del resto de la asamblea.

46. Aunque las exequias ordinariamente deban celebrarse en una iglesia⁹³ teniendo como centro la Eucaristía, dada la complejidad de la vida moderna hoy es frecuente que no sea así, bien porque tienen lugar en tanatorios u otros espacios que no son sagrados, bien porque no las preside un sacerdote. En estos casos, los familiares y los fieles presentes en este momento de oración y de escucha de la Palabra de Dios deben ser invitados a participar en una celebración de la santa Misa en sufragio del difunto. Las exequias de un cristiano son, en cierto modo, incompletas sin la celebración de la Eucaristía, en la que la oscuridad de la muerte es vencida por la luz de Cristo Resucitado que se hace realmente presente en ella. Si, ante la imposibilidad real de que oficie los ritos exequiales un sacerdote o ministro ordenado o instituido, como un diácono o un acólito, es un laico quien dirige las oraciones exequiales, ha de ser una persona conocida por su compromiso eclesial en la comunidad y que actúe en nombre de la Iglesia con nombramiento del Obispo.

⁹³ Cf. CIC c. 1177.

b) La cremación

47. Cada vez es más frecuente la cremación de los cuerpos de los fieles cristianos que han fallecido. Dado que la cremación habitualmente tiene lugar después de la celebración exequial con el féretro presente, es oportuno elegir textos del Ritual que no hagan referencia a la inhumación. Si por circunstancias especiales, la cremación se realiza antes de la celebración -accidentes, traslados desde lugares lejanos, ciertas enfermedades infecciosas, etc.- se utilizarán los textos y orientaciones indicadas en el *Ritual de exequias* para esta situación⁹⁴. En este caso se excluye la posibilidad de realizar la procesión al cementerio con la urna⁹⁵, pero, de acuerdo con la familia, se pueden llevar a cabo oraciones en el momento de depositar la urna con las cenizas en el lugar apropiado elegido para ello.

48. El *Código de Derecho Canónico* recuerda que está prohibido enterrar cadáveres en las iglesias, salvo los casos del papa, los cardenales en su propia iglesia o los obispos, incluso eméritos⁹⁶. Por tanto, un columbario o depósito de urnas funerarias, equiparado en la práctica a un cementerio, si se encuentra dentro del edificio de una Iglesia, es conveniente que se ubique en un espacio separado del lugar de la celebración, como por ejemplo una cripta. Dada la ilicitud de la celebración de la misa si hay un cadáver enterrado debajo del altar⁹⁷ a excepción de las reliquias de los santos y beatos, las cenizas no deben colocarse nunca debajo del altar.

49. La tradición cristiana tiene una preferencia por la custodia de los restos humanos, también de las cenizas, en lugares bendecidos, significando la pertenencia del difunto bautizado a la comunidad eclesial. Los columbarios, al menos aquellos edificadas en los espacios arriba indicados, deberán recibir la bendición constitutiva sobre las cosas, realizada preferentemente por el Ordinario o por un presbítero en quien él delegue, especialmente quien tenga el cuidado pastoral de los fieles que se

⁹⁴ Cf. *Ritual de exequias*, libro VI, cap 7.

⁹⁵ Cf. *ibid.* Observaciones generales previas (praenotanda), n. 7. De hecho, se excluye la celebración de las exequias en su forma típica, que incluye tanto la procesión desde la casa a la iglesia como de la iglesia al cementerio.

⁹⁶ Cf. CIC, c. 1242.

⁹⁷ Cf. CIC, c. 1239, § 2.

han preocupado de su edificación⁹⁸. Todo columbario debe regirse por la normativa que se establezca por parte del Ordinario del lugar, en la que se regulen los diversos aspectos referidos a su construcción, funcionamiento, mantenimiento y los deberes y derechos de los usuarios.

María, modelo de fe en la prueba del dolor

50. La Santísima Virgen María pasó por la prueba del dolor cuando acompañó a su Hijo hasta el Gólgota. Con las santas mujeres y el discípulo amado, estaba "junto a la cruz de Jesús" (Jn 19, 25). La Iglesia ha visto en este acontecimiento el cumplimiento de la profecía de Simeón, que anunció que una espada le traspasaría el alma (cf. Lc 2, 35), y la venera como Madre Dolorosa. Pero los sentimientos de su corazón no son únicamente de sufrimiento. Al pie de la cruz, María escucha las últimas palabras de su Hijo: palabras de perdón para sus perseguidores, promesa de salvación dirigida al buen ladrón, abandono confiado en las manos del Padre, palabras dirigidas a ella misma confiándole una nueva misión eclesial. Ella las hace suyas y, de este modo, no solo comparte el sufrimiento con su Hijo, sino también la confianza en Dios y la certeza de que la muerte no tendrá sobre Él la última palabra. María está junto a la cruz como mujer creyente: el sufrimiento no ha apagado su fe; por muy grande que fuera el dolor, más fuerte era su confianza en Dios. La Madre del Señor es, en esos momentos de oscuridad, la única luz de esperanza que permanece encendida en el mundo en la espera de la Pascua.

51. Asunta a la gloria celestial en cuerpo y alma, la Virgen, figura y Madre de la Iglesia, es el modelo más grande de fe y el signo más claro de esperanza en Dios para todos los que pasan por la prueba del dolor. No se equivoca la piedad popular cuando se dirige a Ella con diferentes advocaciones que evocan su cercanía materna en el momento del sufrimiento y de la muerte. "Aprendamos de María el

⁹⁸ Cf. CIC, c. 1207. Teniendo en cuenta que el rito contenido en el *Bendicional* para los cementerios no se ajusta totalmente a la realidad de estos lugares, pues no están destinados a la inhumación, mientras no exista un rito propio para la bendición de los columbarios, habrá de ser convenientemente adaptado.

silencio interior, la mirada desde el corazón, la fe amorosa para seguir a Jesús en su camino hacia la cruz, que conduce a la gloria de la resurrección. Ella camina con nosotros y sostiene nuestra esperanza" ⁹⁹.

*Madrid, 18 de noviembre de 2020,
Dedicación de las basílicas de los santos Pedro y Pablo, apóstoles
Conferencia Episcopal Española
CXVI Asamblea Plenaria*

APÉNDICE: Orientaciones sobre los columbarios

I. De la Instrucción *Ad resurgendum cum Christo* de la Congregación para la Doctrina de la Fe

1. En el caso de que el difunto hubiera dispuesto la cremación y la dispersión de sus cenizas en la naturaleza por razones contrarias a la fe cristiana, se le han de negar las exequias, de acuerdo con la norma del derecho (núm. 8).

2. Si por razones legítimas se opta por la cremación del cadáver, las cenizas del difunto, por regla general, deben mantenerse en un lugar sagrado, es decir, en el cementerio o, si es el caso, en una iglesia o en un área especialmente dedicada a tal fin por la autoridad eclesiástica competente. [...] La conservación de las cenizas en un lugar sagrado puede ayudar a reducir el riesgo de sustraer a los difuntos de la oración y el recuerdo de los familiares y de la comunidad cristiana. Así, además, se evita la posibilidad de olvido, falta de respeto y malos tratos, que pueden sobrevenir sobre todo una vez pasada la primera generación, así como prácticas inconvenientes o supersticiosas (núm. 5).

⁹⁹ FRANCISCO, *Angelus* (5 abril 2020).

3. No está permitida la conservación de las cenizas en el hogar. Sólo en casos de graves y excepcionales circunstancias, dependiendo de las condiciones culturales de carácter local, el Ordinario, de acuerdo con la Conferencia Episcopal o con el Sínodo de los Obispos de las Iglesias Orientales, puede conceder el permiso para conservar las cenizas en el hogar. Las cenizas, sin embargo, no pueden ser divididas entre los diferentes núcleos familiares y se les debe asegurar respeto y condiciones adecuadas de conservación (núm. 6).

4. Para evitar cualquier malentendido panteísta, naturalista o nihilista, no sea permitida la dispersión de las cenizas en el aire, en la tierra o en el agua o en cualquier otra forma, o la conversión de las cenizas en recuerdos conmemorativos, en piezas de joyería o en otros artículos, teniendo en cuenta que para estas formas de proceder no se pueden invocar razones higiénicas, sociales o económicas que pueden motivar la opción de la cremación (núm. 7).

II. De la Junta de Asuntos Jurídicos de la CEE

1. Los columbarios son lugares idóneos para depositar las cenizas después de la muerte y de la cremación de los difuntos. Las cenizas contenidas en recipientes se depositan en los cubículos habilitados para tal fin.

2. Canónicamente, los columbarios están equiparados a los cementerios, por lo que se les han de aplicar los cánones del *Código de Derecho Canónico* que recogen la normativa sobre los cementerios (cc. 1240-1243), además de los generales a todos los lugares sagrados (cc. 1205-1213), y enterramientos, esto es, la prohibición de enterrar en las iglesias (c. 1242) y debajo del altar (c. 1239 §2).

3. Cumpliendo la normativa sanitaria del Derecho de la Nación y de la Comunidad Autónoma, se podrán construir columbarios en las iglesias, que nunca podrán estar dentro del aula eclesial. Podrán construirse en ambientes anejos claramente diferenciados del lugar de culto (v. gr. una cripta, un claustro, una sala o patio junto a la nave de la iglesia), a los que se pueda acceder por la misma aula eclesial o por un acceso independiente. En todo caso, es preferible un acceso independiente para evitar que pueda perturbar las celebraciones sagradas.

4. En la disciplina actual, los oratorios y las capillas privadas, sin embargo, pueden albergar columbarios dentro de su espacio, ya que muchos de los panteones o sepulturas familiares están contruidos como una capilla privada (c. 1226).

5. No está prohibido colocar un altar fijo o móvil en el que poder celebrar la eucaristía en recintos especialmente diseñados para columbarios.

6. Se debería exigir para todo columbario un estatuto o reglamento que regulase los diversos aspectos de su funcionamiento, las cenizas de las personas que pueden ser allí depositadas, las conductas que sean contrarias al carácter sagrado del lugar, si se acepta que personas jurídicas puedan tener unos cubículos para el depósito de sus miembros y la necesidad de un convenio con ellas.

7. Desde el punto de vista de la normativa civil, para la construcción de columbarios, hay que atenerse a la normativa mínima que sea aplicable (por ejemplo, la urbanística), y a las prescripciones que, en cada ámbito territorial, puedan existir respecto a los columbarios, en particular las establecidas por las Administraciones locales, en aplicación del principio de seguridad jurídica.



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA EL DÍA INTERNACIONAL
DE LAS PERSONAS CON DISCAPACIDAD

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración del Día Internacional de las Personas con Discapacidad me permite este año expresar mi cercanía a quienes están viviendo situaciones de particular dificultad en esta crisis causada por la pandemia. Todos estamos en la misma barca en medio de un mar agitado que puede asustarnos; pero en esta barca a algunos les resulta más difícil, entre ellos a las personas con discapacidades graves.

El tema de este año es "*Reconstruir mejor: hacia un mundo post Covid-19 que incluya la discapacidad, accesible y sostenible*". Me llama la atención la expresión "reconstruir mejor"; evoca la parábola evangélica de la casa construida sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7,24-27; Lc 6,47-49). Por ello, aprovecho esta preciosa ocasión para compartir algunas reflexiones, siguiendo precisamente esa parábola.

1. La amenaza de la cultura del descarte

En primer lugar, la "lluvia", los "ríos" y los "vientos" que amenazan la casa pueden ser identificados con la cultura del descarte, difundida en nuestro tiempo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* [EG], 53). Para dicha cultura, "partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites. En el fondo no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitados" (*Carta enc. Fratelli tutti* [FT], 18).

Esa cultura afecta principalmente a los sectores más frágiles, entre los que se encuentran las personas con discapacidad. En los últimos cincuenta años se han dado pasos importantes, tanto en el ámbito de las instituciones civiles como de las realidades eclesiales. La conciencia de la dignidad de cada persona ha aumentado, lo que ha llevado a tomar decisiones valientes para la inclusión de cuantos padecen una limitación física y/o psíquica. Sin embargo, todavía subsisten en el sustrato cultural demasiadas expresiones que contradicen de hecho este enfoque. Debido también a una mentalidad narcisista y utilitarista, se constatan actitudes de rechazo que conducen a la marginación, sin considerar que, inevitablemente, *la fragilidad pertenece a todos*. En realidad, hay personas con discapacidades incluso graves que, aun con gran esfuerzo, han encontrado el camino hacia una vida buena y rica de significado, como hay muchas otras "normalmente dotadas" que sin embargo están insatisfechas, o a veces desesperadas. "La vulnerabilidad pertenece a la esencia del ser humano" (cf. *Discurso a los participantes del Congreso "La catequesis y las personas con discapacidad"*, 21 octubre 2017).

Por lo tanto, es importante, especialmente en este Día, promover una cultura de la vida, que afirme continuamente la dignidad de cada persona, en particular en defensa de los hombres y mujeres con discapacidad, de cualquier edad y condición social.

2. La "roca" de la inclusión

La pandemia que estamos viviendo ha puesto en evidencia aún más las disparidades y las diferencias que caracterizan nuestro tiempo, sobre todo en

detrimento de los más débiles. "El virus, si bien no hace excepciones entre las personas, ha encontrado, en su camino devastador, grandes desigualdades y discriminación. ¡Y las ha incrementado!" (*Catequesis* en la Audiencia general, 19 agosto 2020).

Por esta razón, una primera "roca" sobre la que se deba edificar nuestra casa es la *inclusión*. Aunque a veces se abusa de este término, sigue siendo actual la parábola evangélica del Buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37). De hecho, a menudo nos encontramos en el camino de la vida con personas heridas, que en ocasiones llevan precisamente los rasgos de la discapacidad y la fragilidad. "La inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos. Enfrentamos cada día la opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajeros que pasan de largo" (FT, 69).

La inclusión debería ser la "roca" sobre la que las instituciones civiles construyan programas e iniciativas, para que nadie quede excluido, especialmente quienes se encuentran en mayor dificultad. La fuerza de una cadena depende del cuidado que se dé a los eslabones más débiles.

Respecto a las instituciones eclesiales, reitero la exigencia de disponer de *instrumentos adecuados y accesibles* para la transmisión de la fe. Además, deseo que se pongan a disposición de quienes los necesitan, en cuanto sea posible gratuitamente, incluso a través de las nuevas tecnologías, que han demostrado ser tan importantes para todos en este período de pandemia. Asimismo, aliento a que exista una *formación ordinaria* para sacerdotes, seminaristas, religiosos, catequistas y agentes de pastoral, sobre la relación entre la discapacidad y el uso de instrumentos pastorales inclusivos. Que las comunidades parroquiales se comprometan a que se desarrolle en los fieles el estilo de acogida hacia las personas con discapacidad. Crear una parroquia plenamente accesible requiere no sólo que se eliminen las barreras arquitectónicas, sino que los parroquianos asuman sobre todo actitudes y acciones de solidaridad y servicio hacia las personas con discapacidad y hacia sus familias. El objetivo está en que lleguemos a dejar de hablar de "ellos" y lo hagamos sólo de "nosotros".

3. La "roca" de la participación activa

Para "reconstruir mejor" nuestra sociedad es necesario que la inclusión de quienes son más frágiles comprenda también la promoción de su *participación activa*.

Ante todo, reitero con fuerza el derecho de las personas con discapacidad a *recibir los sacramentos* como los demás miembros de la Iglesia. Todas las celebraciones litúrgicas de la parroquia deberían ser accesibles, para que cada uno -junto a los hermanos y hermanas- pueda profundizar, celebrar y vivir la propia fe. Se debe prestar especial atención a las personas con discapacidad que aún no han recibido los sacramentos de la iniciación cristiana: estas podrían ser acogidas e incluidas en el itinerario de catequesis para la preparación a estos sacramentos. La gracia de la que son portadores no puede ser negada a nadie.

"En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero. Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador" (EG, 120). Por eso, también las personas con discapacidad, tanto en la sociedad como en la Iglesia, piden convertirse en *sujetos activos* de la pastoral y no sólo en destinatarios. "Muchas personas con discapacidad sienten que existen sin pertenecer y sin participar. Hay todavía mucho que les impide tener una ciudadanía plena. El objetivo no es sólo cuidarlos, sino que participen activamente en la comunidad civil y eclesial. Es un camino exigente y también fatigoso, que contribuirá cada vez más a la formación de conciencias capaces de reconocer a cada individuo como una persona única e irrepetible" (FT, 98). En efecto, la participación activa de las personas con discapacidad en la catequesis constituye una gran riqueza para la vida de toda la parroquia. Estas, en efecto, injertadas en Cristo en el Bautismo, comparten con Él, en su particular condición, el ministerio sacerdotal, profético y real, evangelizando *a través, con y en* la Iglesia.

Por consiguiente, también la presencia de personas con discapacidad entre los catequistas, según sus propias capacidades, representa un recurso para la comunidad. En este sentido, es preciso favorecer su formación, para que puedan adquirir además una preparación más avanzada en el campo teológico y catequético. Espero que en las comunidades parroquiales sean cada vez más, las personas con discapacidad que puedan convertirse en catequistas, para transmitir la fe de manera

eficaz, también con su propio testimonio (cf. *Discurso a los participantes del Congreso "La catequesis y las personas con discapacidad"*, 21 octubre 2017).

"Peor que esta crisis, es solamente el drama de desaprovecharla" (*Homilía en la Solemnidad de Pentecostés*, 31 mayo 2020). Por eso, animo a cuantos, cada día y a menudo en el silencio, se sacrifican en favor de las situaciones de fragilidad y discapacidad. Que la voluntad común de "reconstruir mejor" pueda desencadenar sinergias entre las organizaciones tanto civiles como eclesiales, para edificar, contra toda intemperie, una "casa" sólida, capaz de acoger también a las personas con discapacidad, porque está construida sobre la roca de la *inclusión* y de la *participación activa*.

Roma, San Juan de Letrán, 3 de diciembre de 2020.

Francisco

CARTA APOSTÓLICA

PATRIS CORDE

DEL SANTO PADRE FRANCISCO

con motivo del 150.º aniversario de la Declaración de San José como Patrono de la Iglesia Universal

Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios «*el hijo de José*»[1].

Los dos evangelistas que evidenciaron su figura, Mateo y Lucas, refieren poco, pero lo suficiente para entender qué tipo de padre fue y la misión que la Providencia le confió.

Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. *Mt 13,55*), desposado con María (cf. *Mt 1,18; Lc 1,27*); un «hombre justo» (*Mt 1,19*), siempre dispuesto a

[1] *Lc 4,22; Jn 6,42; cf. Mt 13,55; Mc 6,3.*

hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. *Lc 2,22.27.39*) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. *Mt 1,20; 2,13.19.22*). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (*Lc 2,7*). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. *Lc 2,8-20*) y de los Magos (cf. *Mt 2,1-12*), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt 1,21*). Como se sabe, en los pueblos antiguos poner un nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia, como hizo Adán en el relato del Génesis (cf. 2,19-20).

En el templo, cuarenta días después del nacimiento, José, junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. *Lc 2,22-35*). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. *Mt 2,13-18*). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea —de donde, se decía: “No sale ningún profeta” y “no puede salir nada bueno” (cf. *Jn 7,52; 1,46*)—, lejos de Belén, su ciudad de origen, y de Jerusalén, donde estaba el templo. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. *Lc 2,41-50*).

Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato Pío IX lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica»[2], el venerable Pío XII lo presentó como “Patrono de los trabajadores”[3] y san Juan Pablo II como «Custodio del Redentor»[4]. El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte»[5].

[2] S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 194.

[3] Cf. *Discurso a las Asociaciones cristianas de Trabajadores italianos con motivo de la Solemnidad de san José obrero* (1 mayo 1955): AAS 47 (1955), 406.

[4] Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989): AAS 82 (1990), 5-34.

[5] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1014.

Por eso, al cumplirse ciento cincuenta años de que el beato Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, lo declarara como *Patrono de la Iglesia Católica*, quisiera — como dice Jesús— que “la boca hable de aquello de lo que está lleno el corazón” (cf. *Mt 12,34*), para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último *show* pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos»[6]. Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

1. Padre amado

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo[7].

[6] *Meditación en tiempos de pandemia* (27 marzo 2020): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (3 abril 2020), p. 3.

[7] *In Matth. Hom*, V, 3: PG 57, 58.

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa»[8].

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos[9].

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él[10].

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión “*Ite ad Ioseph*”, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (Gn 41,55). Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos

[8] *Homilía* (19 marzo 1966): *Insegnamenti di Paolo VI*, IV (1966), 110.

[9] Cf. *Libro de la vida*, 6, 6-8.

[10] Todos los días, durante más de cuarenta años, después de Laudes, recito una oración a san José tomada de un libro de devociones francés del siglo XIX, de la Congregación de las Religiosas de Jesús y María, que expresa devoción, confianza y un cierto reto a san José: «Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén».

vendieron por envidia (cf. *Gn 37,11-28*) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. *Gn 41,41-44*).

Como descendiente de David (cf. *Mt 1,16.20*), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. *2 Sam 7*), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

2. Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (*Lc 2,52*). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. *Os 11,3-4*).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (*Sal 103,13*).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura[11], que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (*Sal 145,9*).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (*Rm 4,18*) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (*2 Co 12,7-9*).

[11] Cf. *Dt 4,31*; *Sal 69,17*; *78,38*; *86,5*; *111,4*; *116,5*; *Jr 31,20*.

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura[12].

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. *Ap* 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. *Lc* 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

3. Padre en la obediencia

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia,

[12] Cf. Exhort. ap. *Evangelií gaudium* (24 noviembre 2013), 88, 288: AAS 105 (2013), 1057, 1136-1137.

como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad[13].

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente»[14], pero decidió «romper su compromiso en secreto» (*Mt* 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (*Mt* 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (*Mt* 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (*Mt* 2,14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. *Mt* 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (*Mt* 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (*Mt* 2,22-23).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto,

[13] Cf. *Gn* 20,3; 28,12; 31,11.24; 40,8; 41,1-32; *Nm* 12,6; *1 Sam* 3,3-10; *Dn* 2; 4; *Jb* 33,15.

[14] En estos casos estaba prevista la lapidación (cf. *Dt* 22,20-21).

para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. *Lc* 2,1-7).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24)[15].

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su “*fiat*”, como María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. *Ex* 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. *Jn* 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia[16] y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (*Flp* 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”»[17].

4. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley;

[15] Cf. *Lv* 12,1-8; *Ex* 13,2.

[16] Cf. *Mt* 26,39; *Mc* 14,36; *Lc* 22,42.

[17] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989), 8: AAS 82 (1990), 14.

y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio»[18].

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que *explica*, sino una vía que *acoge*. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (*Jb 2,10*).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (*Mt 1,20*), parece repetirnos también a nosotros: “¡No tengan miedo!”. Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y

[18] *Homilía en la Santa Misa con beatificaciones*, Villavicencio – Colombia (8 septiembre 2017): AAS 109 (2017), 1061.

con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 Jn 3,20).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (Rm 8,28). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (*etiam illud quod malum dicitur*)»[19]. En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelan. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó “con los ojos abiertos” lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero[20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32).

5. Padre de la valentía creativa

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la

[19] *Enchiridion de fide, spe et caritate*, 3.11: PL 40, 236.

[20] Cf. Dt 10,19; Ex 22,20-22; Lc 10,29-37.

valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los “Evangelios de la infancia”, nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero “milagro” con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. *Lc 2,6-7*). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. *Mt 2,13-14*).

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los poderosos, pero la “buena noticia” del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces pareciera que Dios no nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del paralítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo (cf. *Lc 5,17-26*). La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las

tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al paralítico: “¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!”» (vv. 19-20). Jesús reconoció la fe creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado (cf. *Mt* 1,24; 2,14.21). De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro más preciado de nuestra fe[21].

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz»[22].

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no puede

[21] Cf. S. Rituum Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 193; B. Pío IX, Carta ap. *Inclytum Patriarcham* (7 julio 1871): l.c., 324-327.

[22] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 58.

dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María[23]. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*.

Este Niño es el que dirá: «Les aseguro que siempre que ustedes lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron» (*Mt 25,40*). Así, cada persona necesitada, cada pobre, cada persona que sufre, cada moribundo, cada extranjero, cada prisionero, cada enfermo son “el Niño” que José sigue custodiando. Por eso se invoca a san José como protector de los indigentes, los necesitados, los exiliados, los afligidos, los pobres, los moribundos. Y es por lo mismo que la Iglesia no puede dejar de amar a los más pequeños, porque Jesús ha puesto en ellos su preferencia, se identifica personalmente con ellos. De José debemos aprender el mismo cuidado y responsabilidad: amar al Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre el *Niño y su madre*.

6. Padre trabajador

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

[23] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 963-970.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva “normalidad” en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser un llamado a revisar nuestras prioridades. Imploramos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

7. Padre en la sombra

El escritor polaco Jan Dobraczyński, en su libro *La sombra del Padre*[24], noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (Dt 1,31). Así José ejerció la paternidad durante toda su vida[25].

[24] Edición original: *Cień Ojca*, Varsovia 1977.

[25] Cf. S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos*, 7-8: AAS 82 (1990), 12-16.

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (*1 Co* 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (*ibíd.*). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de “castísimo”. No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la

vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

La paternidad que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho “inútil”, cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen “padre” a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (*Mt 23,9*).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (*Mt 5,45*); y sombra que sigue al Hijo.

* * *

«Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (*Mt 2,13*), dijo Dios a san José.

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución.

En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron

Abrahán[26] y Moisés[27], como hace Jesús, «único mediador» (*1 Tm 2,5*), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (*1 Jn 2,1*), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (*Hb 7,25*; cf. *Rm 8,34*).

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»[28]. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt 11,29*), y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos» (*1 Co 4,16*)[29]. San José lo dijo a través de su elocuente silencio.

Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»[30].

No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirijamos nuestra oración:

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.*

[26] Cf. *Gn 18,23-32*.

[27] Cf. *Ex 17,8-13; 32,30-35*.

[28] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 42.

[29] Cf. *1 Co 11,1; Flp 3,17; 1 Ts 1,6*.

[30] *Confesiones*, 8, 11, 27; *PL 32, 761; 10, 27, 38; PL 32, 795*.

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

*Roma, en San Juan de Letrán, 8 de diciembre, Solemnidad de la
Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del año 2020,
octavo de mi pontificado.*

Francisco

MENSAJE URBI ET ORBI
DEL SANTO PADRE FRANCISCO

NAVIDAD 2020

Viernes, 25 de diciembre de 2020

Queridos hermanos y hermanas: ¡Feliz Navidad!

Deseo hacer llegar a todos el mensaje que la Iglesia anuncia en esta fiesta, con las palabras del profeta Isaías: "Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado" (Is 9,5).

Ha nacido un niño: el nacimiento es siempre una fuente de esperanza, es la vida que florece, es una promesa de futuro. Y este Niño, Jesús, "ha nacido para nosotros": un nosotros sin fronteras, sin privilegios ni exclusiones. El Niño que la Virgen María dio a luz en Belén nació para todos: es el "hijo" que Dios ha dado a toda la familia humana.

Gracias a este Niño, todos podemos dirigirnos a Dios llamándolo "Padre", "Papá". Jesús es el Unigénito; nadie más conoce al Padre sino Él. Pero Él vino al mundo precisamente para revelarnos el rostro del Padre. Y así, gracias a este Niño, todos podemos llamarnos y ser verdaderamente hermanos: de todos los continentes, de todas las lenguas y culturas, con nuestras identidades y diferencias, sin embargo, todos hermanos y hermanas.

En este momento de la historia, marcado por la crisis ecológica y por los graves desequilibrios económicos y sociales, agravados por la pandemia del coronavirus, necesitamos más que nunca la fraternidad. Y Dios nos la ofrece dándonos a su Hijo Jesús: no una fraternidad hecha de bellas palabras, de ideales abstractos, de sentimientos vagos... No. Una fraternidad basada en el amor real, capaz de encontrar al otro que es diferente a mí, de compadecerse de su sufrimiento, de acercarse y de cuidarlo, aunque no sea de mi familia, de mi etnia, de mi religión; es diferente a mí pero es mi hermano, es mi hermana. Y esto es válido también para las relaciones entre los pueblos y las naciones: Hermanos todos.

En Navidad celebramos la luz de Cristo que viene al mundo y Él viene para todos, no sólo para algunos. Hoy, en este tiempo de oscuridad y de incertidumbre por la pandemia, aparecen varias luces de esperanza, como el desarrollo de las vacunas. Pero para que estas luces puedan iluminar y llevar esperanza al mundo entero, deben estar a disposición de todos. No podemos dejar que los nacionalismos cerrados nos impidan vivir como la verdadera familia humana que somos. No podemos tampoco dejar que el virus del individualismo radical nos venza y nos haga indiferentes al sufrimiento de otros hermanos y hermanas. No puedo ponerme a mí mismo por delante de los demás, colocando las leyes del mercado y de las patentes por encima de las leyes del amor y de la salud de la humanidad. Pido a todos: a los responsables de los estados, a las empresas, a los organismos internacionales, de promover la cooperación y no la competencia, y de buscar una solución para todos. Vacunas para todos, especialmente para los más vulnerables y necesitados de todas las regiones del planeta. ¡Poner en primer lugar a los más vulnerables y necesitados!

Que el Niño de Belén nos ayude, pues, a ser disponibles, generosos y solidarios, especialmente con las personas más frágiles, los enfermos y todos aquellos que en este momento se encuentran sin trabajo o en graves dificultades por las

consecuencias económicas de la pandemia, así como con las mujeres que en estos meses de confinamiento han sufrido violencia doméstica.

Ante un desafío que no conoce fronteras, no se pueden erigir barreras. Estamos todos en la misma barca. Cada persona es mi hermano. En cada persona veo reflejado el rostro de Dios y, en los que sufren, vislumbro al Señor que pide mi ayuda. Lo veo en el enfermo, en el pobre, en el desempleado, en el marginado, en el migrante y en el refugiado: todos hermanos y hermanas.

En el día en que la Palabra de Dios se hace niño, volvamos nuestra mirada a tantos niños que en todo el mundo, especialmente en Siria, Irak y Yemen, están pagando todavía el alto precio de la guerra. Que sus rostros conmuevan las conciencias de las personas de buena voluntad, de modo que se puedan abordar las causas de los conflictos y se trabaje con valentía para construir un futuro de paz.

Que este sea el momento propicio para disolver las tensiones en todo Oriente Medio y en el Mediterráneo oriental.

Que el Niño Jesús cure nuevamente las heridas del amado pueblo de Siria, que desde hace ya un decenio está exhausto por la guerra y sus consecuencias, agravadas aún más por la pandemia. Que lleve consuelo al pueblo iraquí y a todos los que se han comprometido en el camino de la reconciliación, especialmente a los yazidíes, que han sido duramente golpeados en los últimos años de guerra. Que porte paz a Libia y permita que la nueva fase de negociaciones en curso acabe con todas las formas de hostilidad en el país.

Que el Niño de Belén conceda fraternidad a la tierra que lo vio nacer. Que los israelíes y los palestinos puedan recuperar la confianza mutua para buscar una paz justa y duradera a través del diálogo directo, capaz de acabar con la violencia y superar los resentimientos endémicos, para dar testimonio al mundo de la belleza de la fraternidad.

Que la estrella que iluminó la noche de Navidad sirva de guía y aliento al pueblo del Líbano para que, en las dificultades que enfrenta, con el apoyo de la Comunidad internacional no pierda la esperanza. Que el Príncipe de la Paz ayude a los dirigentes del país a dejar de lado los intereses particulares y a comprometerse

con seriedad, honestidad y transparencia para que el Líbano siga un camino de reformas y continúe con su vocación de libertad y coexistencia pacífica.

Que el Hijo del Altísimo apoye el compromiso de la comunidad internacional y de los países involucrados de mantener el cese del fuego en el Alto Karabaj, como también en las regiones orientales de Ucrania, y a favorecer el diálogo como única vía que conduce a la paz y a la reconciliación.

Que el Divino Niño alivie el sufrimiento de las poblaciones de Burkina Faso, de Malí y de Níger, laceradas por una grave crisis humanitaria, en cuya base se encuentran extremismos y conflictos armados, pero también la pandemia y otros desastres naturales; que haga cesar la violencia en Etiopía, donde, a causa de los enfrentamientos, muchas personas se ven obligadas a huir; que consuele a los habitantes de la región de Cabo Delgado, en el norte de Mozambique, víctimas de la violencia del terrorismo internacional; y aliente a los responsables de Sudán del Sur, Nigeria y Camerún a que prosigan el camino de fraternidad y diálogo que han emprendido.

Que la Palabra eterna del Padre sea fuente de esperanza para el continente americano, particularmente afectado por el coronavirus, que ha exacerbado los numerosos sufrimientos que lo oprimen, a menudo agravados por las consecuencias de la corrupción y el narcotráfico. Que ayude a superar las recientes tensiones sociales en Chile y a poner fin al sufrimiento del pueblo venezolano.

Que el Rey de los Cielos proteja a los pueblos azotados por los desastres naturales en el sudeste asiático, especialmente en Filipinas y Vietnam, donde numerosas tormentas han causado inundaciones con efectos devastadores para las familias que viven en esas tierras, en términos de pérdida de vidas, daños al medio ambiente y repercusiones para las economías locales.

Y pensando en Asia, no puedo olvidar al pueblo Rohinyá: Que Jesús, nacido pobre entre los pobres, lleve esperanza a su sufrimiento.

Queridos hermanos y hermanas:

"Un niño nos ha nacido" (Is 9,5). ¡Ha venido para salvarnos! Él nos anuncia que el dolor y el mal no tienen la última palabra. Resignarse a la violencia y a la injusticia significaría rechazar la alegría y la esperanza de la Navidad.

En este día de fiesta pienso de modo particular en todos aquellos que no se dejan abrumar por las circunstancias adversas, sino que se esfuerzan por llevar esperanza, consuelo y ayuda, socorriendo a los que sufren y acompañando a los que están solos.

Jesús nació en un establo, pero envuelto en el amor de la Virgen María y san José. Al nacer en la carne, el Hijo de Dios consagró el amor familiar. Mi pensamiento se dirige en este momento a las familias: a las que no pueden reunirse hoy, así como a las que se ven obligadas a quedarse en casa. Que la Navidad sea para todos una oportunidad para redescubrir la familia como cuna de vida y de fe; un lugar de amor que acoge, de diálogo, de perdón, de solidaridad fraterna y de alegría compartida, fuente de paz para toda la humanidad.

A todos, ¡Feliz Navidad!

Queridos hermanos y hermanas, renuevo mis deseos de una Feliz Navidad para todos ustedes, conectados desde todo el mundo, por radio, televisión y otros medios de comunicación. Les agradezco su presencia espiritual en este día caracterizado por la alegría. En estas fechas en las que el clima navideño invita a los hombres a ser mejores y más fraternos, no olvidemos rezar por las familias y las comunidades que viven en medio de muchos sufrimientos. Por favor, continúen a rezar por mí. Buen provecho, en esta comida de Navidad, y hasta pronto.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA DIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. En muchas parroquias de Madrid se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 10 ejemplares semanales.
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Se mandan por Correos ó los lleva un repartidor, siguiendo las normas de correos.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción hasta 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
- **DATOS ORIENTATIVOS:**
 - 10 ejemplares año . . . 78,00 Euros
 - 25 ejemplares año . . . 195,00 Euros
 - 50 ejemplares año . . . 390,00 Euros
 - 100 ejemplares año . . . 780,00 Euros
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27 - EMAIL: servicioeditorial@archimadrid.es
28071 Madrid

Para ALTAS, BAJAS, MODIFICACIONES, por escrito o por email.